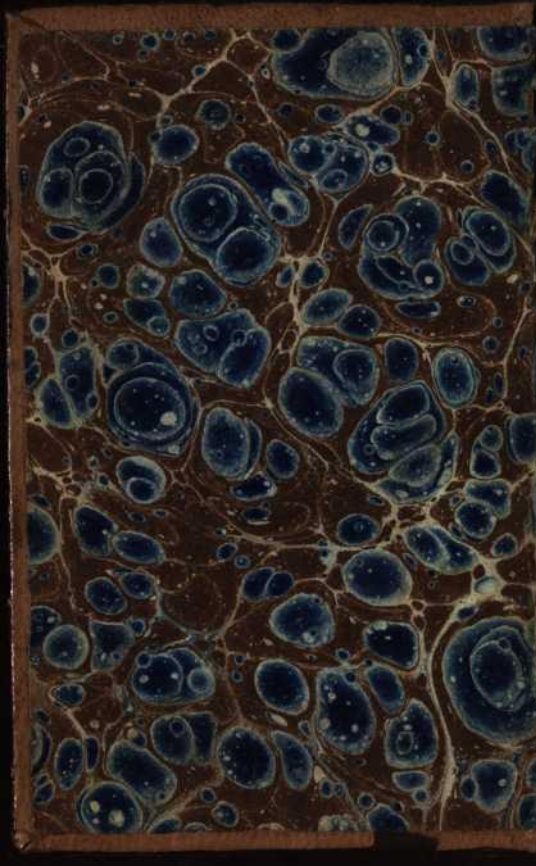
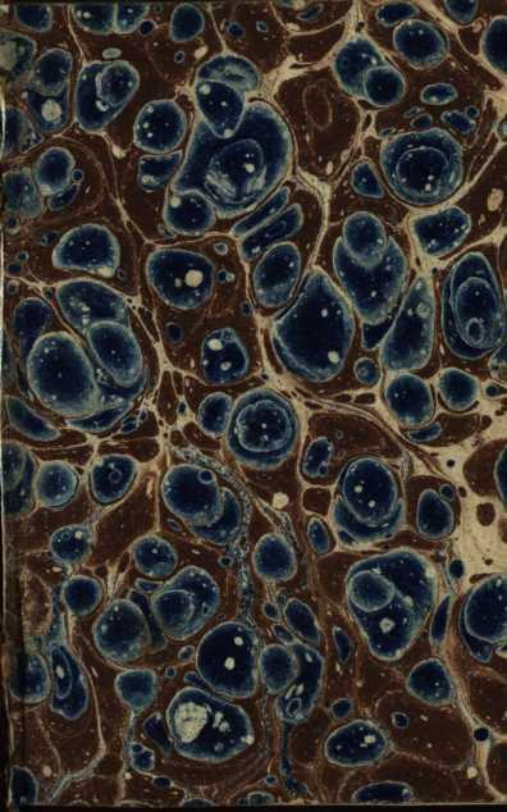
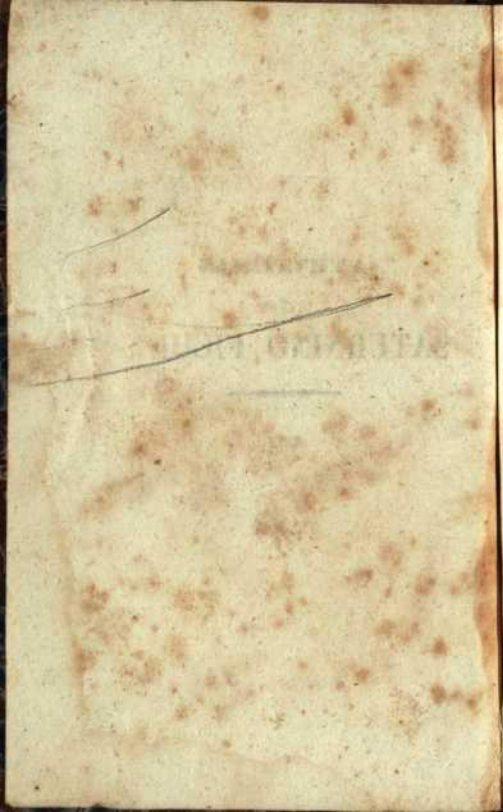


12-4











la mano de Saturnino, contestó Margarita; y no de la prision si no del patíbulo.

AVENTURAS
DE
SATURNINO FICHET,
Ó LA
CONSPIRACION DE LA ROUARIE.
POR
FEDERICO SOULIÉ.
—
TOMO VII.
—



MALAGA.
—
IMPRESA DE MARTINEZ DE AGUILAR,
Calle del Marques.
N.º 10 y 12.

h. 21.414

**Es propiedad de la
casa de Martinez de
Aguilar.**

AVENTURAS

De Saturnino Fichet.

CAPÍTULO I.

A la misma hora y á algunas leguas de este sitio un hombre que conducía sobre sus hombros á una pobre muger, entraba en una mala choza perdida en medio de los altos matorrales y de las infinitas lagunas que guarnecen el Loire en las inmediaciones de Donges. Seguía á este hombre un aldeano de corta edad á quien había entregado sus

armas, reducidas á dos pares de pistolas, una escopeta de caza y un sable de grandes dimensiones. Entraron en la choza, colocaron á la muger aun sin sentido en un lecho de paja, y en seguida encendieron lumbre. La muger que tan mal parada habian traído á aquella choza, atravesando mas de dos leguas de un terreno pantanoso, era la marquesa de Perbruck. El hombre que conducia tan pesada carga, era el gefe enmascarado, que con tal denuedo habia combatido en Savenay. El jóven labriego que lo acompañaba era uno de los pocos que se habian levantado del campo del honor, donde tantas víctimas perecieron.

El gefe era Saturnino Fichet: el fiel paisano la pobre Margarita.

Una vez encendida la luz, acercóse esta última á la infeliz marquesa, para prodigarla los cuidados

FICHET.

que requería la situación desesperada en que se hallaba.

Mientras que Margarita aflojaba el vestido á la enferma, Saturnino encendia la lumbre y Margarita se espresaba asi:

—Bien podeis descansar, Saturnino, que yo cuidaré de esta pobre muger.

—No por cierto, le dijo Fichet, yo no estoy fatigado. La vida que ahora llevo tiene muchos dias peores que el de hoy. ¡Oh! ¡Dios mio! Dios mio! añadió, ¡habeis concedido la victoria á los republicanos! ¿Y eso se llama justicia?...

Al ver el hombre que asi hablaba con el semblante pálido, los ojos hundidos y el cuerpo estropeado, hubiera sido difícil reconocer aquel jóven alegre que un año antes se mezclaba con tanta indiferencia y valentia en los complots de la Rouarie.

El horror de los sucesos de que

habia sido testigo, ó tal vez algun terrible desengaño, habia pasado como un soplo abrasador sobre aquella existencia tan sencilla, tan risueña y tan sosegada, y parecia haberla marchitado para siempre.

Por fin Margarita desnudó á la marquesa de Perbruck, acostándola en una de las dos camas que habia en el centro de esta miserable choza.

—Quién puede ser esta muger? le dijo á Saturnino en el momento en que este volvía á echar en el hogar algunos pedazos de leña que habia ido á buscar bajo un cobertizo perteneciente á la casa.

—Y qué importa que sea una duquesa ó una pordiosera! contestó Saturnino. ¿Seria justo haberla dejado morir, cuando yo podia salvarla?

—Por estos vestidos, dijo Margarita, trayendo los de la marquee-

sa para secarlos , no se puede inferir que sea mas que una pobre labradora.

— En los tiempos que corren , dijo Saturnino , vale mas ser labradora que duquesa , aunque unas y otras pueden ir del mismo modo á los campos de batalla para buscar sus hijos muertos. ¿ Creeis, Margarita que se halle terminada nuestra obra, y que ya no tengamos que combatir á los republicanos ?

— Silencio , repuso esta , me parece que esa infeliz se queja.

— Hacedla beber un poco de vino , dijo Fichet llenándole un vaso y acercándose á la cama.

Tomó la luz para alumbrar á Margarita , y por primera vez se encontró frente á la pobre muger á quien habia salvado. Al verla , dió un grito y se puso á temblar.

— Ella !... murmuró con voz apagada. Imposible !

Acercó la luz al rostro de la

enferma para verla mejor: separó sus cabellos blancos que colgaban en largos y descompuestos mechones sobre la cara, y repitió con voz cada vez mas trémula:

—Ella es!... ¡ella!...

—Pero ¿quién es? exclamó Margarita, á quien sorprendia en estremo la turbacion de Saturnino.

—La marquesa de Perbruck, mi...

No pudo continuar y cayó de rodillas á los pies de la cama, mientras que Margarita retrocedia con espanto, diciendo:

—La marquesa de Perbruck, la madre de Cesario.

Mad. de Perbruck abrió entonces los ojos, y despues de haber visto con asombro el lugar donde se hallaba, exclamó con voz débil y moribunda:

—¿Quién me llama?

Saturnino levantó la cabeza y le dijo muy despacio:

—¿No sois la marquesa de Perbruck?

Al oír aquella voz y al ver el rostro de Saturnino, la marquesa se hundió sobrecojida en el mismo lecho donde yacía.

—¡Y vos! ¿quien sois? exclamó.

—Me llaman Saturnino Fichet, respondió el jóven con un acento suave y conmovido.

—¡Oh! ¡él es!... dijo la marquesa, alargándole los brazos.

Pero casi al mismo punto se detuvo al ver á Margarita, y le preguntó á Saturnino:

—Y este jóven ¿quién es?

—No es un jóven, señora, contestó Saturnino, es la muger que ha seguido fielmente al conde Cesario de Perbruck, vuestro hijo, hasta la hora de su muerte.

—¡Oh!... repuso entonces la marquesa, como si ella misma se contestase á un pensamiento que

hacia mucho tiempo la estaba atormentando : ¿con que es él quien ha muerto ?

—Es una muger , prosiguió Saturnino sin dar muestras de haber oido á la marquesa , es una muger que lleva sufrido mas de lo que os podeis imaginar , y que á pesar de eso ha tenido mas valor que amargura. Es una infeliz muchacha que ha sido blanco de toda clase de ultrajes , y que sin embargo ha tenido mayor grandeza de alma y se ha mostrado mas impasible , cuanto mayores eran los insultos y malos tratamientos que la prodigaban. Vuestro hijo , señora , á quien ella debe su de-gracia , le es deudor hasta de tener una tumba , y yo , para quien no existen ya en el mundo afecciones de ninguna clase , le soy deudor de tener un amigo.

—Esta muger se llama Margarita Marchand : ¿no es verdad ? dijo la marquesa de Perbruck.

— ¡Sabeis mi nombre! exclamó la jóven con profundo sentimiento.

— Yo lo sé todo, replicó la marquesa incorporándose con bastante trabajo. Acercaos, hija mia, y no temais ruborizaros delante de mí.

— Señora, lo sabeis todo, le dijo Margarita, sabeis quien yo soy ¿y no me rechazais?

— ¡Oh, hija mia! continuó la marquesa, derramando lágrimas amargas: ¿de qué le serviría á uno la desgracia, si no le enseñase á ser justo?

La marquesa se volvió hácia Saturnino, á quien contemplaba con un entusiasmo increíble. Esta misma atencion servia de embarazo al jóven, el cual repuso tambien:

— Pero ¿quién os ha enterado de todos esos estraños secretos, que creiamos sepultados en el olvido para siempre entre ella y yo?

Los he sabido por una muger,

que acaso no fue menos celosa ni menos desgraciada que vos.! En la época en que tomábais parte en los proyectos de insurreccion formados por la Rouarie, yo volvía á Francia; pero menos afortunada que muchas de las que se mezclaron en esta heróica empresa, llegué á París en el mismo instante en que el infame Morillon hacia su entrada triunfal conduciendo á Teresa Moellien, Fontevieux y los demas que como sabeis perecieron con ella en el patibulo. En la cárcel donde yo estaba, nadie me conocia mas que por el nombre de Mme. Bertrand; pero no tuve inconveniente en descubrirme á Mad. de Moellien: yo sabia que mi marido, mi hijo Cesario, y vos tambien, Saturnino, se hallaban por este pais, y esperaba que la señorita Moellien podria darme noticias de todos.

La voz de la marquesa era trémula.

— ¡Como! Os habeis dignado pensar en mí, señora marquesa? dijo Saturnino, asomándosele las lágrimas á los ojos.

— Sí, le respondió, en vos... en vos tal vez mas que en ningun otro, añadió en voz baja.

Y luego continuó:

— Entonces fue cuando la señorita Moellien creyó que no estaba prohibido el confiar á una madre el secreto que vos, Margarita, le habiais revelado. Yo he sabido vuestra desesperacion, vuestro valor, vuestro desinterés; he sabido la causa de la desaparicion del conde, y el modo noble y generoso con que quiso borrar la nota de infamia que le habia acarreado la venganza de vuestro padre; tambien he sabido, Saturnino, por qué casualidad os visteis obligado á tomar su nombre y de qué modo lo habeis conservado. Pero ¿cómo es posible que os háyais salvado, Margarita? añadió la mar-

quesa; porque segun me dijo la Guillomaraís, os habian becho prisionera. ¿Quién os ha librado de la prision?

—La mano de Saturnino, contestó Margarita; y no de la prision, sino del patíbulo.

—¿Y la amais ahora, Saturnino? preguntó la marquesa mirando con la mayor atencion á entrambos.

—Si señora, repuso Margarita bajando los ojos, es mi hermano.

—Es mi hermana, señora, dijo Saturnino con voz grave; pero añadió en tono que indicaba amargura, las relaciones de la señorita Moellien no os han podido enterar de como me libré en la granja de Blain de una tentativa de asesinato, dispuesta contra mí por un hombre que me debia algo mas que un simple agradecimiento.

—¿Como se llamaba? preguntó la marquesa.

—Ha muerto, señora, y yo no

quiero mancillar la memoria de nadie.

Levantó la marquesa sus ojos al cielo, y dijo con amargura:

—¡Dios le perdone! Y luego continuó con voz casi apagada; la señorita Moellien no ha podido decírmelo todo. Continúa.

—No, señora, continuó Saturnino con suma tristeza, ella no ha podido decirnos que habiendo quedado solo después de la muerte de mi padre, Mr. Fichet, quiero decir, no sabiendo que hacer en medio de los sangrientos desórdenes que por todas partes me cercaban, había resuelto ocultar mi existencia entre los cuidados de una familia humilde en la posición de simple jornalero. La mujer que me amaba por lo poco que yo valía, iba ya á enlazarse conmigo; y el mismo día en que yo me figuraba haber hallado la felicidad, fue asesinada delante de mis ojos. Aquel

mismo día, y por una de esas casualidades que solo acontecen en épocas como la actual, pude salvar á Margarita. Entrambos habíamos huido, y aun no sabíamos si valia mas morir ó vivir, cuando uno de los nobles á quienes me presentáran como conde de Perbruck me llamó por mi nombre, escitándome á la venganza de mi padre. Acepté este encargo y el nombre bajo el cual habia de cumplirlo. Tomé parte en las primeras insurrecciones, pero muy pronto...

—Muy pronto, dijo la marquesa con ansiedad...

Saturnino bajó la vista y se detuvo.

—¿Qué quereis que os diga? continuó Saturnino con acento sombrío: un escrúpulo casi inconcebible me predispuso á abandonar ese nombre, que no me pertenece, y que sin embargo muchos se obstinaban en darme. Me retiré con Margarita á esta

cabaña ; algunos aldeanos del pais, que habian notado mi habilidad en la caza , me propusieron ser su gefe. Yo tenia todos los resentimientos en el corazon , señora , tenia mas de una muerte que vengar: acepté pues. Pero no queriendo que mi extraña semejanza con el conde de Perbruck me colocase nuevamente en una posicion que ya no podia aceptar , me decidí á no combatir sino con el rostro enmascarado. Esta es toda mi historia , y la de Margarita. Hoy he añadido á ella un suceso harto feliz , señora , pues os he salvado , y eso me envanece hasta tal punto...

Las lágrimas ahogaron la voz de Saturnino , que parecia hallarse cruelmente afectado.

La marquesa de Perbruck le alargó una mano , diciéndole :

—Os he oido , Saturnino , pero creo no me lo habeis dicho todo. ¿ Con que solamente por un escrú-

pulo nacido de vos mismo, habeis abandonado el nombre de conde de Perbruck, ese nombre para el cual no creiais tener derecho alguno?...

—Aun suponiendo que no hubiese tenido otras razones, señora, respondió Saturnino, con mucha seriedad, ese escrúpulo sería mas que suficiente. Bien pude en un momento de irreflexion aceptar ese nombre, á fin de prestar servicios mas eficaces á la causa que habia abrazado; pero desde que supe que algunos podian considerarlo como una usurpacion, era ya punto de honor abandonar semejante nombre.

—¿Y quien ha podido deciros una cosa como esa? preguntó Mad. de Perbruck.

—Cierta persona, que por su carácter sagrado tenia el derecho de ilustrarme.

—El abate Bernier ¿no es ver-

dad ?.....

—¿ Por dónde lo sabeis , señora ?

—De muy buen origen , contestó la marquesa ; pero decidme , Saturnino , ¿ el abate Bernier , no os ha confiado alguna otra cosa ?

Miró Saturnino á la marquesa con cierto aire triste y meditabundo ; parecia que iba á decir algo ; mas luego , solo meneó la cabeza y dijo :

—Si me ha confiado algo mas... no me acuerdo.

—¿ Qué quereis decir ?

—¡ Oh ! perdonad , señora , continuó con una especie de desesperacion ; desde hace algun tiempo estoy sufriendo mucho ; privaciones , miseria , infinitas heridas ¿ qué sé yo ?... he sufrido tanto... se ha ido debilitando mi memoria..... me he olvidado..... me...

—El abate Bernier es incapaz de una calumnia , Saturnino , dijo la

marquesa con acento solemne ; pero al abate Bernier pudieron haberle engañado.

—Y, vamos á ver ¿qué quereis decir ? exclamó Saturnino con animacion.

—Hoy mismo he sabido que el abate Bernier asistió en los últimos momentos á Mr. de Perbruck.

—Bien, y qué ?

—Ha podido asistir como sacerdote , mas tambien ha podido asistir como confidente. Pues bien : vos que solo por un milagro os librásteis del asesinato que habia dispuesto contra vuestra vida el marqués de Perbruck, ¿creeis que las confianzas que mi esposo ha podido hacer al abate Bernier , no tengan todo el carácter de verdad ?

—Será posible ? exclamó Saturnino asombrado. Oh ! señora , sí ..

Pero acaso una duda cruel volvió á contener los ímpetus de su corazon ; bajó la vista, y despues

de un profundo suspiro continuó:

—¡ Ah! señora, me ha enseñado un nombre, que no puede haber sido calumniado.

—¿ Quién os lo ha dicho? repuso vivamente la marquesa.

—Oh, señora, continuó con triste semblante Saturnino, el fallo ha sido notorio como lo fueron las acciones. Y además ¿ no se ha encargado él mismo de justificar á unos jueces, cuya conducta nadie se ha atrevido á censurar?

La marquesa se sonrió amargamente, y volviéndose hácia Margarita le dijo:

—Hija mia, vos que habeis visto afrentar con el sello de los malhechores al hombre á quien amábais, teniendo que condenarse él mismo al aislamiento, ¿ creereis que no hay jueces que se presentan á hacer oficios de verdugo?

—Yo creo en todas las desgra-

cias, señora, contestó Margarita, pero juzgo que estoy de mas aquí: juzgo que si yo no estuviese, mi hermano se hubiera atrevido á deciroslo todo: permitidme que me retire.

—¿Nada sabe ella por ventura de ese secreto, Saturnino? dijo Mad. de Perbruck.

—¡Ah! ¿os olvidais, señora, de que no es solamente mio ese secreto, y de que pertenece á una persona á quien yo quiero..... á quien debo respetar?

—Pues bien, dijo la marquesa, yo quiero decírselo.... yo. Escuchame, Margarita, escúchame Saturnino..... Despues, cuando yo hubiere terminado..... vosotros me hareis justicia.

Margarita se acercó á la cama de la marquesa, mientras que Saturnino, con los ojos clavados en el suelo, el rostro demudado y la frente surcada de arrugas, se con-

servaba en pie derecho al lado de la misma cama.

La marquesa dió principio á su revelacion en estos términos.

CAPITULO LI.

Apenas tenia quince años, dijo la marquesa de Perbruck á Margarita y á Saturnino, cuando se presentó en casa de mi padre un oficial de marina, á quien designaré con el nombre de Mauricio. Siendo joven aun, habia adquirido cierta celebridad. Era uno de esos génios fogosos, atrevidos, que creen que en cada época se necesitan nuevas ideas y nuevos esfuerzos. De esta preo-

cupacion procedia el que á cada paso ridiculizase sin piedad las formas rutinarias de los antiguos oficiales, superiores suyos.

Odiábanle porque le temian; pero este ódio no habia encontrado nunca una ocasion propicia para satisfacerse, porque un valor á toda prueba, una conducta militar irrepreensible, y mas que todo eso, el buen éxito en todas sus empresas le habian puesto al abrigo de una acusacion á cara descubierta.

Sin embargo, la calumnia, no dejaba de incomodarle á nuestro buen Mauricio. La fortuna que por donde quiera le seguia, lo habia puesto á merced de contingencias tan extraordinarias que no faltó quien digera una noche en la sala de mi padre, que tenia la casualidad á sus órdenes.

Mauricio ignoraba esta conversacion que habia pasado á mi vista. Cierta dia que concurrió á la reu-

nion, no dejó de tocarse este punto; pero Mauricio no tomaba parte alguna, divertíase en conversar conmigo; sin duda habia adivinado que yo era agena á los odios y preveniciones de que estaba siendo objeto. Entretanto, y sin que yo nada supiese, habíase intentado hacer aquella misma noche una prueba decisiva.

—¿No jugais esta noche? le dijo uno de los oficiales de Brest, famoso por sus desafíos y su carácter pendenciero. Era este oficial, merced á su rango y á su inmensa fortuna, el superior de Mauricio, aun cuando no tuviese mas que un mérito muy mediano.

—Si no teneis necesidad de mí, os ruego que me dispenseis, respondió Mauricio.

—No se sostiene bien la partida, solo vos sois capaz de reanimarla, le dijo otro de los que estaban á su lado.

Mauricio se despidió de mí con una espresion que indicaba cuanto sentia el dejarme, diciéndome en voz muy baja:

—Envidiosos de mi dicha, tratan de arrebatármela. Yo no puedo exigir de ellos otra cosa: si cualquiera estuviese á vuestro lado, yo haria lo mismo que ellos.

Habíame turbado en tales términos la invitacion dirigida á Mauricio, que no entendí lo que acababa de decirme; á pesar mio fui siguiéndole hasta la mesa de juego donde fue á colocarse. Jugábase la béciga. Tomó las cartas, las barajó con tal rapidez y habilidad, que los ojos de todos estaban fijos en sus manos. Sacó algunas monedas de oro y las puso sobre la mesa; perdió la primera vez, y lo mismo la segunda; en fin perdió mucho.

—Parece que aun no ha llegado el momento de fortuna para vos, le dijo el jóven que le habia prove-

cado á jugar.

Mauricio tenia la frívola vanidad de su fortuna y confiado en la casualidad que en tantas ocasiones le habia servido, replicó sonriéndose:

—Os engañais mucho, ahora me toca jugar; y si quereis, con los naipes que tengo en mis manos os juego, no solamente los doscientos lises que acabo de perder, sino doscientos mas.

—Sea enhorabuena, dijo el jóven; nunca se puede pagar demasido una leccion.

Mauricio sacó los naipes y ganó.

Un murmullo de desaprobacion seguido de un grave silencio sucedió á esta jugada. El jóven que habia perdido se sonrió á pesar suyo; pero por respeto á la casa de mi padre, no llevó mas adelante su demostracion.

—¿Quereis doblar la jugada? le

dijo á Mauricio.

—No, porque de seguro perderia, repuso este, y vos no querriais que yo os devolviese el dinero ni mas ni menos que si os lo regalase.

—A fe mia, dijo el jóven, bien podriais dármelo conforme lo habeis ganado.

Mauricio le miró, y miró sucesivamente á todos los que estaban al rededor de la mesa; se puso pálido y sus ojos brotaban fuego. Sin embargo, dejó á su lado las cartas con indiferencia, y volviéndose hácia mí con la gracia que le era natural, me dijo:

—Señorita, ¿tendriais la bondad de mandarme traer otra baraja?

—Fuí yo misma á buscarla, y se la di con mano trémula.

—Hacedme el favor de romper la cubierta, me dijo Mauricio.

Le obedecí, sin saber siquiera lo que me pedia.

—Tened la bondad de barajar las cartas, añadió.

Yo así lo hice.

Mauricio llamó entonces á un niño que estaba en la sala y le dijo:

—¿Quieres cortar?

El niño obedeció.

Entonces Mauricio se levantó y dijo al jóven:

—Caballero, doscientas mil libras de rentas teneis y yo solo tengo diez. Os desafio á jugar diez mil lises á esta vuelta. Es toda mi fortuna, que no llega á la décima parte de la vuestra.

—No haré yo semejante locura, repuso el jóven.

—¿Hay alguno de los señores que acepte la partida? dijo Mauricio, midiendo con la vista á todos los que presenciaban aquella escena. No estrañeis que busque otro jugador, porque este caballero tiene miedo.

—Pues corriente!.... Acepto, dijo el joven.

—Si yo fuese dueño de una fortuna mas considerable, dijo Mauricio, lo mismo la jugaria, porque estoy seguro, segurísimo de ganar; os lo prevengo.

—Sacad las cartas.

—No señor, replicó Mauricio con desden, esta señorita nos hará el favor de sacarlas. Acercaos, añadió volviéndose hácia mí, yo tengo fe en vos.

Figuraos cómo me quedaria: temblaba..... apenas veia los objetos: todos los circunstantes tenian clavados los ojos en mí.

—No temais, me dijo Mauricio, el señor es muy rico...

Saqué las cartas sin saber lo que hacia.

Mauricio ganó.

Todo el mundo se quedó asombrado. Al joven le rechinaron los dientes.

—¿Quereis doblar la jugada? le dijo Mauricio.

—Sí, respondió con voz reprimida.

Volví á sacar las cartas.

Y Mauricio volvió á ganar.

—Todavía la doblo, exclamó el jóven.

—Muy bien, contestó Mauricio.

Saqué otra vez las cartas.

Y ganó Mauricio.

—¡Otra vez!... exclamó desesperado el jóven.

—No por cierto, le dijo Mauricio, que ahora de seguro perderia y ya no os daria solamente vuestro dinero, sino tambien mi fortuna.

—¡Con que ahora sois el que tiene miedo! repuso el jóven.

Tengo miedo á la miseria, ¿por qué he de negarlo? repuso Mauricio con mucha frialdad; pero, si quereis separaré mis diez mil lises, y jugaré los setenta mil que me de

beis.

—No señor : ó todo , ó nada.

—¡ En tal caso , nada , dijo Mauricio con voz impasible.

—¡ Aceptad ! le decian los demas al que en pocos minutos acababa de perder muy cerca de la cuarta parte de su inmensa fortuna.

—Ya no es tiempo , dijo Mauricio. ¿Teneis la bondad de acercaos, señorita , añadió volviéndose hacia mí , y quereis seguir sacando las cartas ? Juego diez luises.

Otro las barajó : yo las saqué y perdió Mauricio.

Entonces me dió las gracias , haciéndome una graciosa cortesía.

Me alejé de la mesa ; pero no pude separar de ella un momento los ojos.

Mauricio cogió la baraja que habia dejado cuando me llamó , y con la cual habia estado jugando desde el principio.

—Es necesario , dijo , que ajus-

temos nuestras cuentas ¿Quereis aceptar el velo que voy á girar contra vos ?

—Como gustéis, caballero, le contestó el jóven.

Mauricio cogió uno de los naipes, escribió en él algunas líneas con un lápiz, y lo pasó al que perdía.

Al recibirle este, se encogió de hombros y luego leyó en voz alta :

« Vale por setenta mil luises que Mr. de P.... pagará á los hospitales de esta ciudad. »

Oyóse una exclamacion general.

—Permitidme, señores, dijo Mauricio, que habia cogido otra carta, eso no es todo... Hé aquí otro compromiso al cual espero que el señor no le hará un desaire.

El jóven tomó la carta que Mauricio le entregó : un movimiento de cólera le hizo estremecer ; pero

conteniendo su primer arrebató, rompió en mil pedazos la carta, y contestó desdeñosamente:

—¿Y si no acepto?

—Ya me lo presumia, dijo Mauricio con frialdad; y tomando otro naípe escribió nuevamente algunas palabras, y lo colocó como una escarapela debajo de la presilla de su sombrero.

—Señores, exclamó, conservaré este naípe hasta que el señor venga á pedírmelo.

Colocó entonces su sombrero debajo del brazo... y pareció que quería retirarse.

—¿Qué significa esto? dijo uno de los circunstantes.

—Preguntádselo á esos naipes, repuso Mauricio indicando los que habia recogido, en alguno de ellos debe haber algo escrito, porque cuando el señor los tenia en su mano, los miraba con la misma atención que si esperase descubrir

en ellos algo de provecho.

—Con efecto, dijo el jóven, yo esperaba descubrir en estas cartas el secreto de la fortuna que tenéis.

—Y os habeis convencido de que no está en ellas... ¿no es verdad, caballero? dijo Mauricio siempre imperturbable. A menos que desconfíeis de esta señorita, como ha desconfiado de mí.

El jóven oficial se quedó mas pálido que Mauricio.

—¡Qué quereis, repuso con voz alterada, y soy testarudo como el diablo, y la prueba que acabais de hacer no me ha convencido. Yo pagaré los setenta mil luises que habeis ganado por mano de esta señorita... pero no puedo resignarme á pagar los doscientos luises que habeis ganado con la primera baraja.

—¡Señor! exclamó mi padre, dirigiéndose al jóven: ¡ese es un in-

sulto que yo no puedo consentir.....

—Y sobre el cual estoy pronto á dar esplicaciones á cualquiera, menos al señor! añadió el jóven con una r bia iudecible.

—En tal caso, dijo Mauricio metiendo en el bolsillo las cartas restantes, yo no tengo ya que hacer, y me retiro.

Como podeis conocer, todos quedaron sumamente sorprendidos del brusco desenlace de una escena que amenazaba ser sangrienta.

Yo no pude dormir en toda la noche, y atormentaron mi imaginacion terribles sueños. Al dia siguiente, en toda la ciudad no se hablaba de otra cosa. Por espacio de mas de ocho dias Mauricio no se presentó en ninguna reunion. Muchos creian que se habia ausentado.

Entretanto habia enviado su dimision al ministro de Marina, que

no vaciló en aceptarla. Los hospitales recibieron la enorme suma que Mauricio les habia cedido.

El domingo siguiente estaba yo de paseo con mi padre, y se difundió por todas partes un rumor extraño. Es el conde..... es Mauricio, quiero decir, repetian todos. Pronto le ví acercarse. Nada habia de particular en su persona, sino que en vez de escarapela traia en su sombrero un naipe, en el cual se conocia que se habian escrito algunas palabras. Mauricio saludaba graciosamente inclinándose á derecha é izquierda; pero no se quitaba su sombrero, mirábanle con curiosidad, hasta con temor, pero nadie se acercaba bastante para poder leer lo que habia escrito en aquel naipe. Nos vió de lejos y nos saludó. Mi padre, indignado de la manera con que habia tomado el insulto que le habian dirigido, no contestó á su saluta-

cion.

Entonces Mauricio se acercó á nosotros, y dijo á mi padre:

—Perdonad, si habeis llevado á mal el que no os saludo quitándome el sombrero. Yo no quiero parecer descortés, y por lo tanto creo necesario advertiros que tengo hecho voto solemne de no descubrirme, hasta que haya satisfecho la deuda que he contraído en vuestra casa.

Un niño estaba cerca de nosotros.

—Eh! exclamó, parece que hay algo escrito en vuestro sombrero...

—¿Sabeis leer, amiguito? le preguntó Mauricio.

—Sí.....

—Pues bien, añadió cojiéndolo por un brazo, puedes leer en alta voz.

El niño trató de deletrear las siguientes palabras:

«Vale por un par de bofetones que daré á Mr. de P..... (este era el nombre del oficial), cuando venga á pedirmelos.»

Como podeis juzgar, el niño echó á correr al momento y á cuantas personas habia en el paseo á otras tantas informó del suceso

Aquel dia habia funcion en el teatro..... Fui á ella con mi padre.

Mauricio estaba en uno de los palcos principales. Todos sabian lo que habia acaecido por la mañana en el paseo..... empezaron los cuchicheos, las miradas..... la mayor admiracion de las gentes procedia de no ver á Mr. de P....., á quien Mauricio habia insultado tan públicamente Por fin, se levantó el telon: algunos soldados, colocados tal vez á propósito en el patio, gritaban:

—¡Abajo el sombrero!

Mauricio no se meneó: los gri-

tos continuaron, y se armó muy pronto un tumulto espantoso.

Mauricio continuaba siempre inmóvil.

De repente apareció en el extremo opuesto del teatro, Mr. de P.....

Mauricio le saludó, mostrándole con la mano el naípe que tenía en el sombrero, y le dijo en alta voz.

—¿Venís á reclamar vuestro crédito?

—Prended á ese oficial, dijo Mr. de P. mostrándolo á algunos soldados que se presentaron en el palco.

—Mis buenos amigos, les dijo Mauricio, no os mezcléis en este asunto. Si os tomáis la libertad de prender á un noble como yo... os mandaré ahorcar.

—Perdonad, caballero oficial, le dijo uno de los soldados; pero nosotros no tenemos mas remedio que

obedecer.

— Me dais un título que ya no me corresponde, amigos míos, replicó Mauricio; yo ya no soy oficial. Ya no soy nada... nada absolutamente ¿lo entendeis? añadió dirigiendo la palabra á Mr. de P... ya no soy mas que un hombre que tiene su sombrero en la cabeza.

— ¡Abajo el sombrero! gritaban por todas partes.

— ¡Perdonadme, señoras dijo Mauricio inclinándose hácia el patio, dirigios á Mr. de P... Si él quiere venir á pedirmelo, yo estoy pronto á quitarme este sombrero que tanta sombra hace al auditorio.

La gritería iba en aumento.

Mauricio entonces se dirigió á un jóven que habia en el patio y le dijo:

— ¡Eh, caballero, vos que me mirais tan fijamente, ¿teneis buena

vista? ¡Pues bien! Hacedme el favor de leer en alta voz, lo que hay escrito en este naípe, y pensareis lo mismo que yo, y convendreis en que no puedo quitarme el sombrero, á no ser que lo pida personalmente Mr. de P. .

El jóven á quien se dirigió Mauricio, era hombre muy resuelto, y tomando la advertencia por provocacion, subió inmediatamente al palco.

—Leed, le dijo Mauricio, leed el naípe que hay en mi sombrero.....

El jóven lo leyò primero en voz baja, y en seguida reclamó silencio del auditorio.

—El caballero Mauricio tiene razon, exclamó, y hace perfectamente en conservar su sombrero en la cabeza. Oid lo que hay escrito en él; y repitió con voz sonora las terribles palabras:

«Vale por un par de bofetones, que daré á Mr. de P... cuando se

me presente á reclamarlos.»

—Ahora, dijo Mauricio, dejad continuar la comedia.

A poco rato se presentaron en el palco de Mauricio dos oficiales de marina á proponerle una entrevista con Mr. de P.

—No por cierto, les contestó Mauricio. Mi fortuna consiste en los naipes, quiero por consiguiente que Mr. de P... venga á pedirme este, con el cual he hecho una especie de escarapelâ.

—Pero, señor ¿quereis batiros?

—Es otra cosa lo que yo deseo. Es menester que le enseñe á Mr. de P... lo que yo sé hacer con mis manos; y para eso quiero que las vea de cerca.

Lleváronle esta contestacion á Mr. de P... el cual respondió:

—Yo pago; pero no puedo batirme con un bribon.

Habitaba Mauricio en una casa

sita en la plaza principal de la ciudad.

Al dia siguiente la gente se paraba delante de un inmenso cartelon, en el cual se leia en abultados caracteres:

« Mr. de P..... ni paga ni se bate. »

Empezaron de nuevo los rumores y la algazara. Por ultimo el gobernador creyó prudente mezclarse en este asunto. Reunió en su casa mas de veinte oficiales: mi padre fue llamado tambien. Mauricio se presentó con el sombrero en la mano.

Mr. de P..... empezó á burlarse de él.

—¿Qué significa, le dijo el gobernador á Mauricio, ese cartel insolente?

—Significa lo que dice.

—Señor, dijo Mr. de P..... yo tengo un recibo de los 70,000 lises que he pagado.

—Respecto á esos, no habia mas remedio que pagar, repuso Mauricio, á menos que se acusara á la señorita de C..... de ser tan diestra de manos como yo. Pero en cuanto á los 200 luises que perdísteis jugando conmigo, tengo el derecho de decir que no pagais; bien lo sabeis, y tengo ademas el derecho de decir que no os batis.

—Aquellos, dijo Mr. de P.... me han sido robados.

Mauricio hizo un saludo y se puso el sombrero; el naípe estaba allí perenne.

—Ah! exclamó Mr. de P..... montando en cólera; esto ya es demasiado. Se abalanzó sobre Mauricio en ademan de cojer el naípe.

Mauricio permaneció inmóvil, y dejó arrancarlo.

—¿Exijis el pago? le dijo con indiferencia.

—Vuestra sangre es lo que quiero.

— Jamás me batiré sin haber pagado mis deudas, repuso Mauricio. Yo os debo dos bofetones: ¿los queréis?

— ¡Caballero, le dijo Mr. de P... Estais loco.

— Entonces devolverme el naípe.

Mr. de P... lo hizo añicos y lo pisoteó.

— Otros me quedan, le dijo Mauricio, y sacó del bolsillo la misma baraja que habia cogido en casa, y tomando otro naípe lo puso en el sombrero.

— Acabemos, señores, dijo el gobernador. Yo no puedo permitir que siga adelante un asunto tan escandaloso.

— Eso consiste en el señor, dijo Mauricio..... El me debe doscientos lises, yo le debo dos bofetones..... paguémonos recíprocamente, y es asunto concluido.

— Tomad..... dijo Mr. de P... arrojando un bolsillo.

—Cuidado que si me pagais re-
conoceis la obligacion como proce-
dente de crédito lejítimo, esclamo
Mauricio.

—¡ Muy bien ! como querais , dijo
Mr. de P.....

Mauricio tomó el bolsillo y con-
tó el dinero.

—¡ Hasta mañana ! le dijo á Mr.
de P.....

Al dia siguiente se batieron...
Los testigos de este duelo á muer-
te , creian que sucederia como de
costumbre. Pero despues de varios
golpes , Mauricio por un movimien-
to rápido , hizo saltar la espada de
Mr. de P... y acercándose á él
le dió los dos bofetones que le ha-
bia prometido.

—Ahora que estamos en paz ,
dijo poniéndose en guardia , vamo-
s á entablar una nueva partida.

Mr. de P... atacó furioso á Ma-
rício... pero este le desarmó.

—¿ Teneis hecho testamento

le dijo.

Exasperado Mr. de P... volvió á comenzar el combate, y seis veces seguidas fue desarmado por su enemigo.

Los testigos trataron de suspender esta lucha, en que Mr. de P... habia agotado ya sus fuerzas.

—Teneis razon, les dijo Mauricio, yo aconsejo á este caballero que tome un poco de descanso. Entretanto voy á dar un paseo y volveremos á la pelea, cuando guste.

—¡Mañana mismo! le dijo Mr. de P...

—¡Mañana! contestó Mauricio, y cogiendo su sombrero, puso en la presilla otro naipe.

—¿Que quiere decir eso? preguntó uno de los testigos.

—Eso quiere decir lo que está escrito, contestó Mauricio.

El naipe decia:

«Vale por una primera leccion de esgrima, que daré á Mr. de P...»

—¿Qué mas podré deciros? añadió la marquesa de Perbruck, diego cartas le habian quedado de la dicha chosa baraja. Una la destinára una vale de 70,000 luises; otra, la que Mr. de P. . rechazó con desden, en la cual le pedia Mauricio que confesase haber perdido á ley de juego, la tercera, le sirvió de escarapela; esta era ya la cuenta asi fue empleando hasta nueve, e una de las cuales escribió:

«Vale por un rasguño, que haré en la mejilla derecha á Mr. de P...»

En otra puso:

«Vale por un agujero, que haré en una oreja á Mr. de P...»

Por fin llegó la última, en la cual se leia lo siguiente:

«Vale por una estocada en el corazon que daré á Mr. de P...»

Entretanto se habian espedido las órdenes necesarias para arrestar á los dos contendientes. Mauri

cio lo supo, y abandonó la ciudad.

Mas no habia en este modo de proceder, ni siquiera pretesto para que se le calificase de cobarde. Ademas, escribió una carta á Mr. de P... diciéndole que salia para Inglaterra.

Mr. de P... no se ateevió á seguirle.

CAPITULO LII.

Os he referido minuciosamente esta historia, prosiguió la marquesa de Perbruck, dirigiéndose á Saturnino y á Margarita, que la escuchaban con singular sorpresa, para que podais comprender el implacable carácter de un hombre á quien se ha querido mancillar con la nota de infame.

Algunos negocios hicieron ir á mi padre á Inglaterra. Me llevó en

= su compañía, y allí nos encontramos con Mauricio.

Mi padre procuró calmar sus prevenciones contra Mr. de P.

—Ese hombre, le dijo Mauricio, ha tratado de acabar con mi vida... la suya me pertevece.

Durante nuestra residencia en Londres fue cuando yo llegué á conocer á Mauricio, á admirarle y á consagrarle mi mayor confianza y hasta mi amor. El me amaba también; me lo dijo, y me habló de matrimonio: mi padre, que era viudo, y que no tenía mas hija que yo, no quiso nunca consentir en separarse de mí, ni en que me quedase en Inglaterra. Se lo manifesté así á Mauricio, contra el cual existia en Francia una orden del mismo Rey.

—Pues bien! me contestó, volveré á Francia... encargaré á vuestro padre el arreglo de este asunto cerca del monarca. Respecto al

negocio de los naipes, por olvidado... y una vez conseguida mi gracia..... me dirigiré á vuestro padre..... si me lo permitis.

Todo quedó arreglado: Mauricio se sometió á las órdenes de la corte; fue repuesto en su grado, y obtuvo el permiso de regresar á Francia de vuelta de una expedición á las Indias, para la cual se le dió especial encargo.

Yo le ofrecí aguardarle.

— ¡Oferta vana, hijos míos! Durante mi permanencia en Inglaterra, yo no habia advertido la tristeza de mi padre. Pero apenas regresamos á Francia, me manifestó que quedaria perdido y deshonrado, si yo no aceptaba las proposiciones de Mr. de Perbruck, porque ya es tiempo de que conozcais el nombre del adversario de Mauricio.

— Ya lo habia adivinado, dijo Saturnino. Pero ese Mauricio, añadió con un tono de ansiedad

era su verdadero nombre?

—No lo habeis adivinado tambien? dijo la marquesa... Por lo demas, escuso deciros que me ví obligada á sacrificar mi amor y mis juramentos á la salvacion del honor de mi padre. Me casé con Mr. de Perbruck. Este funesto matrimonio se arregló en muy poco tiempo. Al cabo de un año di á luz un hijo (este era César): por entonces el conde de X...., pues ya es tiempo de nombrarle tambien, volvió á Francia y se dirigió á Brest donde yo estaba.

—El conde de X...! dijo Margarita estreñeciéndose, mientras que Saturnino bajaba la cabeza.

—Mi marido estaba á la sazón en Paris, continuó Mad. de Perbruck, y mi padre á quien habia confiado anteriormente este secreto, me condujo sin tardanza al lado de mi marido, y sin querer manifestar-

citado. Yo ignoraba la llegada del conde de X... Estaba en Paris hacia cuatro meses y habia dado á mi esposo la esperanza de un nuevo heredero, cuando he aquí que una noche hallándome en la ópera, veo al conde que me miraba fijamente. Estaba pálido, deshecho, y parecia salir de una larga enfermedad; no tenia fuego ni animacion siquiera en sus ojos.

Veíame como perdida, estaba trémula sin saber qué hacer, y solo preveia horrorosas catástrofes.

Al salir de la ópera, á donde habia ido sola, el conde se acercó á mí y me dijo con voz alterada:

—Lo sé todo, y os disculpo... os compadezco..... Dentro de breves dias, saldré de Francia.

Al dia siguiente recibí una larguísima carta que me explicaba esas pocas palabras. El conde habia sabido en Inglaterra la ruina de mi padre, y comprendiera mi sacrificio,

No pude menos de ceder á las insinuaciones de un amor tan resignado y permití al conde venir á despedirse de mí secretamente. Le recibí una vez, muchas veces; pero, por mi alma, que jamás he tenido conversaciones mas inocentes. Llorábamos juntos.

Mi marido estaba en Versalles, y yo me olvidaba de la corta distancia que de él me separaba. No podia figurarme que le hubiesen advertido de la vuelta del conde. Sin embargo, nada mas cierto, y hacia quince dias que Mauricio no daba un paso, sin que él lo supiese. Una noche (Mauricio debia salir al dia siguiente, y yo debia verle por la última vez), una noche, repito, estábamos juntos hacia algunos minutos, cuando de improviso se abre la puerta de mi cuarto y aparece mi marido con un par de pistolas.

Mauricio se resolvió á morir: yo

me quedé como anonadada.

—Entre todas las desgracias, exclamó Mr. de Perbruck, ninguna hay que pueda imponerme tanto como el quedar en ridículo. Voy á mataros aquí mismo... Ya no nos batiremos por encontraros en mi casa á estas horas. Yo necesito otra cosa.

—¿Qué exigis? le dijo Mauricio.

—Dadme vuestra palabra de honor de que, suceda lo que quiera, no revelareis jamás á persona humana el encuentro de esta noche; y fácil os será el encontrar un pretesto para volver á comenzar un combate, en que estais seguro de salir vencedor.

—Os doy mi palabra, y al mismo tiempo os juro por lo mas sagrado que Mad. de Perbruck....

—Economizad los juramentos, dijo el marqués interrumpiéndole; ese es un negocio anarte entre la seño-

ra y yo. Unicamente os prometo que su honor no se lastimará con mi venganza.

Esto equivalía á prometerme una vida de suplicios; yo la acepté á ese precio.

—Caballero, continuó el marqués, en esta cartera hay una carta que manifiesta cuales son mis intenciones con respecto á este encuentro: prometedme tambien bajo palabra de honor no abrirla hasta mañana.

Bien conocia el marqués la persona con quien se las habia. Mauricio dió su palabra, y el marqués le entregó su cartera.

—Y ahora, añadió mi marido, dos de mis servidores pretenden haberos visto entrar en casa. Yo les he dicho que no se equivocaban. Por consiguiente es preciso que no os vean salir, ni os sientan siquiera: así tened la bondad de venir conmigo.

Recelaba yo una alevosía, y decia entre dientes algunas palabras.

—Venid y no receleis nada, señora, me dijo mi esposo con voz desabrida.

—Yo fui con los dos hasta el gabinete del marqués.

—Teneis que bajar por esta ventana, dijo Mr. de Perbruck á Mauricio; está un poco alta y va á salir á la calle.

—¡Oh! exclamé: abí abajo hay asesinos.

—Eso es lo que voy á saber, dijo Mauricio empezando á bajar.

Llegó al suelo y le sentí alejarse.

—Ahora, volver á vuestra habitacion, señora, me dijo Mr. de Perbruck: yo os enteraré de mis intenciones.

Yo estaba inocente; pero las apariencias deponian contra mí. Además, la conducta de Mr. de Perbruck era

tan extraordinaria, que mi imaginacion se estraviaba al empeñarme en comprenderla. A todo esto, durante el resto de la noche oí un gran ruido en la casa, como de gentes que iban y venian. No pude menos de creer que eran preparativos de marcha. Toqué la campanilla bastante tarde: vino mi camarera, y advertí que estaba como trastornada.

—¿Qué es lo que ha pasado? la digo.

—Muchas cosas, señora; pero el señor marqués prohibió que se os despertase, aun cuando todo el palacio se volviera de arriba abajo.

—¿Pero qué es lo que ha sucedido? volví á preguntarla.

—Pues bien, señora. Sabed, que han entrado ladrones en casa, y que el marqués ha sido robado.

Nada pude entender de todo esto.

—¡Robado! exclamé. ¿En dónde?... ¿cómo?... ¿Por quién?

— Yo diré lo que sé, respondió aquella muger. Esta mañana el comisario general de policía ha recibido la denuncia del señor conde. Parece que ha venido él mismo. German, que estaba cerca del gabinete, ha oído decir al señor marqués hablando con el comisario:

— «Si esto no hubiera sido mas que un robo hecho por algun lacayo, yo no os hubiera mandado llamar; pero lo que ha pasado escede á cuanto se puede imaginar de mas inaudito. En el momento en que yo entraba aqui, la vela estaba encendida..... Le he conocido positivamente... Mi primer pensamiento fue mas cruel..... creí..... pero desde luego pido perdon á la marquesa, si es que llega á saber mis sospechas..... ¿Qué podré decirlos? se aprovechó de mi asombro y se escapó por esta ventana donde habia esta escala de cuerda. Mas luego, cuando yo estaba

reflexionando en el ultraje que se me habia hecho, fue cuando advertí mi gabeta rota.»

La camarera hablaba mas de lo que habia oído. Lo comprendí todo..... Me levanté y corrí á la habitacion de Mr. de Perbruck: lo abrumé con reconvenciones, y él me contestó con frialdad:

—Si es inocente se justificará..... dirá lo que acababa de hacer en esta casa.

Asi Mr. de Perbruck le colocaba entre su deshonor y la mia.

La marquesa interrumpió su relacion, fatigada por tan dolorosos recuerdos.

—¿Será posible, Dios mio? exclamó Saturnino: ¡el conde estaria inocente, y habria de aceptar con tal decision el peso de su infamia solo para salvaros!

—Si por cierto, continuó la marquesa; pero mi marido no limitó su venganza á esta acusacion in-

digna. La cartera entregada á Mauricio se le encontró en su casa: contenia muchísimos valores pertenecientes á Mr. de Perbruck; y constituia una prueba acabada contra el conde. Este por su parte nada negó: desdeñó la defensa.

Ahora bien; vos que no podiais oir pronunciar su nombre sin estremeceros, le maldecireis todavia, porque el infeliz se ha visto degradado de su nobleza y sepultado en esos calabozos donde están pudriéndose los mas abyectos malhechores?

—¡ Oh , padre mio ! exclamó Saturnino.

—Pero si no era tu padre , dijo la marquesa.

—¡ Como !

—¡ No te he dicho que antes de volver á encontrar al conde , habia dado á Mr. de Perbruck la esperanza de tener un nuevo heredero ?

—¿Y bien?

—¡Y bien, exclamó la marquesa, el marqués condenó á este hijo que era suyo para asegurar su venganza contra mí.

—¿Pues como fue eso? exclamó Saturnino, lleno de ansiedad y de esperanza.

—Sí, continuó la marquesa, no tuve mas remedio que parir en secreto, y entregar este niño á Fichet como fruto de un adulterio; y tanto aquel buen hombre como su muger, estuvieron siempre en la persuacion de que ocultaban la falta de su señora. El marqués me obligó á esta accion abominable, amenazándome con un proceso escandaloso.

—Tal vez podreis justificar á vuestro amante, me decia, pero quedareis perdida y deshonorada; porque, aunque este hijo fuese mio, yo no lo reconozco.

Y como él tenia en sus manos

las pruebas de mi parto clandestino, como era árbitro de probar en cualquier tiempo que este niño no pertenecía á Fichet, tuve que aguardar y que sufrir mucho, hasta el día en que por la muerte del marqués me fue permitido volver á Francia á buscar mi pobre hijo, que me ha salvado la vida, en cambio de la miseria y del abandono en que le dejé.

Saturnino cayó á los pies de su madre, la cual lo abrazó cariñosamente, y entregándose al recuerdo de sus dolores pasados y de sus resentimientos, añadió:

—Y tu padre ha sido tan cruel para mí, que despues de haberme atormentado por toda su vida, me dejó por herencia la calumnia que debia perderme á los ojos de mis amigos y tal vez á los tuyos, ¡hijo mio!

— ¡Oh madre mia! ¡madre mia! exclamó Saturnino, los que

por tanto tiempo cuidaron de mi educacion me enseñaron á respetaros como debia, y este sentimiento no le han borrado de mi corazon las palabras de un hombre fanático. Sí, un sentimiento de desesperacion me dominó desde que el abate Bernier me dijo cual era mi procedencia; este nacia principalmente de pensar en el hombre que decian ser mi padre.

—¡Y que tu creias digno del vergonzoso castigo á que le habian condenado! exclamó la marquesa.

—¡Ah! ¡pues qué! debia vengarse por medio de tantos crímenes!... repuso Margarita.

—¡Hija mia! ¡hija mia! exclamó Mad. de Perbruck, no le juzgueis tan ligeramente; no olvidéis que ha estado sufriendo por espacio de mas de veinte años, la infamia, la prision y el desprecio. Si á lo menos, en la época de su des-

gracia, hubiera encontrado un corazón generoso capaz de defenderle, un amigo que protestase de su inocencia, tal vez hubiera conservado esa especie de justicia, que no tienen siempre á su favor los afortunados. Pero habia humillado á muchos necios orgullosos, con la altivez de sus pensamientos; habia herido con su fortuna la vanidad de otros, á quienes nadie queria defender. Su condena se recibió con gozo; se alegó como un mérito el haberle aborrecido; no pocos se alabaron de haberle despreciado; otros se envanecieron por haber anunciado ó previsto su ruina. A esto se agregaron todas cuantas odiosas imputaciones podian hacer mas dura su desgracia... Todo el mal que le hizo nuestra casta, se lo devolvió: esto era muy justo, hijo mio! Pero asi como no se olvidó de los resentimientos poderosos que le habian combatido, asi

tambien tuvo presentes las afecciones, que si no pudieron pretejerle, derramaron al menos lágrimas amargas por causa suya. El fue quien me arrancó de las cárceles de Paris, y que protegió mi fuga á Inglaterra; él fue tambien quien ha venido á socorrerme, cuando apenas desembarcada habrá cosa de un mes, me ví detenida nuevamente en el Morbihan. ¿Sabeis lo que me dijo entonces?

—«Mientras que tengais la esperanza de descubrir ese hijo que habeis abandonado, yo os acompañaré hasta que lo encontreis ó que os convenzais de que ya no existe. Entonces, á vos y á él, ó á vos sola, si por ventura hubiese perecido ese infeliz, yo cuidaré de salvaros.

Eso es lo que me dijo el conde de X..... á mí, que podia justificarlo, y que no he querido; á mí, que he preferido mi honor

al suyo.

— ¡Dios le perdone el haberse vengado tan cruelmente, dijo Saturnino, puesto que á él le soy deudor de haberos encontrado.

— Esto le ha costado la vida, dijo la marquesa.

Entonces refirió á Saturnino la escena que habia pasado en Savenay antes del combate. Por su parte Saturnino contó á la marquesa como se habia mezclado en los primeros combates de los realistas bajo el título de conde de Perbruck; cómo un día le hizo llamar el abate Bernier y le dijo ser el depositario de las confianzas de Mr. de Perbruck, confianzas que hacian aparecer como culpables á la marquesa y al conde de X....; cómo entonces se retiró Saturnino á aquellos lugares pantanosos y casi impracticables, donde tan milagrosamente habia encontrado á su madre.

Así se pasó toda aquella noche

en estas mútuas referencias. Margarita habia tomado tambien su puesto en tan tristes confianzas, porque la desgracia es un nivel que doblega las cabezas mas orgullosas, y la marquesa de Perbruck aceptaba las atenciones de la hija del verdugo de Nantes, como hubiera aceptado las de uno de sus propios hijos. A su vez tuvo que referir á Mad. de Perbruck sus amores con Cesario, su lealtad y sus desgracias, y la marquesa la escuchaba con un interés doloroso, cuando de repente se oyó un gran ruido en la parte exterior, pronunciando el nombre de Saturnino.

CAPITULO LIII.

Comenzaba ya á amanecer: el cielo, cubierto de nubes, presentaba un color triste y sombrío; la lluvia que á lo léjos caia en abundancia, hacia desaparecer los objetos mas visibles, y la niebla apenas dejaba distinguir sus formas.

Saturnino encontró en la ribera algunos aldeanos reunidos en torno de un pescador, que les contaba

cierta aventura que los llenaba de asombro.

—Venid, venid á saber lo que pasa, gritaron á Saturnino desde el momento en que le vieron.

—¿Qué hay de nuevo? exclamó Saturnino, dirigiéndose al reciénvenido.... ¿y qué cuentos de brujas dices á estas gentes para meterles miedo?

—¿Quién es ese? dijo con tono brusco el pescador.

—Es el gefe encarnado, le respondieron.

Tal era el título, bajo el cual conocian los aldeanos á Saturnino. El pescador se quitó su gorro, y le saludó con cierto aire, entre tímido y desconfiado.

—No señor, no, le dijo con voz casi apagada, no es ningun cuento de brujas, ni mucho menos, el que yo traigo á estas gentes, y vos lo conoceréis tal vez antes de mucho. Escuchad. Esta mañana muy tempra-

no salí de Indret para bajar por el Loire hasta Paimbæuf, á donde me llamaban los negocios de mi pobre industria: queria hacer de manera que mi viaje no fuese enteramente perdido, y cuando llegué á lo mas ancho del rio, eché mi red al agua: pero muy pronto sentí que se hacia pesada, y mi barca tampoco se movia: levanté, pues, la red y.... ¿sabéis lo que me trajo? ¡un cadáver!.... ¡un cadáver de muger!

—Sin duda habrá naufragado algun buque en ese sitio, exclamó Saturniuo.

—Y eso debió haber sido durante la noche, porque la infeliz muger apenas estaba desfigurada.

—Bien conozco que eso os habrá causado una impresion desagradable, repuso Saturnino, pero no es una cosa tan extraordinaria.

—Sí, para uno... y no es la primera vez que ha sucedido. Asi recogí el cadáver en mi barca con

intencion de llevarlo á tierra cristiana; y luego volví á echar mi red, y volví á conocer que habia nueva presa; pero esta vez ya fueron dos cadáveres los que cayeron...

—¿Será posible? exclamó Saturnino.

—Y á medio cuarto de legua del primer sitio.

—Es muy extraño, dijo Saturnino con una emocion que no podia disimular, pero al fin eso se explica muy bien.... por un naufragio.

—¡Por un naufragio! exclamó el pescador, cuyos dientes rechinaban y en cuyos ojos se descubria el asombro y la consternacion. ¡En el momento de un naufragio se atan las manos con cuerdas!.... y sin embargo, asi es como encontré otros dos cadáveres que salieron á la tercera vez...

—¿Otros dos aun? exclamó Saturnino.

—Sí, y aun despues otro, y en seguida otro, y luego... ¡Ah! exclamó el pescador cayendo sentado ¿qué es lo que ha sucedido, que todo el rio está como empedrado de cadáveres.

—Serán soldados perseguidos por los republicanos que habrán querido pasar el Loire, repuso Saturnino, de cuyo ánimo se iba apoderando el terror á pesar suyo.

—No por cierto, replicó el pescador con una especie de delirio, no son soldados; son mugeres, ancianos y niños!.... Eso es lo que son. Yo he recojido diez y siete, y los he llevado allá para que los entierren.

Saturnino se dirigió á la barca; pero antes de llegar se detuvo de pronto y señaló á los aldeanos que le acompañaban un punto casi oculto en medio de la densa niebla que cubria el Loire.

—Mirad allá abajo, allá abajo,

esclamó, una barca que vá estraviada. ¡Alguien va dentro! ¡Alerta!.... ¡un botel! ¡es menester salvar á esos desgraciados!

En un instante se embarcó Saturnino.

Mad. de Perbruck y Margarita fueron tambien á la ribera, y seguian con los ojos la direccion del barco, al cual Saturnino iba dando caza á fuerza de remos. Hallábase ya muy cerca con los dos marineros que le acompañaban, cuando de repente tropiezan con su remo en un obstáculo movable como esas matas de yerbas flotante que se enlazan con el torbellino de diversas corrientes; levanta el remo para desenredarlo, y trae con él un faldon de vestido: lo agarra, ve salir del agua todo el cuerpo de una pobre mujer que lleva un niño entre sus brazos. La muerte habia delineado en las facciones de aquella infeliz, la espresion que sin duda tenia cuan-

do fue sumergida en las aguas. Sus manos, abrazadas fuertemente contra el cuerpo de su inocente criatura, tenían la actitud suplicatoria, y sus lábios convulsivamente entreabiertos parecían pedir perdón.

Las trémulas manos de Saturnino la dejaron escapar.

—¡Oh! dijo entredientes ¡que espantoso desastre ha podido suministrar tantas víctimas al río!

Pero mucho mas horrible fue el espectáculo cuando llegó á la parte del Loire hácia donde la fuerza de la corriente arrastraba la barca que queria alcanzar. A cada movimiento que los remos daban á las aguas, veíanse salir por do quiera manos, cabezas y pies; otras veces cuando la proa del barquichuelo tropezaba con algun obstáculo, al momento que pasaba veían levantarse por la parte opuesta algun cadáver, que el movimiento de ascension que

habia tomado despues de haber pasado por debajo de la quilla , conducia nuevamente á la superficie, donde flotaba un momento , y en seguida desaparecia.

En un principio quiso contar Saturnino los cadáveres que sembraban el rio , pero se vió obligado á interrumpir su cuenta , pues ya no podia retener su número en la memoria y ademas era tal el horror que se apoderó de su ánimo, que seguia remando hácia la barca abandonada , sin acordarse ya del motivo que le habia hecho abandonar la oilla.

Un grito que resonó bastante cerca , vino á sacarle de esta especie de vértigo ; volvió la cabeza, y vió una muger que le llamaba desde la barca estraviada.

Iba vestida con el mayor gusto y elegancia , y como si saliese de una fiesta ; pero su trage estaba salpicado de sangre y manchado de

lodo. Una corona de flores medio mojadas , servia de adorno á la frente pálida de aquella infeliz ; y con sus manos amoratadas con el frio, sugetaba una herida todavia reciente y que vertia sangre.

Al aspecto de esta muger , Saturnino creyó tener delante de sus ojos el espectro de una jóven , que en otro tiempo habia visto hermosa, risueña y adornada. Pero tal era su turbacion , que no logró dar un nombre á este vago recuerdo. Trasladó la jóven á su barquichuelo, y volvió á emprender el camino de la orilla.

El regreso fue tan horroroso como lo habia sido la ida : á cada paso el remo empujaba los cadáveres y los hacia salir á la superficie.

Saturnino se quitó el largo sayo de aldeano que llevaba y con él abrigó á la pobre herida, que acababa de librar de una muerte

segura. Probablemente sin su socorro, hubiera ido á perderse en el Océano, ó en las riberas del Loire, compuestas por lo general de arenales pantanosos, donde se hunde sin recurso el imprudente que se atreve á poner sus pies. La infeliz no pronounciaba una sola palabra, y con los ojos clavados en la superficie de las olas, cada vez que se descubria alguno de esos cuerpos que el Loire arrastraba á centenares, se estremecia y murmuraba ciertos vocablos ininteligibles.

Pronto llegó la barca á la orilla, pero con gran sorpresa de Saturnino, la encontraron desierta, sin mas personas que Margarita y la marquesa de Perbruck. ¡Feliz casualidad sin duda, pues apenas vió la marquesa á la jóven que Saturnino desembarcó en la orilla, corrió hácia ella gritando:

—¡Luisa! ¡Luisa!

—¡Ah, exclamó Saturnino, cu-

yos confusos recuerdos se aclararon al oír este nombre. ¡ Mlle. de Paradeze !

La jóven los miró sucesivamente á unos y á otros ; pero su pensamiento , trastornado ya por los muchos dolores que habia sufrido, no pudo sostener el choque de semejante encuentro , y se desmayó murmurando estas palabras :

— ¡ Ah !... ¡ siempre muertos !...

Saturnino condujo á la señorita Paradeze á su choza , la colocó en la cama donde habia estado ya la marquesa de Perbruck , y la confió al cuidado de Margarita. Asi, en aquellos tiempos de desolacion, se sucedian unos á otros los heridos , los enfermos , los pobres , los proscriptos , en las casas cuyos habitantes tenian el valor necesario para abrir sus puertas á la hospitalidad.

Entretanto Margarita refirió á Saturnino por qué razon los aldea-

nos se habian marchado de la ribera, á donde concurrieran con ella y con Mad. de Perbruck.

Segun se decia, se habian presentado algunos soldados á la entrada del bosque que servia de límite por la parte de tierra, al pequeño lugar de Douches. Al saber tan infausta nueva, todos los habitantes se dispersaron: unos se metieron por medio de lagunas intrasitables, cuyas menores vueltas conocian á palmos; otros se refugiaron en sus casas, y cada cual trató de ocultar sus armas.

—¡ Escóndete, Saturnino ! le dijo la marquesa á su hijo, asi que dejó á Luisa en su habitacion.

—¿ Quereis ó podreis seguirme? exclamó Saturnino.

—Tal vez no me faltarian fuerzas; pero ¿ y qué vamos á hacer de la infeliz Luisa?

—Pues bien, madre mia, quedémonos, dijo Saturnino. ¿ No os

parece que la vida no merece los cuidados que se toman para defenderla?

—¿De donde te viene hoy tanto desaliento, preguntóle la marquesa, hoy que has tenido la dicha de encontrarme?

—Perdonad, madre mia; perdonad, dijo Saturnino; pero yo no puedo esplicaros lo que he sentido hace algunos momentos al atravesar el rio en medio de todos esos cadáveres flotantes. Al verlos aparecer así y desaparecer sucesivamente, me figuraba que venian á buscarme, y que me decian que allá abajo, en el fondo de aquel abismo estaba el reposo. ¡Ay de mí! Tal horror me infunde este espectáculo, que casi ya me habia olvidado de vos.

Mientras que hablaban así, Luisa de Paradeze recobró el uso de sus sentidos, merced á los cuidados de Margarita; sin embargo la miraba

con cierto asombro, y cerraba los ojos de cuando en cuando, como para huir de una horrible vision.

—¡Ah! murmuró en voz-baja ¡si estaré yo loca!...

—No, le dijo Margarita; no estais loca; estais en sitio seguro, y al lado de los amigos que os han librado de la muerte.

—¡Pues ¿quien sois? le dijo Luisa, porque Margarita, aquella Margarita que conocí en el convento, aquella pobrecilla á quien engañó el conde de Perbruck, murió... fue condenada..... la llevaron al cadalso.....

—No, señorita, no, todavía vivo; la desgracia me ha conservado para sufrir mas penas de las que yo creía poder soportar.

—Pero, le dijo Luisa enseñándole á Saturnino, ese que creiais ser el conde de Perbruck, es Saturnino.

Acercóse este con su madre á

la cama donde estaba la señorita de Paradeze, y despues de haber contestado á sus preguntas, le interrogaron á su vez sobre cuanto le habia sucedido hasta el punto de encontrarse herida y abandonada en aquella barca.

Nuestros lectores habrán reconocido sin duda en Luisa de Paradeze, la heróica jóven que intentó libertar al pueblo de Nantes del feroz monstruo que tenia cubiertas de luto y horrorizadas las principales familias de aquella poblacion. Por su parte Luisa les refirió los largos é interesantes infortunios, que habian precedido á su terrible resolucion.

CAPITULO LIV.

El dia de la insurreccion general, dijo Luisa, (el 10 de Marzo de 1793) me hallaba yo en Saint-Florent con mi padre, Mr. de Perbruck y la Chataigneraie. La Chataigneraie me dijo como le habiais socorrido, Margarita, continuó la señorita de Paradeze interrumpiendo su relato, cuando volvísteis á encontrarle con el malogrado Cesario, despues de su sublime sa-

crificio en el castillo de la Rouarie. Tambien me dió una idea del valor y desinterés con que os habeis portado, Saturnino. Sé bien por consiguiente lo que valeis tanto uno como otro.

Despues de estas palabras, Luisa continuó su relato:

En la misma noche de aquel dia, los aldeanos púestos á las órdenes de estos señores, se apoderaron de Jallois, defendido por una compañía de republicanos, mandados por un hombre, cuya funesta reputacion ha debido llegar hasta aquí. Era ya de noche, y los tres gefes se habian retirado conmigo á una casucha, situada á un extremo del lugar. Me habia yo acostado en una habitacion contigua á la en que se habia quedado mi padre con Monsieur de la Chataigneraie y el marques de Perbruck. A media noche hizo despertarme un ruido terrible; me levanté apresuradamente, y fui

á la habitacion donde habian quedado aquellos señores. Estaban en pie, armados y dispuestos á defender sus vidas; porque el tal ruido que á mi me habia despertado, procedia de los esfuerzos de unos desconocidos que trataban de allanar la casa echando al suelo las puertas y ventanas de la habitacion: pronto cedieron estos obstáculos y se presentó un hombre con sable y pistola en mano, gritando:

—¡Armas á tierra!

Era un anciano cuyos cabellos blancos inspirarian respeto, si la feroz expresion de su semblante no le diese á conocer como uno de esos crueles energúmenos que no se sacian de derramar la sangre de los realistas.

Sin embargo, en vez de herirnos, se contentó con repetir la intimacion de ¡Armas á tierra! Pero mi padre le disparó un pistoletazo por toda respuesta. La ba-

la no tocó al anciano á quien iba dirigida , pero dejó muerto á uno de los soldados que estaban detrás de él ; y antes que este hombre hubiese tenido tiempo de contener á los republicanos , hicieron fuego sobre nosotros , y mi padre cayó herido de un balazo en la cabeza. Al verle , me abalancé á los soldados , dando gritos , pero la Chataigneraie se precipitó delante de mí.

— ¡ Armas en tierra ! le dijo el anciano , no es á vos á quien yo busco.

— Vos os hallais aquí defendiendo la causa de la república , exclamó la Chataigneraie , y yo defendiendo la del Rey. ¡ Por consiguiente no hay cuartel !...

Apenas dijo estas palabras , descargó un terrible golpe contra el anciano ; pero en el mismo momento se precipitó un jóven sobre la Chataigneraie y le hizo caer de un

sablazo. Yo me prosterné delante de él, y ya los soldados iban á lanzarse contra mí, cuando aquel mismo jóven, cubriéndome con su cuerpo, los contuvo gritando:

— ¡Soldados! ¡no hagamos la guerra á las mugeres!...

Entretanto Mr. de Perbruck habia quedado solo. Sus armas, tendidas por el suelo, indicaban que no queria intentar un combate inútil.

Entonces el anciano se adelantó hácia él, y dándole de plano con su espada, le dijo:

—No te hubiera conocido por tu rostro, que hace mas de veinte y cinco años que no he visto, si no estuviese cierto de tener en mi presencia al marqués de Perbruck, viéndole pedirme perdon al lado de sus compañeros que han querido morir como valientes.

—Se bate uno con enemigos que le acometan en un número igual;

pero cuando se presentan asesinos en proporcion de veinte contra uno, el partido mas prudente es evitar la pelea.

—Nosotros somos veinte en efecto, dijo el extranjero, pero vosotros los rebeldes que ocupais este pueblo, sois mas de doscientos. ¿No oyes cómo se despiertan? y por cierto que la partida está á su favor. Pero antes que se empeñe entre ellos y nosotros, ¿quieres jugar una, en que las probabilidades serán iguales, y que ya es tiempo de terminar despues de veinte y cinco años de espera?

—Quién sois, pues! exclamó el marqués de Perbruck retrocediendo y buscando sus armas.

—Perdonad, señora, dijo Luisa interrumpiendo su relato y dirigiéndose á la marquesa de Perbruck; perdonad que refiera en vuestra presencia una escena en que vuestro nombre fue invocado por una

parte como un nombre respetable, y por la otra como un nombre deshonrado.

—Hablad sin reparo! le dijo la marquesa. Ya adivino el nombre del que perseguia al marqués con tanto encarnizamiento.

—Pues bien, continuó Luisa, en la cuestion con Mr. de Perbruck, este hombre retrocedió unos cuantos pasos, y colocando en su sombrero un naípe á guisa de escarpela, exclamó:

—Si veinte y cinco años de cólera y de desesperacion impotente, pasados en el fondo de una cárcel, han desfigurado bastante mis facciones para que tú no reconozcas en mí á aquel á quien has perdido... ahí tienes un signo que no debes haber olvidado; es la décima carta de la baraja en que he firmado el compromiso de matarte.

—Ah! ¡eres tú, conde de X...! exclamó el marqués de Perbruck.

con un furor inaudito, tú!...

Y le disparó un pistoletazo, que hirió al conde sin matarle. Los soldados quisieron echarse encima de Perbruck; pero el conde los contruvo diciendo:

—De este me encargo yo solo, tiene que pagarme una deuda que ha contraído hace ya mucho tiempo. ¡Tengo que vengar á la mujer, cuya vida condenaste al oprobio y á la amargura! añadió dirigiéndose al marqués; á tu desgraciada esposa!...

—¡Pues bien! contestó el marqués, la miserable...

Luisa se detuvo.

—¡Hablad! ¡hablad! le dijo la marquesa.

—¡Pues bien! continuó la señorita de Paradeze, vuestro esposo, señora, gritó: la miserable que le ha llorado vivo, le llorará muerto!...

—Yo le he devuelto la libertad,

arrancándola de la cárcel á donde la habia sumido su amor maternal, dijo el conde de X... ahora quiero devolverle otra libertad aun mas preciosa, librándola de un monstruo como tú...

—¡Eso es! continuó el marqués, la esposa...

Luisa volvió á pararse.

—¡Hablad sin ningun recelo, volvió á decirle la marquesa, viendo á Luisa vacilar todavia.

—La esposa adultera, repuso Luisa continuando su relacion, pondrá el colmo á su infamia casándose con el ladron condenado en un juicio solemne.

Al hablar asi, no pudieron contenerse y se atacaron con la mayor furia. Tal era el deseo de herirse que reciprocamente tenian, que ya entrambos se habian herido y ni uno ni otro lo habian notado. De repente se oyó fuera un nuevo ruido: los gritos de ¡viva el Rey

anuncian á los republicanos que los realistas sorprendidos durante la noche, vienen tambien á sorprenderlos.

—Deténlos, Julien, exclamó el conde de X... dirigiéndose al jóven que me habia salvado.

Y el desafio continuó en lo interior, mientras que los republicanos defendian la casa contra los realistas. Sin embargo, nosotros oíamos aproximarse cada vez mas los gritos de nuestros amigos, y Mr. de Perbruck defendiéndose con furor, exclamaba sin cesar:

— ¡A mí! ¡á mí!

El jóven á quien habia llamado Julien, se presentó al instante diciendo:—Estamos cercados...

—A mí, repuso con mas energia el marqués de Perbruck.

—Pues, á tí!... dijo el conde de X..... dirigiéndole una estocada que hizo caer á sus pies al marqués.

Mad. de Perbruck que habia escuchado esta relacion con visible ansiedad, lanzó un profundo suspiro y murmuró en voz baja:

— ¡ Esa justicia ! . .

Algunos soldados republicanos volvieron á entrar gritando :— Estamos perdidos...

El conde de X... se arrojó hácia mí, me cogió bruscamente, y poniéndome delante de sí, me colocó frente á los fusiles de los realistas gritando tirad, tirad !... ahí teneis la hija de vuestro gefe !

Un hombre á quien conocí desde luego por el abate Bernier, detuvo á los que acometian.

— ¡ Animo, hija mia ! exclamó, no temais á las cárceles ni al martirio, porque nosotros volaremos al instante á poneros en libertad.

Los republicanos se aprovecharon de este intervalo para salir de la casa por la parte opuesta á la que los realistas atacaban. Yo salí la

última, siempre conducida por el conde de X... que se escudaba con mi cuerpo, y allí ví entrar al abate Bernier que iba al socorro de Mr. de Perbruck.

Lleváronme como prisionera á Machécoul. Los republicanos de esta ciudad, mas exaltados que la misma soldadesca, me dirigian insultos y amenazas, y sin la proteccion del jóven Julien, que por diez veces se puso entre ellos y yo, hubiera sido asesinada por aquellas furias.

Inspirábame este hombre un horror profundo: estaba entre los que habian matado á mi padre, y era el mismo que hiriera á la Chataigneraie. Yo no le ocultaba mis sentimientos, y sin embargo, jamás contestó con palabras de cólera ni amenazas á las injustas reconvenciones que le dirigia.

El conde de X... nos habia dejado hacia algunos dias. Sin embar-

go, antes de su marcha, yo le habia oido decirle á Julien.

—Puesto que esta jóven te agrada, decídela á que te siga á Paris. Es preciso que pase por tu muger ó por tu querida, pues de otro modo si llega á descubrirse su nombre será para ella una verdadera sentencia de muerte.

Considerad cual seria mi asombro, cuando despues de haber oido estas palabras, supe que en aquella misma noche debia salir para Nantes con una escolta de republicanos mandados por Julien. Sin embargo, las consideraciones que este hombre tenia conmigo, me tranquilizaban.

Habia buscado un carruaje, y Julien montó en él conmigo. Los caballos de la escolta iban á vanguardia y á retaguardia.

—Señorita, me dijo, dispensadme si me muestro brusco y exigente en la proposicion que voy á dirigiros. El comité revolucionario de Nantes

ha sabido vuestro arresto, y ha exigido que fueseis trasladada á esta ciudad. No os hagais ilusiones sobre el resultado, allí os espera una condena inevitable.

— ¡A mí, le contesté, ¿por qué?... ¿por haber seguido á mi padre?

—Vuestra obediencia á las órdenes de vuestro padre, que considerais como una virtud, os será tomada en cuenta como un crimen. Os creereis inocente, y tal vez en el fondo de su conciencia lo creerán tambien así algunos jueces.... pero no os absolverán sin embargo de eso. Yo mismo, añadió con cierta espresion sombría, si en vez de haberos encontrado en el lugar del combate, es hubiera visto en el banco de los acusados.., os condenaria sin vacilar: vuestra cabeza es necesaria para la salvacion de la patria.

— ¡Mi cabeza!.... ¡la cabeza de una muger..... exclamé llena de in-

dignacion.

—Los hombres que quieren hacer triunfar la libertad, me respondió con indiferencia, no están obligados á ser compasivos ni generosos; no pueden serlo tampoco. Cuando los miserables gefes que han intentado esta insurreccion, supieren que no solo juegan su propia existencia en tan terrible albur, sino tambien la de sus mugeres ó la de sus hijas, se darán menos prisa á levantar el estandarte de la rebellion. Vuestra muerte les servirá de escarmiento.

—¡Pues bien! ¡Sea en buena hora! exclamé, irritada con la atroz serenidad de aquel jóven; pues apenas tenia diez y ocho años, y jamás he visto una fisonomía mas amable ni mas delicada: largas pestañas negras velaban sus ojos de un azul celeste muy subido, y una espesa cabellera rodeaba su rostro de niño. Pues bien! ¡sea en buena hora! es-

clamé, mi muerte enseñará á los realistas como saben morir sus hijas, y tal vez no faltará alguno que se encuentre al pie del cadalso, y que les dirá que yo he gritado bajo el cuchillo de la guillotina: ¡A las armas, por Dios y por el Rey!

Julien guardó silencio.

—Pues por lo mismo que sé que obraríais así, continuó luego, por lo mismo que sé que haríais inútil con vuestras insensatas provocaciones, todo cuanto yo pudiera decir en vuestro abono á las autoridades de Nantes, me he resuelto á salvaros antes que vos misma hagais imposible vuestra salvacion.

Yo me veia sola, abandonada á mí misma, ya no me quedaba esperanza alguna en el mundo desde que mi padre y la Chataigneraie habian muerto. Sin embargo, aun cuando me sentía con valor para menospreciar una muerte segura, no tenia bastante resolucion para acep-

tarla cuando me quedaba el recurso de librarme. Por tanto no contesté.

—Escuchad, continuó Julien con voz trémula; no tengo mas que dos medios de salvaros: el primero, declarar desde el momento en que lleguemos á Nantes, que abjurais del partido de vuestro padre, que detestais la rebelion en que ha tomado parte, y que en prueba de estos sentimientos aceptais el amor... y la mano de un verdadero patriota... la mia...

—¡A ese precio, mejor quiero la muerte! exclamé.

Quedóse Julien pálido por un momento, y convulsivo. No volvió á hablarme, y continuamos nuestro viaje. Estaba yo como envanecida con aquella respuesta, y si Julien hubiera vuelto á hacerme la misma proposicion, con la misma indignacion hubiera rechazado sus palabras: sin embargo, tenia yo cier-

ta ansiedad que no puedo explicar. ¡Ah! desde entonces he visto morir á tantos, que he llegado á comprender que eso era cosa fácil... pero entonces no estábamos acostumbrados al aspecto del patíbulo, y su imagen sola me horrorizaba. El silencio que Julien guardaba era harto significativo para que yo pudiese dudar de sus intenciones. Sin embargo, había dicho que tenía otro medio de salvarme: yo ya no lo esperaba. . pero todavía aguardaba á que él me hablase.

Llegamos frente á una casa, donde mandó parar.

—Llamad á la puerta, les dijo á los que nos escoltaban, y haced que la gente de casa nos dé algun refrigerio.

Mientras que entraban los soldados, Julien parecia estar profundamente alterado.

—Poned los caballos en la cuadra, les dijo, que allá voy con es-

ta señorita.

Así que quedamos solos, me dijo:

—Ecuchad; yo voy á apear-me del carruaje, dejaré la portezuela abierta... y cuando haya llegado al umbral de la casa, os bajais al instante y os deslizais por el lado del camino... os meteis de un par de brincos en aquel bosquecillo de en frente... lo demas corre de mi cuenta.

—¡Oh! exclamé casi con las lágrimas en los ojos, enternecida por una accion tan generosa. ¡Cómo podré pagaros este favor!

—Probablemente, exclamó con un acento de amargura, la república se encargará de pagarme, y de cualquier modo, es cosa que no debe inquietaros.

CAPITULO LV.

La marquesa de Perbruck, Margarita y Saturnino, exhalaban un profundo suspiro, como si hubiesen presenciado la escena que la señora de Paradeze acababa de referirles.

Ella continuó su relato en estos términos:

«Marchóse Julien sin decir mas palabra, y yo seguí sus instrucciones. Ya habia llegado al bosqueci-

llo, cuando oigo de repente un disparo, y al volver la cabeza veo con asombro que hacía aquella parte donde yo estaba oculta, acudían los soldados que habían entrado en la casa.

Me puse á escuchar, y les oí que se informaban de lo acaecido.

—Habíame apeado un momento del carruaje, les decia Julien, y habia dejado en él mis armas: quiero volver á montar, y me encuentro á la prisionera que trata de fugar: me abalanzo á ella, y como se habia previsto de mis dos pistolas, descarga una contra mí hiriéndome como veis.....

Al espresarse en estos términos, mostraba á sus soldados una herida que acababa de hacerse á propósito, y les señalaba con la mano el camino opuesto al lugar donde yo estaba escondida.

Corrieron los soldados sin des-

canso por todos aquellos lugares, y al cabo volvieron sin haber podido dar siquiera con mi rastro.

—Hemos encontrado algunos labradores, dijeron á Julien, pero no han visto pasar á nadie. ¡Ay, amigo, el miedo os ha hecho ver visiones!

—No, eso no, que á mi lado ha sabido batirse, repuso otro, y no es el miedo lo que le ha impedido ver... sino el amor. Aquí hay traicion.

—Sí, dijeron algunos de los demás, ya salvó á la aristócrata en Machecoul; y aquí la ha dejado escapar... es menester fusilarle.

—Vosotros bien sabeis quien soy, dijo Julien.

—Sí, sí... un barbilampiño, que quiere tratar como negros á hombres de bigotes! exclamaron los soldados.

—Soy hijo de un representante del pueblo.

—Por eso no dejarás de ir á la guillotina, le replicaron.

—¡Vaya con el secretario de Robespierre! añadió uno de los mas timoratos.

—¡Pues bien! El tribunal revolucionario lo decidirá. Vamos á conducirte á su presencia.

Entonces, al ver que prendian y se disponian á conducir como un traidor al mismo que acababa de salvarme, comprendí el sentido de las palabras que me habia dicho en contestacion á mis protestas de gratitud: «que probablemente la república se encargaría de recompensarle.»

—¿Y qué ha sido de él? preguntó Saturnino, á quien habia interesado este rasgo de generosidad.

—Probablemente el crédito de su padre y el de su infame protector lo salvarian del furor de los republicanos de Nantes... porque vive,

y yo le he vuelto á ver.

—¿Y en dónde? preguntó Mad. de Perbruck.

—En la cárcel de Nantes, donde por segunda vez le he sido deudora de mi libertad, contestó Luisa.

Acercáronse al lecho donde estaba acostada la señorita de Paradeze, con el objeto de oír mejor su relacion. En aquel momento se sintió abrir suavemente la puerta de la casa. A poco rato apareció en el umbral un jóven armado, el cual se detuvo y se puso á escuchar, mientras que Luisa continuaba.

—Inútil es que refiera la vida errante que desde entonces he llevado. Fuí cogida al fugarme por una partida de aldeanos mandados por Staffiet, con los cuales permanecí algun tiempo. Por último encontré en el ejército de Bouchamp á Mad. de Chataigneraie, tia de aquel á quien yo habia perdido. Me

puse bajo su proteccion , me quedé con ella y la seguí á todas partes, cuidando los heridos , haciendo los cartuchos , y todo lo poco que en favor de una santa causa podemos hacer las mugeres.

Estaba yo en casa de Mad. de Lescure el dia en que ella misma cargaba con mano trémula las armas de su marido , como si previese que habian de serle inútiles para evitar la muerte que le esperaba. ¡ Ah ! precisamente despues del combate fatal en que él pereció , me dejaron por muerta los republicanos entre la multitud de niños y mugeres que se habian refugiado en una granja , mientras que el noble Bonchamp tendia su mano moribunda entre las armas realistas y los prisioneros republicanos , y les otorgaba el perdon mas sublime y generoso.

Al dia siguiente , cuando fueron á sacar los muertos de la Granja

donde yo estaba , conocieron que aun vivia ; y me echaron en un carro en el cual habian amontonado mugeres , niños y sacerdotes para conducirlos prisioneros á Nantes.

La fuerza de mis pocos años, y el esmero con que me cuidaban mis compañeros de infortunio , que se olvidaban de sí mismos para pensar en mí , me restituyeron poco á poco la vida , y al llegar á Nantes me encarcelaron en la prision que habia en el castillo. Ya no habia sitio para nosotros , á lo menos así lo creímos , al vernos amontonados treinta y tantos en una sala donde apenas cabian cómodamente seis camas. ¡ Ah ! ignorábamos hasta donde podia llegar la crueldad de nuestros verdugos. Durante los cuatro meses que estuve en aquella cárcel , ví aumentarse de dia en dia el número de los prisioneros ; y en un espacio que nos parecia muy

estrecho para veinte, se colocaron treinta, luego cuarenta, en seguida cincuenta y hasta llegamos á ciento...

—¿Es posible? dijo Mad. de Perbruck.

—¡Ciento, he dicho!... continuó Luisa; pues aun es poco. Con este número aun se podian acostar sobre la paja estendida en aquellas inmundas salas; pero muy pronto faltó sitio para todos. Colocábanse de manera que la cabeza de los unos descansaba sobre el cuerpo de los otros. Todas las mañanas se nos daba á cada uno una libra de pan moreno y un poco de agua, en corta cantidad; y todos los dias entraban nuevos presos á oprimir mas y mas á los infelices que ya estaban tan miserablemente oprimidos en aquel calabozo.

¡Y parecerá increíble! Entonces era cuando el tribunal revolucionario desplegaba con mas efica-

cia todo su poder: no se pasaba día sin que ciento cincuenta, doscientos de nuestros desgraciados compañeros saliesen para el patíbulo! Pero la cuchilla del verdugo y los fusilamientos militares no iban tan de prisa como las órdenes de arresto. Al fin, aquello vino á convertirse en una cloaca asquerosa, en donde quedaban las inmundicias de cuantos allí habia.

—¡Oh, Dios mio! señora, continuó Luisa con visible repugnancia, es espantoso imaginar siquiera á qué degradacion puede venir á parar el hombre. ¡Muy miserable criatura es, cuando el apego á la vida le hace soportar tamaños horrores!

Un círculo de hombres que se formaba al rededor del sitio en que las madres ocultaban sus hijas, no nos permitia ver muchas veces los criminales que se hallaban mezclados con los proscriptos; pero no podian reprimir sus infames canta-

res. Entonces nos poníamos de rodillas y tratábamos de ahogar aquella espantosa algazara con la armonia de algun cántico de la Iglesia, hasta que al fin cansados de gritar nos veíamos precisados á oír aquellos energúmenos.

Pero no eran estos depravados compañeros de prision los que mas ultrajes hacian al pudor y á la castidad. No pocos veteranos de la Veudeé y hasta nobles de la primera clase se vieron arrojados en medio de nosotras, sin un harapo siquiera para cubrir sus carnes; y esto se fue repitiendo y haciendo tan comun, que al fin ya no quedaba mas alternativa que ver tan vergonzoso espectáculo ó darlo uno mismo, despojándose del último harapo que le quedaba. Asi todo se iba olvidando: el pudor..... la.....

Luisa se detuvo abrumada por tan odiosos recuerdos.

La marquesa le dió un beso en

la frente , como si quisiera restaurar la corona de la inocencia marchita á fuerza de infamias , y en seguida la dijo :

—Las virgenes cristianas que los infieles esponian desnudas á los tigres del circo romano , estaban cubiertas con la aureola de su martirio ; vos habeis sido una de ellas, hija mia.

—En fin , continuó Luisa haciendo un esfuerzo , asustados los mismos carceleros de ir á buscar las víctimas al cieno inmundo de aquella cloaca , ofrecieron la libertad á cuarenta de los que tomasen á su cargo la empresa de limpiar tan asquerosa sentina. Los infelices llevaron á cabo esta repugnante tarea..... pero cuando nosotros pensábamos que habian comprado su vida demasiado cara , nos encontramos con que el modo que tuvieron de cumplirles la palabra empeñada , fue mandarlos fusilar en el pa-

tio mismo del castillo. ¡ Esa fue la libertad que se les prometiera !!

— ¡ Eso es increíble ! exclamó Fichet.

— Carrier fue quien prometió esa gracia , dijo Luisa : ¿ y por ventura puede él hacer mas gracia que dar la muerte ?

— ¿ Y pudisteis vivir en ese sitio cuatro meses ? preguntó la marquesa de Perbruck.

— Sí , yo como otras muchas , acostumbrada al boato de una casa magnífica... y mas todavía , habituada á los cuidados de una limpieza escrupulosa... yo , que hubiera preferido subir al cadalso á entrar en aquella cárcel , si hubiese podido prever sus horrores , y que so- juzgada como otras muchas , fui aceptando poco á poco los mas repugnantes cuadros. La infamia sufrida la víspera hacia menos penosa la infamia del dia siguiente ; ademas yo no vivia solo por vivir,

vivia para vengarme.

Todos los dias entraban nuevos presos que nos llevaban noticias terribles. Al oirles referir los asesinatos dispuestos por orden de los gefes republicanos, pensaba que si pudiese recobrar mi libertad, mi mano, la mano de una muger castigaria al mas cruel de aquellos verdugos. Vacilaba entre ellos; pero habiendo llegado Carrier á Nantes, ya no podia vacilar. Carrier, aquel hombre que enviaba al patíbulo á cualquiera que cayese en sus manos, sin tener el menor pretesto, sin conocerle muchas veces; Carrier que arrancaba de las cárceles á las infelices cuya hermosura le encarecian, y que recibiénolas inocentes de manos del carcelero, las enviaba deshonradas á poder del verdugo; Carrier, esa personificacion del crimen, ese tigre de raza humana, cuyo solo nombre dice mas que todos los epitetos mas infames que se

le puedan dar; ese hombre, ó mas bien ese monstruo era el que yo queria asesinar.

Con este objeto, con esta esperanza sufria resignada los suplicios y el oprobio de aquella prision; y sin embargo ni ese pensamiento ni esa esperanza hubieran podido prolongar mi vida hasta el patíbulo, cuando antes de ayer se presentó de repente en nuestro calabozo un hombre el cual venia encargado de saber, segun se nos dijo, si Carrier cumplia su mision dignamente. ¡Cuántas esperanzas no suscitó la venida de aquel hombre! Ya os he dicho que jamas se ha oculto un alma mas sedienta de sangre bajo un exterior mas dulce, ni mas angelical.

Caminaba impasible y tranquilo por medio de tantas víctimas de la desesperacion, sin piedad para los desgraciados, y sin enojo contra los perseguidores.

Cuando pasó cerca de mí, no pude menos de esclamar al verle:— ¡Julien !

Procuró reconocermé bajo los harapos que apenas me cubrían, y exclamó:

— ¡Luisa de Paradeze ! ¡ Vos en tan miserable estado, vos, la hija de un aristócrata !....

— Yo y otras mil que valen tanto ó mas que yo, le dije ; las mugeres y las hijas de la mas alta nobleza.

— ¡ Mugeres é hijas de la aristocracia, exclamó furioso, que abofeteábais al pobre pueblo y le escupiais en el rostro, cuando desde el fondo de su miseria os decia: «Tengo hambre, tengo sed, me estoy pudriendo en medio del lodo!» sufrid tambien ahora que os toca, los rigores del hambre y de la sed, y pudrios en estas cárceles!

Toda aquella gente le miró con desvío: yo sola tenia derecho de

creer que semejante crueldad era fingida.

—¡Ah! Julien, le dije, no érais así cuando espusisteis vuestra vida por salvar la mía.

—Y todavía soy el que era entonces, y estoy siempre dispuesto á salvaros, me dijo en voz baja.

Acepté pues, tan generoso ofrecimiento, no por salvar mi vida, os lo aseguro, sino para llevar á cabo el designio que habia formado, de lo cual os convencereis mas ampliamente con lo que aun tengo que deciros.

Cuando me vieron algunos de los que estaban á mi lado ir con Julien, sentí los baldones y vituperios con que aseaban mi conducta, suponiéndome capaz de comprar mi libertad por un precio infame. Pero dejaba que hablasen, contando con que mi propia sangre ó la de algun otro me justificaria completamente.

Acompañé á Julien, el cual obtuvo de mis carceleros que me mudasen de prision, y una vez fuera de la en que estaba, me proporcionó la huida, habiéndome dado antes un bolsillo lleno de oro, y haciendo todo esto con riesgo de su propia vida. ¡ Al fin conseguí mi libertad! exclamó Luisa de repente con cierta exaltacion.

En este momento, el que habia quedado inmóvil y mudo en el umbral de la puerta, levantó de repente la voz, diciendo:

—Y la habiais aceptado jurándome abandonar la Francia... ¿Qué habeis hecho en vez de eso?

Saturnino, la marquesa y Margarita volvieron la cabeza, y antes que Luisa hubiese pronunciado el nombre de este jóven, ya todos le habian conocido. En efecto, era casi un niño, sin barba, semblante risueño, tranquilo, y rodeado de largos cabellos que le caian en bucles

relucientes.

— ¡Julien! exclamó la señorita de Paradeze.

— Yo soy, yo, que tal vez tengo derecho á preguntaros qué es lo que habeis hecho de la libertad que yo os dí.

— Con mi libertad he hecho lo mismo que con el dinero que me disteis. Uno y otra me sirvieron para dejar mis harapos y hacer ricos vestidos para poder penetrar mejor en el astro donde se oculta aquel monstruo, receloso de la indignacion general que sus crímenes provocan.

Estuve en vela todo el dia acechando su puerta. Sabia la hora de sus bacanales, y cuando llegó el momento oportuno me incorporé con los convidados; procuré estimular las pasiones del tigre; tomé asiento en la mesa á su lado; logré trastornar lo bastante su razon para que llegase á concebir un amor imposi-

ble: quiso, por fin, estar solo conmigo..... Ya era yo dueña de él, ya le tenía bajo el puñal que había ocultado entre mis vestidos, cuando una mano funesta vino á arrancármelo.....

—¡Ah, infeliz! ¿Qué has hecho? exclamó Julien.

—Lo que aun haria, si estuviese libre; una accion que la Francia entera hubiera colmado de bendiciones, si hubiera podido llevarla á cabo; una accion que hubiera salvado á millares de víctimas, cuyos cadáveres me han acompañado desde Nantes hasta aqui.

—¡Cómo, exclamó Saturnino, ¿por ventura todos esos cadáveres iban flotando en torno vuestro?

—¡Ah, no podeis comprender lo que he pasado, lo que he visto, ni como he tenido valor para verlo; pues, colocada bajo el puñal de la querida de Carrier, recobré mis sentidos en el momento en que iban á

mandarme al suplicio.

Entonces les contó la espantosa escena de la noche anterior, y concluyó diciendo:

— He ahí lo que he visto, he ahí la fiesta de que hablaba Carrier á sus convidados en la bacanal á que yo asistia. ¡Y Dios no ha permitido que ese monstruo muriese á mis manos! ¡Dios no ha querido inspirar á nadie mas que á una débil muger el generoso pensamiento de librar á Nantes de ese tigre! Y sin embargo, no todos los hombres han muerto: muchos hay que han escapado del campo de batalla, y muchos que se ocultan en miserables chozas y que no obstante tendrian suficiente valor para morir.

— ¡Oh! ¡ya comprendo! exclamó violentamente Saturnino. ¡Desgraciado Carrier!

La puerta se cerró de repente y Julien acabó de entrar en la choza.

—Silencio, desgraciado! no estoy yo solo en este lugar.

—Podeis llamar en vuestra ayuda si os acomoda, exclamó Saturnino, y pronto sabreis lo que os cuesta una denuncia.

Julien miró á Saturnino, sin alterarse.

—Estais loco, repuso con frialdad. Hace mas de media hora que estoy aqui, escuchando vuestra conversacion, y de seguro ya estariais en manos de mi gente, que no es capaz de perdonar la palabra mas inofensiva, si yo de propósito no los hubiese alejado de aqui.

—Pues en ese caso ¿qué os proponeis hacer con nosotros? preguntó Luisa.

Julien estuvo reflexionando algunos minutos, y al cabo dijo:

—Debeis saber que yo nada he visto ni oido; he entrado en una choza, donde se me ha permitido sentarme al lado de la lumbre para

calentarme y descansar un poco; he encontrado una jóven enferma, con una madre y un hijo ocupadas en cuidarla; he ahí lo que puedo responder á uno de los representantes del pueblo que acompaña al ejército de Marceau, y que ha venido con la columna encargada de explorar estas campiñas, y de impedir que los realistas derrotados en Savenay atravesasen el Loire.

Ese representante que se ha instalado en la casa rectoral, se llama Bourbotte, y aunque no está exaltado en ideas como Carrier, no se mostraría menos inflexible si sospechase quienes son las personas que aquí se encuentran reunidas. De seguro no procedería á ajusticiar sin información de causa á los prisioneros de que pudiese apoderarse aquí; pero no hay en el día tribunal alguno que dejase de condenarlos si fuesen sometidos á su fallo.

— ¡ Con que estamos perdidos ! exclamó Mad. de Perbruck.

— Ese peligro no puede ser de larga duracion , repuso Julien ; los generales republicanos y los representantes del pueblo que acompañaban al ejército , los están aguardando en Nantes ; donde se ha preparado una fiesta. Dentro de algunos dias , ya estarán libres de ellos todas estas campiñas , y entonces os será fácil el abandonar enteramente la Francia : exijo , pues , vuestra palabra formal de salir dentro de ocho dias.

En la desesperada situacion en que se encontraban estos personajes de nuestra historia , semejante propuesta hecha por Julien venia á ser un grande acto de clemencia y hasta de generosidad.

Ninguno de ellos puso por lo mismo , el menor reparo en aceptar la oferta que se les hacia.

— En cambio , dijo Julien , la so-

la recompensa que pido es el derecho de tener una conferencia particular con la señorita de Paradeze.

No bien se disponian á retirarse de la habitacion Saturnino, Margarita y la marquesa de Perbruck, sacó Julien de su cartera unas tarjetas impresas, y se las entregó á cada uno diciendo:

—Si mientras estais fuera de la casa os encontrasen por casualidad algunos soldados y os condujesen á preseucia del representante del pueblo, no teneis mas que enseñarles esas tarjetas; con ellas presentareis una prueba legal de haber sido interrogados por mí y de no haber encontrado nada que pudiese infundir sospechas, en vuestra casa, ni en vuestras contestaciones.

Saturnino, la marquesa y Margarita salieron de la choza, dejando á Julien solo con Luisa de Paradeze.

CAPITULO LVI.

Os doy gracias por vuestra humanidad, dijo Luisa á Julien, y por lo que acabais de hacer en obsequio de mis amigos.

—En obsequio á ellos? os equivocais, repuso Julien: solamente lo he hecho por vos; si no hubiérais estado en esta choza, tanto la marquesa de Perbruck, como ese jóven, como la muger que les acompaña disfrazada con el traje de la-

briego , hubieran sido arrestados inmediatamente por orden mia , y aun cuando yo no hubiese sabido todo lo que sé acerca de ellos , no creo que podais dudar de la suerte que les esperaba. Pero les habeis llamado amigos ; basta que os hallan recogido para que yo los salve. Sin embargo , tengo que poner una condicion á su salvacion y á la vuestra.

—Si es la misma que me habeis propuesto ya otra vez , contestó la señorita de Paradeze con visible turbacion , me niego absolutamente. No teneis mas que llamarlas , y tengo bastante fe en su valor para estar bien convencida de que no me pedirán tamaño sacrificio para asegurar , mi existencia ni la suya.

—¿ Con que tan odioso soy á vuestros ojos ? exclamó Julien haciendo un ademan de cólera , aun-

que reprimido bajo las formas sosegadas y corteses con que se presentaba siempre que la señorita de Paradeze podia verle.

—¿ Vos , señor ? dijo Luisa , no... no... y yo no tengo el derecho de aborreceros... la prisionera á quien por dos veces habeis restituido su libertad , y cuya existencia quereis salvar todavia , no puede tener mas que gratitud hácia su bienhechor ; pero la señorita de Paradeze no puede aceptar el amor de un hombre que hace alarde de la misma crueldad é intolerancia con que persigue al partido á que ella pertenece. Si tuvieseis una hermana , caballero , que estuviese en manos de los realistas , y para salvar su vida y la de algunos amigos suyos , consintiese en ser la concubina ó la esposa de uno de vuestros enemigos mas encarnizados , la maldeciriais y la mirariais con el mayor desprecio !... Y hariais mas aun , la

condenariais.

—La mataria, repuso Julien con acento profundo.

—Pues bien, replicó Luisa, yo no tengo padre ni madre que puedan castigarme por mi debilidad; pero á falta de uno y otro, esta mano, que ha sido impotente para librar á la Bretaña del monstruo que la oprime, no lo sería, os lo juro, para librarme del oprobio de semejante crimen.

Julien guardó silencio y se puso á dar vueltas por la habitacion con aire inquieto y agitado.

Luisa lo seguia con la vista palpitándole el corazon de pura ansiedad, porque en medio de la dureza de sus palabras estaba segura de que Julien la salvaria, y únicamente tenia la curiosidad de saber por qué medio pensaba salir de la crítica posicion en que se habia colocado.

De repente se paró Julien, y

despues de dirigir en torno suyo una mirada sospechosa, dijo en voz apenas inteligible:

—¿Y no hallariais alguna disculpa en vuestro corazon para quien llevase á término la empresa que habeis intentado en vano?

— ¡Cómo! exclamó Luisa, inclinándose hácia Julien ¿asesinariais á Carrier?

—Asesinarlo precisamente, no; repuso el jóven con frialdad, el puñal es el arma de los vencidos y de los proscritos, y un hombre como Carrier no merece que su muerte cueste el honor ni la cabeza de nadie. Pero si yo derribo á Carrier, si le espulso de Nautes, si le hago espiar sobre el patíbulo crímenes con que ha mancillado la santa causa de la república, y en seguida vengo á veros, y os digo: ¡ahí está lo que he hecho por vos, Luisa, por vos sola, ¿qué me contestareis entonces?

Tampoco Luisa se atrevió á desplegar los lábios mientras que Julien inquiria en la espresion agitada de su semblante la resolucion que iba á tomar.

Pero de repente le alargó una mano y con acento firme y sosegado:

—Haced eso, Julien, y nunca tendreis motivos para quejaros de mí.

—¡Pues bien! le dijo, me fio en vuestra palabra. Pero en primer lugar, cuento con que salgais de Francia, porque no quiero deber nada mas que á vuestra libre voluntad; y si cuando haya dado cima al grande acto que libertará á la Bretaña de su verdugo, no quereis volver á cumplir la palabra que en este momento acepto, habré sido engañado en mis esperanzas, y á eso quedará reducido todo, pero en tal caso no os admireis, Luisa, si el hombre á quien engañáreis llega

á ser mas feroz que aquel cuya cabeza le pedis ahora.

—¡Su cabeza!... dijo Luisa asustada con la bárbara espresion de Julien, yo no he dicho.....

—Su cabeza, ó la mia, replicó violentamente el jóven; en los tiempos en que vivimos, el único modo de caer es sobre el patíbulo.

Aqui llegaban de su conferencia, cuando de improviso vino á interrumpirles un ruido estrepitoso.

Pero antes de continuar nuestra relacion, preciso es que demos cuenta á nuestros lectores de la causa de este alboroto.

Dejamos saliendo de la choza á la marquesa de Perbruck con Margarita y Saturnino Fichet. A pocos pasos de la puerta encontraron algunos soldados republicanos, á quienes enseñaron las targetas que Julien les habia dado. Eran estas una completa salvaguardia: por consiguiente se consideraban ya fuera de

peligro, cuando de pronto vieron pasar un hombre á caballo con cinturón encarnado y plumero del mismo color: era uno de los soldados de la terrible compañía de Marat, instituida la víspera por el infame Carrier.

Preguntó donde estaban los representantes del pueblo, y unos aldeanos le dijeron que se habían instalado en la casa rectoral. Se dirigió á ella á toda prisa; los aldeanos le siguieron temblando, de modo que la casa rectoral se vió cercada al momento por una muchedumbre numerosa en la cual andaban confundidos Saturnino Fichet con Margarita y Mad. de Perbruck.

Pocos momentos despues se oyeron en lo interior de la casa las mas violentas imprecaciones, y no tardaron en salir á toda prisa algunos de los soldados que habian quedado con el representante Bourbotte, para ir á dar órdenes á los compañe-

ros que se habían estraviado por aquellas cercanías. Cada uno se preguntaba con asombro cual podria ser la causa de tan extraño movimiento, cuando oyeron tocar generala, y vieron presentarse el alcalde casi al mismo tiempo acompañado del representante del pueblo Bourbotte, y del hombre del cinturon y del plumero encarnados.

El alcalde leyó un bando, por el cual se mandaba á todos los habitantes del lugar reunirse dentro de una hora en la plaza pública. En uno de sus artículos se decia, que cualquiera habitante que pasado el término señalado para la reunion fuese sorprendido ya en su casa, ya en el campo, seria considerado como rebelde y tratado como tal, es decir, fusilado.

Inmediatamente se dispersó la mayor parte de los aldeanos para ir á buscar, unos á sus mugeres, otros á sus hijos, y todos á su familia y

sus amigos.

Asombrado Saturnino Fichet de una medida tan extraordinaria, se quedó de los últimos para averiguar el motivo, y habiendo oído á Bourbotte que decia al alcalde:

—¿Y en donde está Julien? ¡Si le habrá sucedido alguna desgracia!

Se adelantó Saturnino y respondió:

—Acabo de verle entrar en una casa á cuyos habitantes está dirigiendo un interrogatorio.

—Puesto que sabes en donde está, le dijo Bourbotte, vete á buscarle y dile que se trata de otro negocio mas importante que el descubrimiento de los fugitivos de la batalla de Savenay: dile que Carrier acaba de avisarme que un monstruo que ha atentado á la existencia de un representante del pueblo, se ha fugado, y debe hallarse en este distrito.

Así es como aquellos hombres hablaban de las infelices víctimas á quienes la desesperacion obligaba á esgrimir el puñal contra los que las enviaban por millares al patíbulo.

Saturnino, asustado al reflexionar el peligro que amenazada á Luisa, echó á correr hácia la choza donde la habia dejado con Julien. Pero ya se habia anticipado á sus deseos Margarita, la cual no bien oyó las primeras palabras del alcalde, fue corriendo á dar el mismo aviso.

Ella fue la que esplicó á Julien lo que acababa de suceder.

—¡Oh! exclamó este, ¿y cómo salvarla ahora?

—Ciudadano, le dijo Margarita llena de entusiasmo, yo estaba presente á la prision de Angélica Desilles, cuando se dejó prender por salvar á su hermana Luisa. Semejantes ejemplos no son perdidos para los que saben comprenderlos.

—Pero, replicó Mlle. de Paradeze, Angélica ha pagado ese desinterés con su cabeza. Yo no puedo consentirlo.

—¡Cómo es esto! exclamó Margarita llena de cólera y de desesperación, ¿será posible que todo el mundo desprecie mi vida, y que nadie quiera aceptarla!... ¿No conocéis que si hubieseis de perecer en cualquier trance solo por ponerme yo en vuestro lugar, saldré sana é ilesa? ¡Tan desgraciada soy que la misma muerte me rechaza!

—Por otra parte, añadió Julien, lo que ahora interesa es libraros por de pronto de este arresto; y á esta jóven le servirá de garantía su misma inocencia.

—¡Nada importa! exclamó Margarita; y recogiendo la ropa que habia dejado la señorita de Paradeze, se marchó diciendo á Julien:

—Dejadme hablar, y en seguida

resolvereis.

Julien vacilaba todavía en marcharse, cuando vió llegar á Bourbotte y al soldado de la compañía de Marat. Fue corriendo al instante á su encuentro, y he aquí las noticias que por ellos supo. Al día siguiente de la primera fiesta del naufragio, el feroz Carrier que estaba pesaroso de no haber asistido él mismo á la ejecucion de la jóven que habia intentado asesinarle, pudo averiguar que la infeliz habia quedado en el fondo de un barquichuelo y que desapareció. Al instante mandó gente á entrambas orillas del Loire, y al cabo de dos horas le informaron de haberse visto llevada por la corriente una barca en que iba una muger vestida de blanco. Con tal noticia, acometióle á Carrier un acceso de furor muy semejante á los ataques de epilepsía. Llenábasele la boca de espuma, y se revolvía lleno de rabia, vomitando

las mas horribles maldiciones. En aquel momento sentia no tener las fuerzas sobrenaturales de un gigante para poder arrojarse con una hacha en la mano en medio de la multitud y alli saciar su sed de sangre y de carniceria.

Entonces fue cuando espidió sus órdenes por medio de los mas abominables agentes: con ellas iba la fortuna, para el que le llevase la criminal.... y la muerte para aquellos cuyas pesquisas no tuviesen buen resultado.

El primero que supo la aparicion de la barca, montó á caballo y fue á escape á la orilla izquierda del Loire. En todas partes le daban noticias confirmando la aparicion; y por último, en una casa situada frente á Donches le digeron que un barquichuelo procedente de este pueblecillo habia ido á socorrer la barca abandonada. Tuvo que remontarse este hombre hasta mas

allá de media legua , á fin de encontrar una embarcacion á propósito para pasar el rio él y su caballo , pero al cabo llegó á Donches , seguro de que la fugitiva debia hallarse allí , ó que á lo menos los que la habian recogido serian gentes de aquel lugar y podrian dar noticias sobre su paradero.

Esto fue lo que supo Julien , mientras que Margarita se ponía la ropa ensangrentada de la señorita de Paradeze , y que esta se vestía con el traje de hombre que Margarita llevaba.

En un momento se fueron reuniendo los aldeanos en la plaza. El representante del pueblo , Bourbotte , Julien , el soldado de la compañía de Marat , el alcalde y otras varias personas , estaban colocados en una especie de estrado de piedra donde se habian puesto las nuevas medidas métricas decretadas por la convencion nacional , medidas que

los gobernadores de ciertos distritos habian mandado colocar como tipo oficial en la plaza de algunos pueblos.

Desde este punto les era mas fácil dominar la multitud que iba reuniéndose poco á poco al redor del estrado. Julien apenas podia disimular su inquietud: contaba con no ver aparecer las personas á quienes habia prometido su proteccion, y ya con sus miradas que se iban perdiendo en lontananza, las habia buscado en vano, cuando al volver sus ojos hácia la gente que circundaba aquella especie de tribuna, sintió un estremecimiento que no fue dueño de reprimir al ver muy cerca de sí á Mad. de Perbruck, colocada en medio de Saturnino y Luisa vestida de labriego.

Asi que espiró el plazo señalado por los representantes del pueblo, uno de estos tomó la palabra

y anunció en alta voz á todos los habitantes que la república habia sido instruida (este era el estilo de la epoca) de que una barca que iba flotando por el Loire y que conducia una muger vestida de blanco, habia sido alcanzada por otra barca procedente de Donches, á cuyo punto fuera traída á remolque, y con ella la muger citada.

—Ciudadanos de Donches, añadió el representante del pueblo con voz campanuda, á vosotros apela la república escitando vuestro celo para que denunciéis al que haya cometido tan grave crimen, si no quereis incurrir en la cólera del pueblo, y atraer sobre vuestras cabezas todo el rigor de las leyes ultrajadas. Quinientos francos serán entregados al denunciador de las personas que hayan dado abrigo á esa muger.

Murmullos prolongados circulaban por toda aquella multitud, y

ya se temia que Saturnino Fichet fuese designado por una porcion del pueblo como autor del supuesto delito, y eso mas bien tal vez por miedo al castigo que por afan de la recompensa. cuando él mismo se anticipó á las voces dispuestas á acusarle, y acercándose al pie de la tribuna, dijo con valentía:

—Ciudadano representante, no hay necesidad de amenazas ni de recompensas para conocer al que ha recogido hoy mismo por la mañana una barca abandonada; el que eso ha hecho he sido yo.

—¡Como, exclamó Bourbotte, eres tú quien se ha atrevido.....

—¡Pues qué! dijo Saturnino, yo veo en medio del rio una barca que va flotando, perdido el rumbo y en la cual va una persona que parece pedir socorro, me meto en un barquichuelo, la doy alcance y la traigo á punto seguro... creo que

en mi lugar hubiérais hecho otro tanto.

Bourbotte que, como Carrier, veía un crimen en todo lo que se parecía á un acto de generosidad, estuvo á punto de injuriar á Saturnino; pero Julien le contuvo, diciéndole en voz baja:

—Sin duda ese hombre no comprende la importancia de la captura que ha hecho, y tal vez sería poco prudente el dárselo á entender.

Y dirigiéndose él mismo á Saturnino, le preguntó:

—¿Y qué has hecho de esa mujer?

—Como estaba herida y enferma, la he dejado en casa, contestó Saturnino. Pardiez y qué memoria teneis! ¿No fuisteis vos mismo, ciudadano, quien la hizo el interrogatorio?

—¡Infeliz de tí, si se ha fugado! exclamó Bourbotte, id á casa de esa

hombre y registradla bien por todas partes. Entretanto, prendedle.

Saturnino fue puesto bajo la vigilancia de dos soldados, mientras que el resto de la tropa corria hacia su casa.

Al momento condujeron á Margarita, que traia en la cabeza la corona de flores que habia ceñido las sienes de Luisa. Vestia tambien su traje manchado de lodo y salpicado de sangre; y venia entre cuatro soldados con la cabeza baja, pero con paso firme.

Horrible era el estado de inquietud en que Julien se encontraba. De cuando en cuando dirijia sus miradas á la marquesa de Perbruck, que en vano trataba de llevarse á Luisa de alli; no podia Julien prever el desenlace de aquella escena.

Asi que llegó Margarita al pie de la tribuna, Bourbotte le dirigió la palabra de un modo brusco, y

le preguntó quien era.

—Segun lo que me han dicho los soldados, soy la misma á quien buscas.

Aunque Margarita fuese conocida en el pueblo, nadie habia sospechado que pudiese ser una muger, asi como tambien, nadie conoció el ardid con que nuevamente se habia disfrazado vistiéndose con ropa ajená.

—Pero sabes tú, replicó Bourbotte lleno de cólera, quién es la que yo busco?

—Tu buscas, dijo Margarita levantando la voz, á la que ha asistido ayer á la infame orgia de Carrier, á la que ha intentado asesinarle y que habiendo sido condenada por él á morir sin recurso, se ha librado por un milagro del suplicio que ese monstruo ha hecho sufrir á mas de mil y doscientos prisioneros, mandándolos ahogar en el Loire, sin

que ninguno de ellos fuese juzgado.

Toda aquella infinidad de aldeanos se estremecieron de horror.

Bourbotte le replicó diciendo:

— Mientes, miserable!

— Calla, le dijo en voz baja Julien, que lo que dice es cierto.

Bourbotte le miró asombrado.

— Ya se han recogido en las riberas del Loire mas de ciento cincuenta cadáveres, continuó Julien: manda arrestar á esa infeliz, no sea que prolongue una escena que tal vez llegaria á exasperar los ánimos.

Y sin aguardar el consentimiento de Bourbotte, exclamó:

— Que entre esa muger en esta casa, y que se retire todo el populacho.

Y saltando él mismo de la tribuna, respondió ágríamente á los soldados porque retenian á Saturnino y les dijo:

— ¡Vamos, dejad en paz á ese

hombre, que nada tiene ya que ver en este asunto! y mandó separar toda la gente.

Y dirigiéndose luego hácia Mad. de Perbruck y Luisa, que querian levantar la voz, les dijo con cierto alarde de brutalidad aparente:

—¡Ea, vieja, y tú chicuelo, ya podeis marcharos con viento fresco, que no hay necesidad de que os quedeis á escuchar á la puerta!

Y despues añadió en voz baja, dirigiéndose á la señorita de Paradeze.

—¡Por Dios, Luisa, huid de aqui: de mi cuenta corre el salvarla, os lo juro!

—¿Y á dónde la llevareis? dijo Luisa?

—A Nantes.

—A Nantes, bien! contestó la señorita de Paradeze, ¡alli estaré mañana!

—¡Vos! exclamó Julien.

—Sí, yo, replicó Luisa. Quiero estar pronta á ocupar su lugar en el patíbulo, si es que llega á tener que subir á él.

CAPITULO LVII.

Al dia siguiente, Carrier cuya vida era una continúa série de furors cada vez mas insensatos y que al parecer solo se satisfacian con la completa destruccion de cuanto le rodeaba, Carrier, decimos, estaba con Angélica y con sus dos ayudantes patibularios Fouquet y Lamberty.

Por el silencio profundo que

guardaban podia inferirse el grado de rabia á que su señor se veia reducido. Estaba este sentado con la cabeza entre las manos y los codos apoyados en una mesa. Sus encrespados dedos estaban convulsos, y parecia querer arrancarse los cabellos : pateaba con furor, y de su pecho salian sordos y ahogados suspiros. Su cólera terca y obstinada era por el estilo de la de esos niños consentidos , para quienes no hay razon que baste á reprimir sus arranques , hijos de insensatos caprichos. Pero los ímpetus de cólera en la infancia escitan la compasion por su misma impotencia. La cólera de Carrier solo infundia en torno suyo un terror glacial: el aspecto de este monstruo ejercia un influjo parecido al de la muerte.

De repente se levantó gritando:

—Pues bien!... Sí, yo lo haré... sí. Ah! quieren dar funciones pa-

trióticas á esos generales vencedores! Generales! ... ¿qué vienen á ser mas que unas simple máquinas, verdaderos asnos, que deberian enviarse á la guillotina, una vez desempeñada su comision? ¡Y se convida á los representantes del pueblo para asistir á semejante fiesta! ¡Eso es humillar la soberanía nacional, es deprimirla bajo el poder del sable!.... ¡Es una traicion, una infame traicion! El Ayuntamiento me responderá de ella con la cabeza de todos sus individuos. Por otra parte, han combatido sin órdenes para ello. Westerman, Kleber, Marceau no han esperado á Bourbotte, ni á Prieur: no han hecho caso de los representantes del pueblo, los han tratado con el mayor desprecio: son unos traidores... yo los denunciaré á la Convencion... los haré prender... se les fusilará. Sí, lo quiero, y se ha de hacer!...

—Carrier, le dijo Angélica ar-

mándose de valor, es preciso que vayas á esa fiesta; tu colega Francastel va tambien.

—Francastel es un cobarde, y Bourbotte ni mas ni menos; gente baja que no repara en besar los espolines de esos..... yo no iré..... Quiero que mi ausencia les dé miedo..... Además de que, añadió con ojos ensangrentados, por ninguna parte deja de haber asesinos.

—Cuidado, Carrier, no vayan á decir que tienes miedo.

Carrier se volvió hácia Angélica y levantando la mano con el puño cerrado, exclamó:

—¿Qué es lo que has dicho?... ¿has dicho que tengo miedo?....

—No, repuso Angélica temblando, decia que los bandidos...

—¡Has dicho que tenia miedo! exclamó Carrier abalanzándose sobre ella, mientras que la infeliz procuraba guarecerse de su furia detrás de la mesa.

—¡Ah! ¿tratas de ponerte en salvo? gritó Carrier cogiendo una pistola.

Y tal vez hubiera castigado á su detestable concubina por haberle dicho la verdad, si no hubiese venido á contener su furioso arrebató un terrible golpe que sonó á la puerta.

—¿Qué es esto? exclamó lleno de espanto. ¿Qué me quieren?.... ¿Qué hay?.... Yo no quiero ver á nadie, á nadie ¿lo entendeis?... ¿Todavía llaman? ... Ve tú allá, Lamberty; ve tú Fouquet..... á ver que es eso. Que no estoy, que no entre nadie. ¡Ah! continuó, al ver que iba á salir también Angélica, quédate, Angélica, no me dejes solo. Quédate, te lo suplico... quédate.

Y cayó exánime y convulso sobre un sillón.

Tal era la existencia de aquel miserable que hacia pagar á sus víctimas el terror que sus propios críme-

nes le inspiraban. Su frenesí en decretar ejecuciones hacia aumentar sus recelos con el número de las personas que enviaba al patíbulo, y creyendo sofocar con el mismo terror los naturales sentimientos de venganza, no calculaba que cada sentencia le acarreaba un ódio mas.

Allí estaba con el labio suspenso, los ojos fijos..... cuando volvió Lamberty de repente, diciendo en tono alegre:

—Acaban de arrestar á esa miserable que ha querido asesinaros.

—¿ Quien habla de asesinar ? dijo Carrier, mientras que entraba Margarita acompañada de Julien.

—¡ Aquí está ! ¡ Aquí está ! dijo Lamberty, arrancando á Margarita el velo que cubria su rostro.

—¿ Quién es esa muger ? dijo Angélica, mirando á Margarita.

—La que ha querido atentar á

tus dias , contestó el soldado de la compañía de Marat , que habia procedido al arresto.

—Pero si esa no es , exclamó Angélica.

—No , no es ella , repuso Lamberty , examinándola tambien.

Entre tanto Carrier permanecia inmóvil , y trataba de irse recobrando del terror que habia sufrido. No bien se aseguró de que nada tenia que temer de las personas que le rodeaban , volvió de repente á irritarse ; y lanzando una mirada de fuego á los que habian traído á Margarita , exclamó :

—¿ Quién es el malvado que me ha traído á esa infeliz ? ¿ quien es el traidor que ha dejado huir á la verdadera criminal ?

El soldado de la compañía de Marat , temblando de que viniese á racaer sobre él la cólera del terrible procónsul , retrocedió dicién-

—El ciudadano que está presente es el que ha procedido á la prision de esta muger.

—¿Quien eres tú? exclamó Carrier dirigiéndose á Julien en tono de amenaza.

Este permaneció tranquilo y sereno como siempre, y le respondió:

—Yo estaba con el ciudadano Bourbotte, el cual me ha mandado arrestar á esta muger, y él mismo me encargó que te le entregase.

—¡El ciudadano Bourbotte es un imbécil! exclamó Carrier cada vez mas furioso, y tú eres un traidor. Habeis querido dejar escapar la infame que se atrevió á esgrimir un puñal contra un representante del pueblo: yo denunciaré á Bourbotte á la convencion nacional, y á tí te meteré en una cárcel con esa miserable. Vosotros me pagareis con vuestras cabezas, tú el crimen que

has cometido dejando huir á la que debias haber arrestado, y ella su torpeza por haberse dejado prender en lugar de la delincuente.

—Es preciso que tengas entendido, ciudadano Carrier, observó Julien con cierta indiferencia, que no es un crimen previsto por la ley engañarse sobre la persona de un criminal, ni el dejarse prender en vez de otro.

Carrier consultó al parecer con una mirada todos los que le rodeaban, preguntándose interiormente quien era el hombre que se atrevia á poner una objecion á sus determinaciones.

—¡Que le lleven al momento al tribunal revolucionario! exclamó, y que esta jóven lo acompañe.

—Estoy pronto á presentarme en el tribunal, repuso Julien sonriéndose. Lo que yo quiero son jueces, y esta jóven vendrá conmigo.

—Que los lleven! que los lleven!

gritó Carrier, y que sean condenados al suplicio antes que el tribunal levante la sesion.

Inmediatamente salieron de allí Julien y Margarita, escoltados por unos cuantos de la compañía de Marat, y Carrier quedó solo con Angélica y sus confidentes.

—¡Y bien! le preguntó Angélica, ¿vas, ó no vas, á la fiesta?

—No voy, respondió bruscamente. Que vayan á buscarme á No-tron; ya debe tener dispuestos otros buques.

Entretanto conducian á Julien y á Margarita por medio de un inmenso gentío; porque toda la poblacion nantesa habia acudido hácia el punto por donde debia entrar el ejército republicano que conducia mas de cuatro mil prisioneros. Todas las ventanas estaban adornadas con banderas tricolores. Los individuos de los diversos clubs populares marchaban en tropel, llevando

en la punta de las lanzas grandes cartelones con rótulos incendiarios. Ya no se hacian, como en otro tiempo, votos por la Francia y por la libertad. En lugar de las palabras: ¡Viva la nacion, ó viva la república! no se leia por todas partes mas que las siguientes inscripciones:

¡Mueran los aristócratas!

¡A la guillotina los blancos!

¡Esterminio á los realistas!

En una de aquellas banderas habian pintado un descamisado con dos cabezas en la mano, una de un clérigo y otra de un noble, haciéndolas besar mutuamente. Por debajo se leian estas palabras:

Osculo de paz.

Muy pronto una espantosa griteria vino á anunciar la llegada de la comitiva. Los soldados que conducian á Julien y á Margarita, con la curiosidad natural de ver lo que pasaba, hicieron subir los dos pre-

sos á una escalera de una éasa, y allí estuvieron aguardando la llegada de las tropas republicanas.

Abrian la marcha los clubistas con sus enseñas incendiarias; en seguida pasó un grupo de mugeres que llevaba por estandarte una camisa vieja colgada en un palo: estas iban con bastante órden, haciendo calceta y cantando el *Za ira*. Por todas partes resonaban los gritos mas descompasados, en medio de los cuales descollaba una música militar que precedia al primer batallon: componíase esta banda de los músicos de todos los batallones que tocaban la *Carmañola*, y á cuya cabeza caracoleaba en un caballo blanco un hombre que parecia mas bien un saltimbanquis que un representante del pueblo. Era este Prieur, monómano desafortado, cuya única ocupacion era dirigir la música y el ejército republicano, suponiendo que de ese modo se esci-

taba el verdadero valor y el patriotismo.

Tras del cuerpo de músicos, avanzaba un escuadron de húsares, y detras del escuadron el primer grupo de prisioneros. Componíase este de mugeres, niños y ancianos, casi todos estenuados de hambre y de cansancio, arrastrándose con mil trabajos por medio de dos filas de granaderos del regimiento de Aunis. En seguida venia otro batallon del mismo regimiento, y luego otro grupo de prisioneros, y así sucesivamente durante un gran espacio de terreno.

Como á los nanteses les habian llenado de terror en tantas ocasiones los ejércitos realistas, no se hallaban en la mejor disposicion de ánimo para manifestar sentimientos de compasion hácia sus enemigos vencidos. Acordábanse del sitio de Nantes, acordábanse del dia de San Pedro, en que La Rochejaquelin,

D,Elbée y Bouchamps habian penetrado dentro de sus murallas, y asi acogian con indecible júbilo el estermínio de los ejércitos de la Vendée. De todas partes llovian sobre los infelices prisioneros los ultrajes y las amenazas, aun cuando en medio de las mas furibundas vociferaciones no se oia una voz de aclamacion en honor de los vencedores.

Sin embargo, cuando Marceu y Kleber aparecieron acompañados de Bourbotte y Francastell, fueron saludados por un inmenso grito de ¡viva la república!

Julien, que estaba en lo alto de la escalera, á donde les habian hecho parar, saludó á Bourbotte y le llamó con un gesto imperativo. Este aproximó su caballo hácia el sitio donde aquel estaba, y le preguntó:

—¿ Por qué razon no has venido á participar del triunfo conse-

guido por los patriotas ?

—¿ Por qué razon ? porque al ciudadano Carrier se le ha antojado mandarme arrestar, y todo por habernos equivocado, segun dicen, en haber preso á esa infeliz muchacha.

—¡ Como es eso ! exclamó Bourbotte. ¡ Tan poco le parece á Carrier habernos manifestado el mas alto desprecio, desentendiéndose de concurrir á nuestra fiesta, sino que ahora vaya á mandar prender los agentes del comité de salvacion pública ! ¡ Sígueme, que ya le enseñaremos á hacer el déspota !

—No , repuso Julien , estos hombres están encargados de llevarme al tribunal revolucionario ; quiero presentarme en él , quiero saber por mí mismo como se juzga en este pais.

—Enhorabuena , dijo Bourbotte alejándose.

—Vamos , dijo Julien á los sol-

dados de la compañía de Marat, ya os habeis divertido bastante, á cumplir con vuestro deber, de lo contrario yo seré quien os haga llevar ante el tribunal.

Julien y Margarita emprendieron de nuevo su camino, y llegaron muy en breve al palacio, donde Carrier habia instalado su terrible tribunal.

Aquel dia, por una rara casualidad, en el sitio destinado al público, apenas habia espectadores. Unicamente tres hombres estaban sentados en el lugar destinado á los jueces. Un miserable de asquerosa y repugnante figura hacia las veces de acusador público. Como de costumbre, el banco de los defensores estaba enteramente desierto. En el centro de eso que pudiera llamarse el pretorio de aquel tribunal de muerte, se veia el alcaide con el grupo de acusados prometidos al verdugo. El acusador públi-

co leía los nombres, y Julien observó que al nombrar á la mayor parte, respondia el alcaide por ausencia del interpelado:

—Trasladado á Paimbleuf por orden del ciudadano Carrier.

Estos que faltaban eran los infelices que fueran embarcados en el buque de Notron, y que habian perecido la víspera.

Respecto á los que estaban presentes, el alcaide los designaba, les mandaban acercarse al tribunal, les preguntaban sus nombres, y el presidente les decia al instante:

—¿Dónde has sido preso?

¡Desgraciados de aquellos que estaban designados en el registro como arrestados en el campo, ya fuese con las armas en la mano, ora dando asilo á los realistas! Escusaban dar descargos, ni exhalar quejas, pues ya no habia remision.

—Condenado á muerte, decia el presidente con monotonó acento.

Los llevaban á una sala perteneciente al tribunal, y cuando ya estaba casi llena, eran entregados á la guardia revolucionaria, compuesta de los mas ferocos descamisados de la ciudad, y estos los repartian entre los ejecutores, unos para la guillotina, otros para ser fusilados. La audiencia se apresuraba, porque los jueces tenian la mayor impaciencia para despachar pronto y poder asistir al banquete ofrecido á los generales: así es que apenas se detenian á preguntar los nombres de los acusados.

No obstante, el presidente vió á Julien y á Margarita, que se distinguian fácilmente por la escolta de satélites de la compañía de Marat.

—¡Ah, exclamó dirigiéndose á uno de sus colegas, he abí unos prisioneros que sin duda nos quiere recomendar especialmente Carrier, es menester despacharlos al momento,

y Carrier nos dispensará de que no háyamos sentenciado hoy el número de costumbre.

—El presidente mandó en seguida á los soldados que le llevasen á Julien, y le preguntó su nombre.

—Me llamo Julien, respondió este, y soy comisionado general del comité de salud pública para ver por mis propios ojos de qué manera los representantes del pueblo cumplen su mision en los departamentos y hasta qué punto la ley es respetada.

Esta contestacion hizo ponerse pálidos á todos los jueces.

—¿Y cómo se explica entonces que te hayan arrestado? dijo sin embargo el presidente.

—Porque Carrier escucha mas bien los impulsos de su cólera que los sanos consejos de la razon, respondió secamente Julien, de lo cual tal vez no tardará en arrepentirse, lo

mismo él que cuantos hayan obedecido servilmente sus despóticos mandatos.

Sumamente confusos y embarazados los jueces al ver á un hombre que no solo se atrevia á defenderse sino que hasta trataba de amenazarles, no querian condenar á un ajente del comité de salvacion pública, ni absolver á un delincuente denunciado por Carrier. Antes de tomar una resolucion definitiva pasaron al interrogatorio de Margarita.

—¿Quién eres tú? le dijo en estilo brutal el presidente.

Julien contestó por ella:

—Es una pobre muchacha á quien arrestamos por equivocacion el representante Bourbotte y yo. No es delincuente del crimen que se la ha imputado, y á vosotros corresponde pesar bien en vuestra prudencia si debeis condenarla.

Por primera vze, despues de

muchos meses, aquellos jueces, para quienes la muerte era la palabra que resolvía todas las dificultades, se vieron un tanto perplejos, y tal vez hubieran puesto en libertad á Margarita al mismo tiempo que á Julien, si á la sazón no hubiese entrado Lamberty á toda prisa en la sala de audiencia. Traía la orden de poner al instante en libertad á Julien, sobre cuyo arresto trataba de disculparse Carrier; pero al mismo tiempo confirmaba la prision de la muchacha arrestada en Donches, con orden de colocarla en el calabozo especial donde se encerraba á los que entretenían algún tiempo con la esperanza de sacarles revelaciones que proporcionasen nuevas prisiones.

Esta determinacion se habia tomado en virtud de la intervencion de Bourbotte.

Después de su encuentro con Julien, abandonó la comitiva para

dirigirse á toda prisa á casa de Carrier, y á pesar de las prohibiciones de este, penetró hasta su mismo cuarto.

—¡Desgraciado, le dijo al entrar, ¿sabes lo que acabas de hacer? ¿sabes á quien has mandado arrestar?

—Un miserable que me ha traído de parte tuya una infeliz muchacha que no es la que yo buscaba.

—¡Cómo, exclamó Bourbotte, ¿no es la mujer que quiso asesinarte? ¡Pero si ella se alabó de eso en mi presencia!

—¡En tu presencia! le dijo Carrier.

—Si, repuso Bourbotte, delante de mí, delante de Julien y delante de quinientas personas.

—¡Oh! dijo Carrier apretando los puños. ¿Cómo es que se encuentra en todas partes ese Julien? El ha ido á reunirse con el ejército republicano, y sin duda ha

vuelto á Nantes con vosotros !

—Tu lo sabes mejor que nadie, exclamó Bourbotte , cuando tú mismo acabas de arrestarle !

—¡ A él ! exclamó Carrier lleno de asombro.

Y luego continuó enfurecido :

—¡ Pues bien, tanto mejor, así me veré desembarazado de él. Habla en los clubs y contradice todo cuanto yo hago, se queja de que las cárceles están en mal estado; pero no se quejará ya mucho mas, pues yo acabo de enviarle al tribunal revolucionario, que pronto lo despachará.

—¡ Cómo ! ¡ A él , á Julien , dijo Bourbotte , al comisionado del comité de salvacion pública , al protegido , al favorito de Robespierre, que cuando me lo confió , me dijo que habria de responderle de él con mi cabeza ? Si tú tienes en tu poder la tuya , buen provecho te haga ; pero yo , voy á reclamarlo

inmediatamente.

—Espera un momento, dijo Carrier temblando, corre de mi cuenta ese negocio.

Y llamando en seguida á Lamberty y á Fouquet, les dijo:

—Id al momento, corred al tribunal y decid á los jueces, que los dos presos que les he enviado no son criminales, que ha sido una equivocacion, y que los pongan á entrambos en libertad.

—Vamos, vamos, dijo Bourbotte, veo que si la cólera te habia hecho cometer un disparate, ahora vas á hacer una tontería por efecto del miedo: ya te he dicho que esa muchacha se alabó delante de todos de haber sido la que asistiera al baquete, aquí en tu casa.

—Pues yo te digo que no es ella, repitió Carrier.

—Es verdad que no, repuso Angélica que asistia á aquella escena,

pero yo recuerdo ahora que ella traía un vestido semejante al de aquella furia infernal, y que traía una corona de flores como ella.

—En tal caso, repuso Bourbotte, será alguna jóven, que querrá sufrir el castigo en vez de ella.

—¡Y así os habeis dejado engañar! exclamó furioso Carrier. ¡Tú y tu Julien, así me dejais sin defensa y sin apoyo en medio de un pueblo, donde hormiguan los asesinos!

—¡Vaya, vaya! dijo Bourbotte, no hay que meter tanta bulla; cualquiera otro se hubiera engañado, porque nos ha dicho cosas que han pasado en el Loire. Cuidado con precipitarse, Carrier, añadió Bourbotte.

—¡Y eres tú quien me dice eso! exclamó Carrier, tú que me escribias no hace quince días: «Es necesario que la pólvora devore á los culpables, y que el cañon reemplace

á la guillotina.»

Entonces fue cuando Bourbotte dió esta respuesta célebre en que iban unidas la crueldad y la simpleza.

—Yo hablaba del fuego y no del agua: ¡hay mucha diferencia! Por lo demas, en esa parte tuyo es el negocio; yo no tengo que hacer mas que impedirte el llevar á cabo una estravagancia, que pudiera costarnos á entrambos muy caro: manda alguno al tribunal revolucionario, para que pongan en libertad á Julien.

Carrier no contestó.

—Y bien, añadió Bourbotte viéndole indeciso, ¿por qué no escribes?

—No es necesario, contestó Carrier, conocen á Lamberty.

Al momento le dió una orden verbal para reclamar á Julien, y añadió:

—Respecto á la jóven que ha si-

do arrestada, mandarás ponerla en mi prision, quiero hacerla yo mismo el interrogatorio.

Salió Lamberty, y Bourbotte dijo á Carrier:

—Cuento con que no faltarás á la comida como al acompañamiento.

—Estoy malo, repuso Carrier con aspereza y ademas no me gusta demasiado servir de adorno al triunfo de los que arrastran sable: si no se les corta el vuelo, pronto nos pondrán los pies sobre la cabeza.

—¡Vaya! ¡vaya! tu siempre con tu humor atrabiliario, dijo Bourbotte. Respecto á los generales, no te alteres por lo que puedan llegar á ser: desde mañana mismo, vuelven á salir para la frontera del Norte, y si no les ajustan las cuentas á los prusianos tan bonitamente como los blancos, pronto se les ajustará á ellos la suya.

Como ya hemos dicho, merced á esta intervencion de Bourbotte, Julien se encontró en libertad. Sin embargo, antes de abandonar á Margarita, le dijo:

—Estad tranquila, que yo velaré por vuestra suerte.

Bien creia Julien poder cumplir esta promesa, pero las órdenes llegadas de Paris debian impedirselo, á lo menos por algun tiempo.

No queremos describir el banquete patriótico que fue ofrecido en estas circunstancias á los generales republicanos: pues se reduciria principalmente á transcribir los infinitos discursos salvages, en que los oradores de estas furiosas solemnidades, invocaban con un mismo acento la salvacion de la patria y el esterminio de sus mas ilustres hijos.

Dejemos á la ciudad de Nantes, entregarse á estas feroces alegrías, dejemos al populacho recorrer las

calles cantando sus perpétuas amenazas, dejemósele saludar con sus báquicos cantares á la *santa* guillotina, como hacian los antiguos ante las aras de la libertad.

Y penetremos en una reducida casa, oscura y de pobre apariencia.

CAPITULO LVIII.

Esta casa estaba situada al extremo de la Fosse, mas allá del hospital, y muy cerca de los inmensos talleres de construccion y de los de cordelerias que se hallaban entoces al último del puerto de Nantes.

Componíase esta casa de tres pisos con dos ventanas en cada uno que miraban á la parte del rio. El

piso bajo estaba ocupado por una especie de tienda y por el estrecho portal de la casa: las habitaciones de los pisos superiores las arrendaba amuebladas el dueño del establecimiento.

Era este un anciano con la cabeza calva, el cuerpo encorvado y estremadamente flaco. Los que le habian conocido un año antes de la época de nuestra historia, y que si le hubieran encontrado en los momentos de que vamos hablando, con harta dificultad le hubieran conocido; tanto era lo que habia envejecido en el espacio de un año. Este hombre, era uno de los personajes de nuestra historia, era Maturino Fichet.

Acababa de cerrar su tienda, y despues de haber examinado con toda precaucion el mostrador, debajo de las mesas, y hasta los últimos rincones del piso bajo, subió la escalera hasta el tercero de su casa,

y entró en un gabinete donde estaban tres personas.

Estas tres personas eran la marquesa de Perbruck, Saturnino y la señorita de Paradeze.

— ¡Ea pues, señor, le dijo Saturnino, al entrar, ¿estais solo? ¿podreis darnos algo de comer?

En vez de contestar, apagó Fichet la luz que alumbraba aquella miserable habitacion desde una mesa, y contestó en voz baja:

— Teneis gana de que me envíen á la guillotina! Con que pasen por la Fosse los soldados de la compañía de Marat y vean una luz encendida en mi casa á estas horas, basta para que se les ponga en el magin allanarla y subir hasta aquí. Entonces, solo Dios puede saber lo que sucederia, si viesen que he hospedado á alguien sin prestar mi declaracion ante el comisario ejecutivo de mi barrio.

En el idioma del desgraciado Fi-

chet, la palabra *ejecutivo* habia llegado á ser un epíteto indispensable al título de cualquier funcionario.

— ¡Apagad esa lumbre! continuó con viveza, pues estando como está la chimenea frente á la ventana, hace reflejar la luz en los vidrios, ademas de que cuando uno está acostado no necesita fuego.

— Pero ¿cómo quereis que estas señoras puedan comer en medio de la profunda oscuridad en que nos habeis dejado? replicó Saturnino.

— ¡Vaya! ¡vaya! dijo Maturino, ¿qué necesidad hay de ver claro para mordisquear un medrugo de pan?

Y al decir esto, puso encima de la mesa unos pedazos de pan que las manos hambrientas de aquellos infelices proscriptos se apresuraron á cojer en la sombra.

Eran restes que los obreros del puerto habian dejado sobre las me-

sas, y que Maturino habia reunido con el mayor cuidado para que sirvieran de alimento á aquellos á quienes se envanecía de favorecer con su hospitalidad.

Hacia mucho tiempo que la marquesa de Perbruck y Luisa habian perdido en las cárceles esa delicadeza de la vida que en épocas mas bonancibles les hubiera hecho arrojar al suelo con repugnancia tan miserables despojos.

Comieron, pues, en medio del mas profundo silencio los mendrugos de pan que Maturino les habia traído. Estaban las dos sentadas on el rincon del hogar sobre un miserable taburete de madera, apretándose una contra otra y procurando calentar y fortalecer sus miembros helados por el frio de la noche, que penetraba por las rendijas de la puerta y de la ventana.

Entretanto Maturino llamó á Saturnino á un rincon del gabinete,

y le dijo en tono de mal humor:

—¡Vamos á ver, ¿cuanto tiempo piensas permanecer aqui? Porque yo no puedo ya tenerte mas tiempo: te lo aviso para que no te quejes: á mi casa concurren ordinariamente personas que están acostumbradas á obrar con toda libertad, y que al subir ó bajar pudieran advertir huéspedes, cuya traza no les sea muy satisfactoria. Y ya debes saber que no hay que andarse en chanzas con el ciudadano Lamberty.

Luisa que habia oido pronunciar muchas veces este nombre en la ba-caual á que habia asistido, lo repitió con espanto y Saturnino no pudo menos de preguntar quien era ese hombre.

—Es el ayudante de campo de Carrier, respondió Fichet, y á pesar de los certificados de civismo que me has presentado seria hombre capaz de hacerme arrestar y á tí tambien, si se le antojaba venir á

cenar á este gabinete.

— ¡Cómo! exclamó Luisa temblando, ¿ese hombre viene algunas veces á esta casa?

— Viene bastantes, respondió el anciano Fichet, porque no se divierte á su gusto en cenar con el ciudadano Carrier, y le agrada además hacer de jefe y venir con su gente á regalarse aquí, con sus camaradas y sus buenas amigas, y sus preciosas muchachas, y qué sé yo que mas.

— Si ese miserable se presenta, exclamó vivamente Saturnino, te prohibo espresamente el darle entrada, mientras que estas señoras estén aquí.

— ¡Cómo es eso! ¡como es eso! repuso Fichet. ¿Tú estas loco, buen amigo? ¿Sabes lo que es negar la entrada á Lamberty? ¿Ignoras por ventura que saquearia la casa y le pondria fuego, antes que consentir que se le negase la entrada? ¡Oh!

¡Cuánto mejor me hubiera sido haberte dado con la puerta en las narices, cuando has venido esta mañana á llamar, mucho antes que el sol naciese! Siempre que has venido á mi casa, ha sido para acarrearne alguna desgracia. Asi voy viendo que el ser compasivo es la mayor de las necesidades.

—Vamos, señor Fichet, le dijo desdeñosamente Saturnino, bien sabeis la razon de haberme abierto la puerta; bien sabeis que yo tengo en mis manos la prueba de que sois un monopolista, y que si yo os denunciase, en vuestra honrada casa se podrian encontrar huellas de vuestro antiguo tráfico, y reunir mas piezas de seis libras que asignados.

—¡Quieres callar! ¡quieres callar, desventurado! exclamó el anciano Maturino: bastaria la menor indicacion por ese estilo para que acabaran con todos nosotros.

—Pues bien, replicó Saturnino, si no quereis que yo levante el grito, haced por tratarnos con mas humanidad. Debeis tener sin duda mas provisiones que pan seco. Tomaos el trabajo de traerme alguna cosa, y sobre todo luz.

—Todo lo que querais, menos luz, dijo Maturino.

—Tal vez tenga razon ese hombre, dijo Mad. de Perbruck: ¿quién sabe lo que puede ocurrir hácia esa parte de la ciudad; y quien no conoce que una luz pudiera llamar la atencion?

En el mismo momento en que pronunciaba estas palabras, sonó á la puerta de la taberna un golpe seco y marcado.

—Misericordia divina! exclamó Fichet, ellos son: cerrad la puerta y no os rebullais; toda la casa resuena como un tambor, y si oyesen á alguno, querrian buscarle y le encontrarian. Haced los muertos,

si no quereis que pasemos á serlo de veras cuantos aquí estamos.

Hecha esta advertencia, bajó Fichet á toda prisa la escalera, y preguntó sin abrir la puerta quién era el que á tales horas de la noche venia á llamar, mientras que todo buen ciudadano se entregaba al descanso.

—Abre, respondió una voz áspera, y no metas ruido: es inútil despertar á los vecinos.

Los proscriptos oyeron correr dos pesados cerrojos, y Saturnino se aprovechó del ruido que habia en el portal para entreabrir la ventana y ver quiénes eran las personas que iban á entrar.

A pesar de ser la noche muy oscura, consiguió distinguir un grupo de hombres armados, lo cual no pudo menos de alarmarle, como era natural, suponiendo desde luego que habian sido denunciados, y que venian á prenderlos.

Luisa se habia acercado á Saturnino, y estaba asomada como él á la ventana.

Pronto se abrió la puerta del piso bajo, y sintieron una voz ronca que decía:

—¡Hola! camaradas, no hay que perder la casa de vista, que sobra la gente para desempeñar bien su tarea. Yo os llamaré cuando todo esté concluido.

—Es Carrier, murmuró Luisa que habia conocido su metal de voz.

Saturnino no pudo menos de estremecerse, pero no perdió sus esperanzas de ponerse en salvo al ver entrar á Carrier acompañado de un hombre nada mas.

A pesar de las prevenciones de Maturino, atravesó el gabinete, y fue hasta el pasamano de la escalera para ver á donde se encaminaba Carrier y el satélite que le acompañaba. Saturnino habia sacado

del bolsillo un par de pistolas, y fiándose en sus fuerzas hercúleas, se habia resuelto á apoderarse de Carrier, y á constituirlo en represalia contra los desmanes de los soldados que le acompañaban. De cualquier modo, si por este camino no lograba salvar á su madre y á la señorita de Paradeze, pensaba sacrificar el representante del pueblo á su venganza.

Entonces fue cuando oyó decir al anciano Maturino, que trataba de contener á los recién llegados en el piso bajo:

—Ciudadano Lamberty, si vienes á cenar con tu camarada, quédate aquí, el hogar está todavía caliente y al momento se encenderá la lumbre, mientras que en las habitaciones de arriba hace un frío de todos los diablos.

—No venimos á cenar, respondió Lamberty, y queremos subir á las habitaciones de arriba.

—Permitidme , dijo Fichet , que vaya á encender una luz.

—No queremos luz , contestó Carrier.

Saturnino sintió que ya subían. Los peldaños de madera resonaban con el paso precipitado de Lamberty , mientras que Carrier los subía á tientas.

—No corras tanto , Lamberty , le dijo este , hace una noche horrosa.

Lamberty volvió á bajar algunos escalones , y Carrier le dijo en voz baja:

—¿ Estás bien seguro de que no hay nadie en esta casa ?

—No , no hay nadie , respondió Lamberty. Demasiadas veces le tengo dicho á ese diablo de tabernero , que si se tomaba la libertad de recibir alguno pasada media noche , le ajustaría las cuentas bonitamente ; así no creo que se atreva á hospedar siquiera un gato sin mi per-

miso.....

—¿ En dónde estamos, preguntó Carrier.

— Estamos en el primer piso , dijo Lamberty.

— Subiremos mas arriba , exclamó Carrier.

— ¡ La sala del segundo está como la nieve ! gritó Fichet desde el pie de la escalera.

— ¡ Quieres callar ! repuso Lamberty : ¡ te pide alguien tu parecer !

En este momento Saturnino preparó sus pistolas.

— ¡ Hum ! exclamó Carrier , ¿ no has oido alguna cosa ?

— Es la escalera que rechina , contestó Lamberty.

Saturnino oyó rechinar los dientes de Carrier.

— ¿ En dónde estamos ? repuso el miserable con trémula voz.

— En el segundo piso , contestó Lamberty.

—Muy bien, aquí podemos quedarnos, repuso Carrier.

—Alla arriba estaremos mejor, dijo Lamberty, que desde allí se domina mejor el río.

—No, no, basta ya, exclamó Carrier casi sin aliento, entremos aquí.

Lamberty abrió la puerta de la habitacion colocada debajo del gabinete, donde estaban los tres proscriptos; entró Carrier y la cerró tras sí.

Entretanto Lamberty abrió la ventana del segundo piso, y Luisa que habia quedado asomada á la del tercero, pudo oírle decir á Carrier:

—Tienes razon, no se está mal aquí, veremos perfectamente la operacion, y mucho mejor ahora que sale la luna.

—Hoy no hay luna, repuso Carrier: he consultado el almanaque, pues no quiero aventurarme á que

me vean. Y en seguida, continuó:

—Pero ¿que es lo que vamos á hacer aguardando la hora?

—Cenaremos, si te place, dijo Lamberty; y si te conviene, el padre Fichet es hombre que sabe ir á despertar á algunos vecinos, que nos darán muy buena compañía.

—No, no, dijo Carrier bruscamente; si Angélica llegase á tener sospecha, no dejaria de darme algun disgusto; y como tú sabes muy bien, la historia de antes de ayer no me ha dejado gana de hacerle muchas infidelidades.

—Pero vamos á ver, repuso Lamberty, ¿qué quieres que hagamos de esa muchacha, que ha sido arrestada en lugar de la otra?

—Ya lo verás, dijo Carrier; yo no he querido hacerla venir á mi casa porque se hubiera sabido; no he querido ir á interpellarla en la

cárcel porque hay cosas que de ninguna manera debe uno permitirse en público; pero consentiria en que me partiese un rayo si no consigo hacerla hablar, y no le arranco el nombre de la criminal cuyo puesto ocupa. Ese Bourbotte es un imbécil; y en cuanto á Julien ¡oh! que se guarde que le coja en la mas pequeña falta! Como pudiera acreditarle que ha soltado á un prisionero sin formacion de causa, ó protegido á un realista, yo le haria bailar mas que de prisa. ¡Vaya! ¡vaya! todo el crédito y las recomendaciones de Robespierre no le servirian de maldita la cosa.

Asi estaban hablando á la ventana Lamberty y Carrier, mientras que Luisa y Saturnino que ocupaban el piso inmediato los escuchaban con horror. Diez veces le pasó por las mientes á Saturnino bajar á aquella habitacion, acometer á Carrier y á su confidente y llevar á

cabo el acto de heroísmo que la señorita de Paradeze habia intentado en vano. Pero como los hombres encargados de velar por la seguridad de su señor pasaban y repasaban incesantemente por delante de la puerta de la casa, el menor ruido les hubiera hecho acudir en tropel, y en tal caso no solamente exponia Saturnino su vida, sino la de su madre y la de Luisa.

La marquesa de Perbruck y la señorita de Paradeze tenian tal vez el mismo deseo que Saturnino; pero ninguno de los tres se atrevia á pronunciar ni una sola palabra, y estaban en la mayor ansiedad, cuando sintieron un nuevo ruido que venia de la parte de afuera.

Asomóse Saturnino para informarse de lo que pasaba, y vió otra partida que se paró á la puerta de la misma casa, saliendo de aquellos dos personas que entraron en la última.

—Héla allí, dijo Carrier á Lamberty en voz baja, Fouquet ha sido puntual.

En efecto, era el otro ayudante de campo de Carrier.

No bien hubo entrado en la casa, empezó á gritarle Lamberty desde lo alto de la escalera:

—Por aquí, Fouquet: sube al segundo. Y tú, pícaro viejo, ya te puedes meter en tu chiribitil, y no ver ni una palabra de cuanto suceda!

Al momento se sintió la voz de Fouquet:

—Vamos, vamos, exclamó con acento brutal, ¡vaya una melindrosa! ¡sube, sube un poco mas de prisa!

No cabia, pues, duda en que era una muger la que traian á esta casa, y segun las pocas palabras que se le habian escapado á Carrier, Saturnino y Luisa tuvieron el mismo pensamiento: no dudaron que la que asi conducian era la pobre

Margarita.

Sintieron subir hasta el segundo piso.

—Cómo es eso? dijo Fouquet al llegar al umbral, *estais á oscuras?*

—Yo no quiero que los que van á venir, contestó Carrier, vean una luz en esta casa; mis bravos de la compañía de Marat pudieran admirarse; querrian hacerla apagar; podría armarse un barullo, y tal vez para tranquilizarles sería preciso decirles que estoy aquí, lo cual de ninguna manera me conviene. Desde luego Bourbotte se pondría á hacer el sentimental, y Julien sería capaz de escribir un discurso de filantropía al comité de salvacion pública, si supiese que yo mismo presidía la ejecución de mis mandatos.

Hubo un momento de silencio, durante el cual entraron en la habitación los tres hombres y la mu-

ger desconocida que les acompañaba.

—¡Hola, dijo Carrier, ahora que estas aquí, miserable, vas á decirme por qué razon has tomado esos vestidos, y por que has dicho á Bourbotte que eras tú la que me habias querido asesinar!

Como la casa estaba enteramente vacía, cualquier palabra que se pronunciase en el piso inferior resonaba en toda ella, y los que se hallaban en el superior, ya no podian dudar de que fuese Margarita la que acababan de traer á aquellas horas.

Un profundo suspiro se escapó á un mismo tiempo de su pecho, y les comunicó respectivamente lo que no se hubieran atrevido á decirse. Sus manos se buscaron reciprocamente y se estrecharon con una accion simpática. Sin embargo, escucharon en vano, pues no oyeron respuesta alguna.

— ¡Pardiez! dijo Carrier, ¿con que es una muda la muchacha que me has traído?

— ¡Ah! es verdad, exclamó Fouquet; se me olvidaba..... no tiene ella la culpa; y si ha gritado ya á todo gritar es porque he tratado de atarle corto. ¡No dejaba la pica-ruela de dar buenos berridos y de arengar á todos los que pasaban cuando la traía aquí! Gritaba á mas no poder: ¡muera Carrier! ¡muera el tirano! y la gente salía á las ventanas, y formaba corrillos en las calles.

— ¿Y el pueblo indignado no la ha hecho mil pedazos? preguntó Carrier.

Fouquet no contestó á esta pregunta, pero se guardó muy bien de decir que entre los concurrentes [no habian saltado algunos que repitiesen el grito de ¡muera Carrier! y solamente añadió:

—Entonces para contener toda

esta algarabía le mandé poner una mordaza.

—Muy bien, dijo Carrier con una sonrisa cruel, con eso reprimirá sus gritos, si la manera de hacerle preguntas le parece un poco exigente. Vamos, Fouquet, pásale un cordel alrededor de las muñecas; allí tenemos un pedazo de un palo para hacer un molinete. Comienza á apretarla un poco.

—Ya está, dijo Fouquet.

—¿Y ahora no me dirás, miserable, prosiguió Carrier, quién es la muger, cuyo puesto has querido ocupar?

—Pero cómo quieres que te responda, Lamberty, si tiene puesta la mordaza!

¡Ah! dijo Carrier incomodado, es verdad..... ¡Lo siento mucho!

Este loco furioso se indignaba de no poder ahogar al mismo tiempo las quejas de su víctima, y obligarla á hablar.

—Por lo demas, añadió, no hay un gran peligro en quitarle la mordaza; la casa está desierta, no hay nadie que pueda oír sus gritos.

Un silencio bastante largo sucedió á estas palabras de Carrier.

Saturnino, la marquesa de Perbruek y la señorita de Paradeze apenas respiraban: Saturnino sintió á Luisa hacer un movimiento, y conociendo que llevada de la indignacion que experimentaba, iba á denunciarse á sí misma, trató de contenerla. Bastó esto solo para llamar la atencion de Carrier, el cual exclamó:

—¡He sentido no sé qué en la casa!

—¡Soy yo que no puedo desatar esta maldita mordaza! contestó Fouquet.

—No, no, dijo Carrier, ha sido encima de nosotros. Alguien hay por fuerza.

A la sazón habia conseguido

Fouquet desatar la mordaza, y en un momento se sintió la voz de Margarita.

—Sí, dijo con un acento de resolución extraordinaria; alguien hay en efecto. ¡Donde quiera que se comete un crimen, hay siempre alguno que lo vé! ¡Dios pone siempre algun vengador al lado de la víctima! Sí, lo están oyendo, y repetirán fuera de aquí, que el infame Carrier ha hecho sufrir el tormento á una pobre muchacha para arrancarle una denuncia.

—¡Bah! ¡Bah! dijo Fouquet, esta casa es sonora como un tonel vacío. No hay en toda ella mas que el viejo tabernero que está durmiendo allá abajo, ó que hace al menos todo cuanto puede para dormir.

—Pues hasta ese está de mas, repuso Carrier, es menester que se vaya de la casa. Llámale, y que nos envíe cuatro guardias para registrar escrupulosamente toda la casa.

Lamberty llamó á Maturino.

Dióse prisa este á responder, y el primero le transmitió las órdenes que Carrier le habia comunicado.

Apenas habia dado principio Maturino Fichet al cumplimiento de lo que se le acababa de encargar, cuando se oyó en la puerta de la calle un ruido violento y repentino.

CAPITULO LIX.

El anciano Fichet negaba la entrada á un recién venido.

—¿Y quien será capaz de impedirme entrar en mi casa? exclamó violentamente una voz, que Luisa reconoció ser la de Julien.

—Vete, respondió brutalmente uno de los hombres colocados á la puerta, rechazando á Julien.

—¡Cuidado con eso, amigo, es-

clamó Julien. No ignoro que hay en las calles de Nantes grupos de bandidos que se atreven á insultar á los mejores ciudadanos; si vuestro oído es bueno, debeis haber sentido apostarse á pocos pasos de aquí una partida de caballeria, es una compañía de húsares. Bien podeis huir mas que de prisa, ó yo me encargo de acuchillaros como perros rabiosos.

—¿Sabes tú que somos soldados de la compañía de Marat? respondió aquel á quien Julien se dirigia.

—¿Y para qué se os ha instituido?

—Para hacer ejecutar la ley.

—¿Y en dónde está la ley que te autoriza para impedirme la entrada en mi casa?

—Tenemos orden de no dejar entrar á nadie.

—¿Y quién os ha dado esa orden.

—El representante del pueblo Carrier, respondió con énfasis el soldado.

—En tal caso, enseñádmela, dijo Julien. Nadie debe, añadió levantando la voz, espedir una orden semejante, sin ponerla por escrito, y sin hacerse cargo de su responsabilidad. Mostradme esa orden, ó de lo contrario yo mismo os mandaré arrestar provisionalmente.

—¡Arrestar á los soldados de la compañía de Marat!... exclamó el soldado enfurecido.

—¡Húsares! gritó Julien.

Algunos caballos se adelantaron al trote largo.

—Sin duda se está urdiendo algún crimen en esta casa, repuso Julien. Tal vez será algún complot realista...

—¡Adelante!

—¡Ciudadano Carrier! ¡Ciudadano Carrier! gritó desde abajo el que estaba de guardia á la puerta;

¿será menester hacer fuego sobre los rebeldes?

— ¡Como! exclamó Julien, está ahí, y no me dices nada. ¡Eh! tabernero, alúmbrame, para que yo pueda ir á saludarle.

Ignoraba el pobre Maturino si debía obedecer ó no, y así se mantuvo sin contestar.

Entretanto Carrier pateaba de rabia, diciendo entre dientes:

— ¡Ese perro! ese condenado! yo le haré mil pedazos; yo lo pisotearé hasta cansarme.

Subió Maturino y preguntó en voz baja si era preciso alumbrar. Pero antes que Carrier le hubiese podido responder, se oyó la voz de Julien que gritaba:

— ¡Eh! ¡Ciudadano Saturnino, alúmbrame. ¿O duermes tú también...

Saturnino, sin saber cual podía ser la intencion de Julien, encendia la vela que Fichet habia apa-

gado, y se presentó en lo alto de la escalera, como un hombre que se despierta aturdido.

— ¡ Con que habia gente arriba !
esclamó Carrier. ¡ Ah , miserable tabernero !

— ¡ Con que eres tú... ¡ Pardiez !
dijo Julien , que entraba á la sazón en la sala del segundo piso.
¡ Esas tenemos , ciudadano Carrier ,
eso es lo que me quieres .. por la mañana me envias al tribunal revolucionario , por la noche me ocupas mi cuarto...

— ¡ Qué ! ¿ vives tú aquí ?

Julien se volvió hácia Maturino, y le dijo :

— ¿ No he venido aquí esta mañana á arrendar estas dos salas ; esta y la del piso de arriba ?

— Cierto ; pero me digísteis que tal vez no volverias.

— ¿ Y eso te autoriza para disponer de unas habitaciones que te he pagado...

—Son muy originales las casas que sueles habitar, dijo Carrier con tono brusco.

—Los verdaderos patriotas, respondió Julien en tono de amenaza, no viven en palacios. Robespierre vive en el desvan de una carpintería, y el comité de salvación pública no gusta que los comisarios tengan mas que su sueldo para vivir; ni gusta de pillos y ladrones, ni de los que se embriagan en salones dorados.

La indirecta era demasiado explícita para que Carrier no viese en ella una amenaza; bramaba de cólera, pero no tuvo mas remedio que callar.

—Por otra parte, repuso Julien, bien puedo hospedarme en una casa donde tú vienes á pasar la noche... y en alegre compañía por lo que veo.

Al decir esto, acercó la luz al rostro de Margarita.—Pero si no

me engaño, continuó, esta linda muchacha es la misma que Bourbotte y yo arrestamos en Donches.

—¡Y bien! ¿qué tienes que decir sobre eso? replicó Carrier indignado.

—Mirad, ciudadano, dijo Margarita, mostrando los brazos atados y fuertemente oprimidos por la cuerda...

—¡Ah! exclamó Julien mirando á Carrier.

—¡Y bien! esta muchacha, dijo Carrier, á quien le rechinaban los dientes, ha ocupado el puesto de la que quiso asesinarme. He querido interrogarla.

—¿Aquí? exclamó Julien.

—¿Qué te importa?

—A mí, nada, dijo Julien, vamos, continúa. Tengo otra sala arriba y voy á subir ahora. Tú puedes disponer de esta.

—Es inútil, dijo Carrier, yo no

quiero estorbar á nadie.

—A propósito, dijo Julien dirigiéndose á Margarita, debo prevenirte, miserable, que reunidos los representantes del pueblo, y deseando dar á Carrier un testimonio del gran interés que toman en su conservacion, han querido que la infame que quiso asesinarle, y la que probablemente le ha servido de cómplice, sean conducidas á Paris á fin de ser juzgadas por los tribunales de aquella capital y para que su castigo sirva de ejemplo á los monstruos que pudieran intentar seguir el mismo camino. Acabo de escribir al comité de salvacion pública, y le anuncio tu próxima llegada.

No sabia Carrier de qué manera tomar esta medida, que tal vez pudiera ser un ardid para arrancarle su víctima.

Julien añadió, volviéndose hacia Carrier:

—Es un homenaje que á propuesta mia han querido hacer tus colegas á tu patriotismo.

¿Seria esta una burla? Carrier no pudo adivinarlo al ver la serenidad y el rostro impassible de Julien, y solo respondió:

—Pues bien, yo se la entregaré mañana, si vive aun, al que está encargado de su traslacion.

—Yo soy la persona á quien se le ha confiado, dijo Julien; yo fui á buscarla á la cárcel mientras que Prieur y Bourbotte pasaban á tu casa, donde creian encontrarte, porque has mandado decir que estabas enfermo para no asistir al banquete patriótico dado por el Ayuntamiento: yo veo que no es nada.

—¡Hola! ¡Conque eres tú el encargado de esa mision, exclamó Carrier dirigiéndole terribles miradas.

—Connigo traigo la órden, repuso Julien con frialdad, y como con-

—taba encontrar esta muchacha en la cárcel, he traído una escolta que abajo está todavía... ¡Capitan Delbenne, gritó Julien asomándose á la ventana, ocupad todas las salidas de la casa! Mi prisionera está aquí, ya sabéis que tengo que responder de ella con mi cabeza!

—Con tu cabeza, ¿no es verdad? exclamó Carrier con una feroz sonrisa.

—Como tú con la tuya de los actos que ordenas, le respondió Julien; no olvideis, capitan, añadió, que tengo que salir dentro de dos horas y que me dareis escolta hasta Ancenis.

Aun cuando Carrier no supusiese que Julien tenía deseos ó esperanzas de poner en salvo á su prisionera, no podía separarse de ella; mirábala con ojos sangrientos, sintiendo que otra voluntad que la suya hiciese rodar aquella cabeza: sin embargo, su feroz orgullo se

disonjeaba al pensar que la conven-
cion queria procesar en Paris á una
muger que habia sido cómplice del
crimen cometido contra su perso-
na; se volvió hácia Delbenne que
habia subido por órden de Julien,
y le dijo:

—¿Lo entiendes, ciudadano capi-
tan? El responde de ella con su
cabeza, y tu responderás tambien
con la tuya.

Delbenne miró á Margarita y se
puso pálido.

—¡Cómo! exclamó, es esta la
muchacha?... ¡oh! continuó dando
un triste gemido, y sin embargo ha
tenido bastante cerca de la cuchi-
lla la cabeza para que le hubiese
quedado gana de volverla á ver.

—¿Tú la conoces? preguntó
Carrier con una curiosidad salvage.

Por un momento vaciló Delben-
ne, mas luego replicó:

—No: me habia equivocado: era
otra.

Carrier estuvo mirando largo rato á Julien y á Delbenne. Una espantosa borrasca bramaba en medio de aquel aparente silencio. Cada cual esperaba una explosion con la mayor ansiedad, cuando poniéndose á escuchar de repente Carrier como si oyese un rumor lejano, se estremeció y exclamó con viveza, dirigiéndose á Lamberty y á Fouquet:

—Vamos, seguidme vosotros.

Iba á salir Carrier, y ya los actores de esta escena se consideraban libres y desembarazados de la presencia de aquel monstruo, cuando empezó á percibirse mas distintamente el ruido que Carrier habia parecido escuchar. Un búsar venia corriendo al galope.

—¿Que hay de nuevo? le pregunto Delbenne.

—Capitan, dijo el soldado, acaban de embarcar en el alto de la Fosse muchos centenares de prisioneros, el buque ha salido y baja

por el río.

—¿Qué es esto? exclamó Julien, poniéndose pálido de indignacion y de cólera.

—¿Qué ha de ser? exclamó Carrier, á quien el mismo terror que experimentaba dió esa especie de energia que anima á los mas cobardes en los momentos desesperados: ¿no te has quejado de que las cárceles estaban demasiado llenas? Pues bien, son prisioneros que llevan á Paimbœuf.

—¿Y estás seguro que llegarán? le preguntó Julien, mirándole de hito en hito.

—Yo no respondo del viento ni del agua, dijo Carrier lleno de cólera, y ademas la Convencion está informada de todo, añadió mirando á Julien con descaro.

—Asi debe de ser, respondió este con frialdad.

Carrier dió una orden á Lamberty, este se alejó al momento, tomó una

lancha y abordó el buque.

Julien habia temblado á su vez ante la audacia de Carrier. Habíase propuesto acabar con aquella feroz tiranía que desolaba la Bretaña entera; pero conocia que no podia llegar á conseguirlo sino lentamente y empleando medios indirectos; lo que le habia dicho Carrier de la Convencion le habia asombrado. Con efecto, ¿no era esa misma terrible asamblea la que habia hecho ya mencion honorífica de las cartas de Carrier, en que le anunciaba con tono insolente los fusilamientos que habia ordenado por sí y ante sí? ¿Y no era muy probable que esta asamblea viniese al fin á aprobar la ejecucion de los abogados?

Pronto se oyó acercar el buque. Estremecía el ruido de tantos millares de voces, que iban á quedar sofocadas muy en breve con un acento casi gozoso. Llegó el buque al mismo punto en donde la víspera

se habia sumergido el barco de Notron; pero esta vez pasó lenta y magestuosamente.

Carrier se asomó á la ventana con Julien, que temblaba de indignacion al ver su impotencia.

—A fe mia, dijo Carrier, si les sucediese alguna desgracia, no seria por mi culpa, ¿no es verdad? Adios, y buen viage.

De pronto hizo una señal á sus sicarios, y abandonó la casa.

Julien y Delbenne permanecieron bastante tiempo á la ventana, escuchando el ruido del buque y de aquellas mil voces que se alejaban rápidamente. Saturnino, Mad. de Perbruck y Luisa, que estaban en el piso superior, seguian con la misma ansiedad aquel rumor que se iba perdiendo poco á poco en el silencio. Muy en breve no se sintió ya nada, y parecióles á todos los que escuchaban, que la salvacion de las víctimas estaba asegurada, y cada

uno de ellos se sentia como aliviado de un enorme peso.

De repente un clamor inmenso y lejano, un gran grito formado de mil gritos atravesó el espacio, y parecia que los aire le columpiaban; íbase aumentando de una manera lúgubre y espantosa; por fin, se percibió un sordo rugido; y despues todo volvió á quedar en el silencio mas profundo. ¡La justicia de Carrie estaba cumplida!

—Capitan, exclamó Julien con violencia, habeis oido! Vamos á partir dentro de una hora. ¡Daos prisa! ¡Haced reunir la gente!

Apenas Delbenne habia dejado á Julien, Saturnino y Luisa estaban ya á su lado.

—Os marchais! le dijo Saturnino,

—Al momento, respondió Julien con calma. Es menester que yo vea al comité de salvacion pública, es menester que yo le hable. Estas

cosas no se pueden escribir; es preciso referirlas, hacer que se palpen con las manos. A una carta no se le daría asenso, como tendrán que dárselo á mis palabras.

—¿Y os llevais á la pobre Margarita! le dijo Luisa. ¡Si siquiera no fuese para hacer de ella una víctima!

—Solo me servirá de testigo, ó mas bien de acusador.

—En ese caso, exclamó Luisa, llevadme á mí, yo hablaré! Julien, habeis empenado vuestra cabeza en esta contienda, por consiguiente no os debeis negar á que entre tambien la mia.

Julien le cogió la mano, Luisa no la retiró; pero un carmin subido enrojeció sus mejillas, y el entusiasmo que habia dado animacion por un momento á su rostro, pareció quedar como helado. Julien dejó caer su mano.

—Vendreis á Paris conmigo, le

dijo tristemente, solo alli pudiera yo contemplaros segura.

—Yo no puedo viajar sola con vos, dijo Luisa bajando los ojos.

—La marquesa vendrá tambien...

—¿Y mi hijo? exclamó esta imprudentemente.

—¡El conde de Perbruck! dijo Julien con ojos centellantes, el conde de Perbruck repitió dirigiéndose á Luisa; el que ha sido vuestro novio, señorita?

—El conde de Perbruck, que ha sido mi novio ha muerto, señor, replicó Luisa. Este otro...

—Este otro, dijo Mad. de Perbruck, es mi hijo, pero no tiene nombre.

Julien se inclinó, y repuso con voz contristada:

—Perdonad, señora, si os he obligado á una confesion que no quisiera haber oido. Viajareis conmigo como una tia mia, y vos Luisa co-

mo la hija de esta señora... Respecto á vos, señor Saturnino, si quisieseis creerme, aceptariais una posicion secundaria para evitar cuestiones que pudieran llegar á ser embarazosas para mí. Seria muy conveniente que pasáseis por criado de estas señoras.

—Siempre me consideraré muy afortunado en servir las, cualquiera que sea la clase en que lo haga, dijo Saturnino.

—En ese caso, preparémonos á salir, dijo Julien; ya he mandado buscar caballos de posta. La señora y esta señorita viajarán en carruage; nosotros iremos á caballo, hasta que podamos encontrar mejores medios de transporte.

Una hora despues de este diálogo estaban todos de camino para Paris.

THE
JOURNAL
OF
THE
AMERICAN
MEDICAL
ASSOCIATION
PUBLISHED WEEKLY
CHICAGO, ILL., U.S.A.
Vol. 10, No. 1, January 1, 1917
Price, Five Cents
Subscription Price, \$5.00 per Annum in Advance
Entered as Second-Class Matter, October 3, 1911
Postoffice at Chicago, Ill., under No. 100,000
Acceptance for mailing at special rate of postage provided for in Act of October 3, 1917
Authorized by Act of October 3, 1917
Copyright, 1917, by American Medical Association
Printed at the American Medical Association, 535 North Dearborn Street, Chicago, Ill.

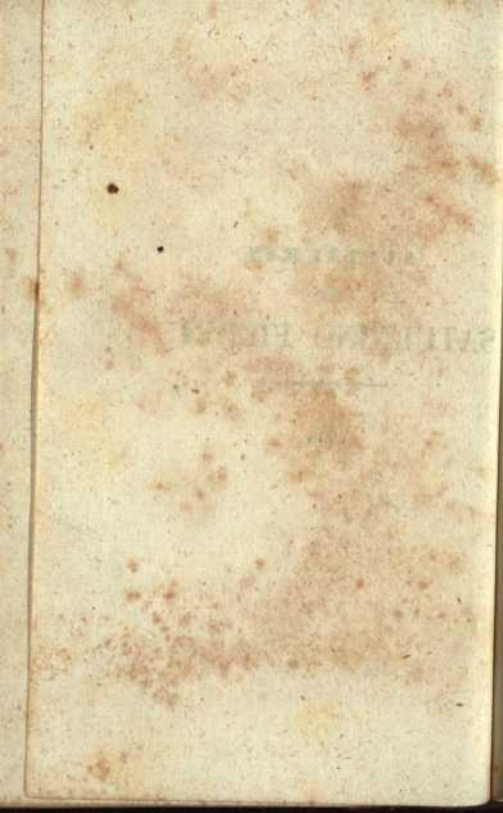




AVENTURAS
de
SATURNINO FICHET.



VIII.







*Carrier se echó á reír, y continuó
arrojando al fuego todo cuanto ha-
llaba á mano.*

AVENTURAS
DE
SATURNINO FICHET,
Ó LA
CONSPIRACION DE LA ROUARIE.
POR
FEDERICO SOULIÉ.
—
TOMO VIII.
—



MALAGA.
—
IMPRENTA DE MARTINEZ DE AGUILAR,
Calle del Marques.
N.º 10 y 12.

***Es propiedad de la
casa de Martinez de
Aguilar.***

AVENTURAS

De Saturnino Fichet.

CAPITULO LX.

Sies meses habian trascurrido desde la marcha de Julien.

Carrier, á quien la presencia de este jóven habia becho vacilar un momento en el sanguinario sistema que seguia, se abandonó luego con mas furor que nunca á esa especie de embriaguez brutal que tantos horrores producia en Nantes. Casi todas las semanas de estos lar-

gos meses fueron manchadas con terribles hecatombes ofrecidas al Loire.

Carrier habia cumplido su palabra: se atrevió á anunciar estas espantosas ejecuciones al comité de salvacion pública. Este lo advirtió á la Convencion, y la Asamblea, aunque sin dar esplicaciones sobre los medios infames empleados por Carrier, citó con encomio su conducta enérgica y su ardiente patriotismo.

Animado con esta aprobacion, nada fué bastante á contener á Carrier. «¡Qué torrente revolucionario es el Loire! decia en sus cartas. Vale otro tanto como la justicia del pueblo, y se traga alegremente á sus enemigos.» El monstruo calumniaba el rio, pues en lugar de hacer desaparecer los millares de cadáveres que se le confiaban, los rechazaba hácia sus orillas, esponiéndolos á la cólera de Dios y de los hombres.

Era esto una cosa inconcebible y fabulosamente monstruosa.

El agua del río estaba inficionada; la misma Municipalidad tuvo que prohibir que se bebiera. Las dos orillas del Loire eran focos permanentes de fiebres pútridas que amenazaban invadir la ciudad.

Por otra parte, los soldados de la compañía de Marat, mas acostumbrados ya al ejercicio de sus funciones, y estimulados al crimen por las feroces órdenes de su señor, recorrían las calles de Nantes, insultando, prendiendo y maltratando á cuantos querían oponerse á sus violencias.

Todos los que se hallaban sobre la ínfima clase del pueblo, se estremecían solo con la idea de encontrar á estos execrables satélites de Carrier; no se atrevían á salir de sus casas. Los mismos magistrados, los individuos del Ayuntamiento habían tenido que doblar la cer-

viz. Solo se había dejado oír un murmullo de oposicion. El tribunal revolucionario se atrevió á decir al proconsul, por conducto de su presidente, que puesto que él condenaba á muerte á los encarcelados sin forma de juicio, el tribunal se consideraba destituido moralmente.

A esto respondió Carrier:

—¡Ah, si tú quieres juzga, juzga en buen hora, pero ten entendido que si las cárceles no están vacías en el término de dos horas, te mando fusilar.

El tribunal volvió á continuar sus fallos, y Carrier no interrumpió tampoco sus sangrientas ejecuciones del Loire.

Desde que anochecía, iban á sacar de las cárceles á los presos por centenares, los llevaban como rebaños, los amontonaban en el barco fatal, y perecian en aquel ensangrentado rio, sin que una sola voz se levantase contra este desafuero per-

manente.

Tal era el terror que pesaba entonces sobre Nantes, que los mismos presos aceptaban la proscripción sin procurar sustraerse á ella.

Si cualquiera reo hubiese dado la menor muestra de resistencia cuando los llevaban al suplicio, si se hubiera atrevido á luchar con algunos de los satélites que les escoltaban, si tan solo hubiera intentado huir esta multitud de víctimas, la mayor parte se habrían salvado y se suspenderían estas horribles ejecuciones, porque no habría sido fácil encontrar cómplices; pero todo parecía haber muerto en el corazón de las víctimas, como en el ánimo de los que todavía permanecían libres. Jamas ciudad alguna invadida por un ejército de bárbaros llevándolo todo á sangre y fuego; jamas poblacion alguna devastada por esos terribles azotes, contra los cuales nada puede luchar, ni el

valor, ni la juventud; jamás en fin, comarca presa del hambre, de la peste y del asesinato, se vió mas sumisa é inerte, mas aterro-
rizada por decirlo así, que la ciudad de Nantes en aquella época.

¡ Oh! estas son lecciones muy terribles, de que no se deben apartar las miradas del pueblo, para adormecerlo con la aparente seguridad que le infunden sus esperanzas generosas.

Con efecto, cansado el pueblo muchas veces de su misma quietud, se entusiasma con la idea de las revoluciones. Las fortunas rápidas, las acciones heroicas, las grandes reputaciones que se elevan en estos tiempos borrascosos, le exaltan y le deslumbran. No vé en lo pasado mas que esas raras escepciones, y con ellas sueña para el porvenir. Entonces acalorado por tan brillantes y seductoras imágenes, bulle y se agita, y arde en deseos de lan-

zarse tambien en esa carrera de aventuras, donde no se figura comprometer mas que su sangre en los campos de batalla, ó su cabeza en las luchas políticas, en cambio de la gloria ó del poder. Error, y error funesto! Una vez lanzado en esta senda, el pueblo cree que no traspasará la línea dada, porque camina al principio con paso tímido y prudente; mas luego vienen los obstáculos que irritan, los combates que exasperan: entonces pasa del valor á la temeridad, de la cólera al furor, del rigor á la crueldad; y una vez traspasados todos los límites de la justicia, encuentra en su seno monstruos que repiten en su nombre aquellos mismos crímenes abominables, que entregaba en otro tiempo al anatema de la humanidad. Las mismas proscripciones renacen y las mismas cobardias le bajan humildemente la cabeza, porque en estas páginas des-

honrosas de la historia, si la execracion es para los verdugos, el desprecio debe recaer sobre los que los sufren por tanto tiempo.

Asi reynaba Carrier: y semejante á la Mesalina de Juvenal, cansado, pero no satisfecho de sangre, se preguntaba por qué no tendria el hombre en su mano esas grandes catástrofes de la naturaleza, con las cuales la cólera de Dios abruma en ciertos dias á ciudades enteras, haciéndolas desaparecer del mundo.

Habiale ocurrido sin embargo á Carrier un pensamiento, que por mas que le acariciaba en su fantasía, no se atrevia á ponerlo en ejecucion. A pesar suyo, sentia aquel tigre que puesta al lado de su idea, la manera de llevarla á cabo, resultaria una cosa terrible y monstruosa.

Encerrado en su casa, y no viendo mas que con los miserables

que se arrodillaban delante de él, y lamian sobre sus pies la sangre que por todas partes le inundaba, habia llegado Carrier á esa especie de frenesí de los brutos, cuando experimentan la terrible mordedura de la rabia. Se levantaba para matar, pasaba el dia matando, y se embriagaba hablando de matanza. No, jamas ha habido un hombre mas atrozmente sanguinario que Carrier.

En fin, los mismos que le rodeaban, vivian en una especie de vértigo que les asombraba, á pesar de lo muy feroces y sanguinarios que eran. Les saltaba el aliento para seguir á aquel furioso en su insensata carrera al través de sangre y de cadáveres. Bien hubieran querido detenerle, ó mas bien detenerse á sí mismos; pero los arrastraba Carrier, renovando incessantemente en sus corazones el furor que ya se iba agotando, y pi-

diendo siempre sangre! saugre! saugre!

Una mañana apenas habia despertado Carrier del sueño abrasador que seguia á sus noches de orgias, fue avisado de que Lambert y Fouquet esperaban sus órdenes para las ejecuciones del dia. Preguntó por Angélica, y le dijeron que estaba en su cuarto.

—Almorzaré á su lado, dijo al criado que le daba esta contestacion: sobre todo te advierto que no venga nadie á inquietarnos.

Pasó á la habitacion de Angélica, á quien encontró ya de pie, aunque era todavia algo temprano...

Estaba llorando á lágrima viva sentada en el suelo en el pedestal de una chimenea de porcelana pintada.

—¿Qué significa esto? preguntó Carrier. ¿Qué tienes? ¿Qué te han hecho? ¿Quién se ha atrevido

á ofenderte ?

—Nadie , contestó Angélica.

— ¡ Ah ! ¡ No te atreves á nombrarle ! dijo Carrier ; y eso que sabes de que modo espiaría el crimen de haberte desagradado.

— ¡ Si te digo que no es nadie !

—Pero ¿ entonces qué tienes ?

—No lo sé , dijo Angélica.

La verdad era que habia llegado á serle enojosa la vida y que no se atrevia á decírselo á Carrier.

En efecto , la presencia de Carrier le helaba el corazon , y le hacia sufrir un suplicio increíble. No le veia mas que al través de una especie de velo rojo , de un vapor sangriento ; casi dudaba de la existencia de este hombre , y se preguntaba muchas veces si era cierto que habia en el mundo un ser semejante y que estaba delante de ella. La razon le faltaba ; conocia

que iba á volverse loca. La voz de Carrier no era ya su voz; el ronco sonido de sus palabras heria el tímpano de Angéliea, como los golpes de un cuchillo sobre un picadero. Cuando el mónstruo la tocaba, le parecia que su mano iba á disolverse en un grande arroyo de aguas ensangrentadas, en donde se sentia ahogarse de improviso. Ase-diada la infeliz por la idea de los crímenes de Carrier, vivia en una especie de sueño horrible, funesto y sangriento.

La razon volvía á ejercer su predominio, cuando estaba sola y entonces se cambiaba el suplicio.

Ya no era ese vago é indefinible vértigo lo que le hacia dudar de todo y de sí misma; entonces era el recuerdo exacto, el remordimiento lucido que contaba las víctimas, y le mostraba las espantosas acciones de Carrier en toda su desnudez. Entonces se ocultaba en

los oscuros rincones de su gabinete, se revolvía dando sollozos ahogados, se tendía en el suelo para llorar mas libremente con la cara sobre la alfombra, á fin de que el ruido de sus lamentos no llegase á los oídos de Carrier.

Aquel día, contando con la hora de audiencia que solía dar á sus dos ayudantes, había sido sorprendida con las lágrimas en los ojos. La infeliz, llevada al último grado de desesperacion, quiso suplicar. Pero en el momento en que salió de sus labios la palabra «¡Dios mio,» cayó llena de abatimiento, como si este santo nombre la hubiese anonadado al pasar por sus labios impuros. Entonces volvió á llorar con mas sentimiento.

Entretanto, temblaba delante de Carrier que la molía á preguntas para saber la causa de su llanto, y únicamente le contestaba:

—No lo sé... pero sufro mu-

cho...

— ¡Qué! ¿Te fastidias? le dijo Carrier.

— ¡Oh! no por cierto.

— Ni me enoja por eso, Angélica... también yo me fastidio. Siempre lo mismo, y para adelantar tan poco .. estoy cansado...

— ¡Cómo! exclamó Angélica con un movimiento de esperanza ¿querrás suspender tus ejecuciones?

— ¡Mira! Ahí están los dos, Lamberty y Fouquet; por hoy no les he pedido ninguna.

— Sí, dijo Lamberty, tomando la extraña disposicion de ánimo en que se encontraba Carrier por un movimiento de buen humor, Carrier nos ha dado vacacion por hoy.

— ¿Y acaso por mañana también? preguntó Angélica.

— Y mañana también, dijo Carrier, y todos los dias hasta que todo se halle dispuesto. Aprovechaos de esta vacacion, mis bravos, para des-

cansar y adquirir nuevas fuerzas, porque ese día, añadía con una sonrisa infernal, emprenderemos una obra terrible, grande, solemne, aplastaré y pulverizaré esta maldita población.

Angélica y los dos satélites quedaron mudos; no se atrevían á mirarle. A Angélica le vino á las mientes la idea de estrellarse la cabeza contra el pedestal de la chimenea, solo por no oír semejante blasfemia. Carrier se sentó en una esquina, echó un tronco en la chimenea, luego otro y en seguida se puso á soplar: pronto se encendió la lumbre. Cuando á fuerza de avivar el fuego, la chimenea ardiendo comenzó á gruñir, cogió un pañuelo que había á la mano y lo echó en medio de las llamas: en un momento quedó reducido á cenizas. Una cajita que tenía también cerca de sí, la echó en la misma chimenea; y ardió también en pocos minutos si

bien con gran chiporroteo.

Carrier se echó á reir, y continuó arrojando al fuego todo cuanto hallaba á mano. De una jaula en que habia pájaros preciosos, sacó los pájaros y los echó al fuego; conforme se oían los quejidos moribundos de estos pobres animalitos, Carrier se reía mas fuerte.

Angélica lo miraba con asombro.

—Pero ¿qué es lo que quieres, Carrier? le dijo.

—¿Un incendio! respondió con cierto rugido espantoso; un vasto incendio que devore y haga desaparecer de la tierra esta ciudad maldita, ¡que haga agitarse en medio de las llamas á esta poblacion impura!

—¡Nó! exclamó Angélica, precipitándose sobre Carrier con un grito de agonía.

—¿Y porqué? dijo Carrier, mirándola con ojos irritados.

—Por... que... tendré miedo, dijo Angélica temblando.

—No pienses en eso, hija mia; ya he formado mi plan... Las puertas de la ciudad estarán guardadas por la parte exterior... colocaré una batería en cada una, y los que quieran salir, encontrarán con quien entenderse.

Nadie se atrevió á contestar.

Carrier se volvió hácia Lamberty, y le dijo:

—¿No es este un plan magnífico?

—Tal vez será difícil de ejecutar, dijo Lamberty con trémula voz.

—Bien sé, dijo Carrier, que es mucho mas fácil enviar un traidor al tribunal revolucionario y despa-charle en la plaza de Bouffay ó embarcarle para Paimboeuf. Con una palabra nada mas, tú te encargarás de hacer el ensayo.

—Nada mas fácil, dijo Fouquet, que aun cuando participaba del ter-

ror y de la incertidumbre de Lamberty, quiso hacer un mérito á costa de su compañero.

—¿Te parece fácil? le dijo Carrier sonriéndose. Sea enhorabuena... Pues bien! es preciso que se ejecute mañana mismo.

—Mañana... exclamó Fouquet vacilando tambien, ¿de aquí á mañana?....

—Por lo mismo que sé que el ciudadano Carrier quiere que sus pensamientos se pongan en ejecucion tan pronto como los concibe, por eso decia yo que era difícil; pero si quisiese concedernos ocho dias de plazo.... repuso Lamberty.

—Ni un dia, ni ocho dias, exclamó Angélica levantándose repentinamente; eso no es posible. No, tú no harás eso, Carrier, es abominable, es horrible!....

—¿Que es esto! ¿Te has vuelto loca? exclamó Carrier.

—No por cierto, dijo Angélica

exasperada ; ¡basta ya de sangre!.....
Ya no puedo mas... no puedo dormir... estoy viviendo en medio de una porcion de cadáveres corrompidos ! ; Basta..... basta. ... basta!

Levantóse Carrier , y fue á cerrar la puerta del gabinete en donde estaban.

—¿ Qué vamos á hacer con esta loca ? les dijo á sus dos satélites.

—El tribunal revolucionario está en sesion permanente, dijo uno de ellos.

—¿ Y no harás todavia una pequeña expedicion nocturna ? repuso el otro.

—; Ab , exclamó Angélica , trémula y fuera de sí , basta ya de sangre!..... matadme si quereis aqui mismo ; pero nada de guillotina , ni de ahogados.

CAPITULO LXI.

Mientras Angélica hablaba así, Carrier daba vueltas como un loco al rededor del gabinete; parecia remedar á Neron, cuando se encerraba en una jaula de hierro y andaba á cuatro pies imitando los rugidos, la impaciencia y la cólera de las fieras del Circo, exaltándose en esta horrible manía hasta que á una señal suya se le abria la puerta de

la jaula y se abalanzaba furioso á morder y despedazar con las uñas á los infelices esclavos desnudos que esponian en rededor de la sala imperial á la cólera del tigre coronado.

Carrier, ébrio tambien de cólera, se detuvo de pronto delante de Angélica y se puso á gritar:

— ¡Matadla!.... ¡destrozadla!

Se lanzó sobre ella con los dedos crispados, apretando los dientes, y dispuesto á renovar con su querida los bestiales furores de Nerón. Ya habia caido la pobre en el suelo, y el monstruo iba á darle de puntillones, cuando resonó á la puerta del palacio un ruido estrepitoso...

Carrier se detuvo.

Uno de sus sicarios entró con los ojos encendidos y la espuma en los labios:

— Ciudadano Carrier, el Ayuntamiento tiene la insolencia de vio-

lentar tus puertas... Los Municipales han atropellado el centinela que estaba allá abajo: ya suben.

—¡Ah, exclamó Carrier con sordo rugido, tanto mejor... que vengan luego lloriqueando... tanto mejor...

Y corrió prontamente al salón, donde estaban ya los individuos del Ayuntamiento, y entró gritando:

—¡Traicion! ¡traicion! ¡Cómo se entiende! ¡Atacar así á mano armada á los representantes del pueblo... ¡A mí, los verdaderos descamisados! ..

Los feroces guardias de corps de Carrier se presentaron con las armas en la mano á la puerta del salón.

—¿Qué venis á hacer á mi casa? continuó cuando se creyó en seguridad.

—Ciudadano Carrier, dijo uno de los individuos del Ayuntamiento, venimos á quejarnos de que dispo-

nes de los prisioneros sin orden de estradicion.

— ¡Ah! dijo Carrier, traidores vendidos á los aristócratas! quereis salvarlos, ya lo sé. Quereis encender de nuevo la guerra civil que yo he apagado..... quereis entregar la ciudad de Nantes á los realistas y á los ingleses..... pero no le entregareis mas que un monton de cenizas! ¡Ah! yo conozco vuestros crímenes y vuestras traiciones.... habeis detenido la llegada de los víveres para hacer morir de hambre al pueblo..... habeis comunicado á los realistas los movimientos de nuestras tropas..... siempre os habeis inclinado á pactar con los revel-des..... Os acuso de todos estos crímenes..... ¡Ea, arrestadlos y conducidlos al tribunal... Yo confio la salvacion de la patria á la energía de los verdaderos patriotas..... ¡Caiga sobre ellos la venganza de la república con la rapidez del rayo!

¡Llevadlos al tribunal revolucionario!

Al oír este discurso de Carrier, pronunciado con acento feroz y con gestos horribles, los individuos del Ayuntamiento retrocedieron temblando.

De pronto salió de entre ellos un jóven, mientras que los descamisados de Carrier avanzaban con el objeto de apoderarse de los prisioneros que acababan de poner á su disposicion.

Este jóven era Julien. Marchó derecho hácia Carrier, el cual retrocedió como para tomar terreno y abalanzarse sobre él.

— ¡Ya no hay tribunal revolucionario! exclamó con voz estentórea.

— ¿Qué dices? gritó Carrier rechinando los dientes.

— Los miembros del tribunal revolucionario están todos presos, le contestó con aire de autoridad, ¡

tú mismo, Carrier, ya no eres nadie aquí. Mira la orden del comité de salvacion pública que te manda comparecer en Paris. La compañía de Marat está disuelta. Salid, salid, les dijo á los individuos del Ayuntamiento, ya no teneis que hacer aqui nada.

Todos se marcharon inmediatamente, y Carrier, que habia quedado inmóvil, mudo y anonadado, cayó sobre un sillón, y sosteniendo la cabeza entre las manos se puso á llorar con grandes sollozos y gritos.

Julien, que se habia quedado el último, se paró á contemplarlo por un rato.

Habia entrado con el designio de hablar á Carrier un lenguaje severo: esperaba encontrar gran resistencia, y arranques propiamente frenéticos, mas al ver tanta bajeza y tal cobardia, cobardia cuyos excesos solo podian compararse á los

escesos de las violencias de este miserable, Julien se desvió de allí con la mayor repugnancia.

Al cabo de un gran rato, Carrier se tranquilizó, y viendo que estaba solo y libre, se levantó diciendo:

—Será preciso que me arranquen del seno de la Convencion. Y luego llamó:

—¡Lamberty! ¡Fouquet!

Nadie contestó.

Volvió á llamar mas fuerte; pero en vano.

Salió del salon, pasó á otras habitaciones del palacio: en todas partes halló el mismo silencio, la misma soledad. Bajó á las cecinas y reposterias; todo estaba desierto: los preparativos para el almuerzo estaban sobre las hornillas y habian quedado abandonados sin que el cocinero se hubiese ocupado de otra cosa mas que de echar en un rincón el mandil y el cuchillo que no le

pertenecian. En el patio, estaba atado un caballo á la argolla de hierro que habia á la puerta de la cuadra; la almohaza y la bruza estaban cerca de él en el suelo. Todos habían abandonado la casa en el momento en que supieron la desgracia de Carrier, como si aquella hubiese de hundirse y dejar aplastados á los que permaneciesen dentro un minuto mas. Carrier volvió á ser presa del terror, al encontrarse tan solo en aquel inmenso palacio.

Al través de la puerta que salia á la calle creyó sentir el ruido de las quejas del pueblo, y volvió á subir apresuradamente para ocultarse en lo mas secreto de sus habitaciones: entró en el gabinete donde habia dejado á Angélica desmayada, y la encontró tendida en el suelo. Al verla, un relámpago de cólera brilló en los ojos de Carrier: echó mano al puño de su sable, que

siempre traia consigo; pero luego se detuvo, diciendo entre dientes:

—Luego se diria que la he asesinado...

En ese momento, aquel hombre que la misma víspera enviaba al cadalso las víctimas á millones, recelaba cometer un crimen mas. Dió algunas vueltas en torno de su querida, tal era su aturdimiento que tiró varias veces de la campanilla para que vinieran á socorrerle, y así volvió á convencerse del abandono en que lo habian dejado. Abruñado por la pesadumbre, se puso á llorar.

Mientras que estaba así, oculto el semblante sobre los cojines de un sofá, fué volviendo en si Angélica y se levantó poco á poco: miró á su alrededor, y al ver sentado á Carrier tan cerca de ella, no pudo menos de estremecerse, y arrastrándose con el auxilio de las manos trató de salir del gabinete. Suscita-

da la atencion de Carrier con el ruido que hacia su querida, se incorporó de improviso, gritando con acento espantoso:

—¿Quién va?

No menos horrorizada Angélica se levantó para huir mas pronto; pero no bien quiso hacer este movimiento, Carrier se abalanzó hácia ella y cayó á sus pies arrodillado, cogiéndola el vestido y diciéndola con voz triste y lastimera:

—¡Angélica, Angélica... no me dejes; no me abandones, por piedad !!!

Mirábale la infeliz con ojos sobre-cogidos; no podia interpretar estos ruegos, mas que como una de esas reacciones insensatas, en que el amor frenético pasa de las mas terribles amenazas á las súplicas mas humildes.

—¡Oh, tú no me amas ya! le dijo Angélica, considerándose har-

to feliz en haberse librado del peligro que la amenazaba.

— ¡Yo .. exclamó Carrier , yo... yo te amo... siempre te he amado..... bien lo sabes..... algunas veces , es cierto..... yo soy brusco, colérico..... pero , tú lo sabes , tú..... tú puedes decirlo..... no soy malo.....

— ¿ Con que dime , le preguntó Angélica que no acababa de volver de su sorpresa , ya no harás ejecutar aquel proyecto de incendio ?

— ¿ Y has podido creerlo ? dijo Carrier ; era solo una broma ; quería reirme un poco... pero no hables ya de eso , porque mis enemigos me acusarian , como si lo hubiese ejecutado.

— ¡ Tus enemigos , exclamó Angélica ; ¿ por ventura tienes algo que temer , tú , Carrier , árbitro y señor absoluto de esta ciudad ?...

— Angélica , dijo Carrier ; An-

gética, repitió con una angustia inesplicable, los cobardes de la Convencion me han destituido!

—¡A tí! exclamó Angélica.

Y añadió en voz baja:

—Bien se conoce que hay una justicia...

—¿Y tú también, dijo Carrier, también tú me reprendes: tú, por quien he hecho derramar tanta sangre, solo porque te agradaba? ¡Tú, que no estabas contenta sino cuando Lamberty y Fouquet venian á dar cuenta de las víctimas del día.

—¡Oh! ¡miserable! exclamó Angélica con horror y desprecio ¿te he pedido jamas una sola cabeza?...

—¿Y me has pedido por ventura un solo perdon? le dijo Carrier levantándose. Y sin embargo, ese era tu oficio. Las mugeres deben ser siempre compasivas. Dios las ha colocado al lado de los hombres encargados de ejecutar los terribles

decretos de la política, para suavizar algunas veces el rigor de sus deberes, para grangearle en cambio de las maldiciones de la generalidad alguna que otra voz amiga que pueda levantarse en favor suyo el día en que su partido les pida cuenta de sus actos. Pero tú no has desplegado tus labios para decirme ni una sola palabra; tú me has impelido, tú me has dejado caminar por esta senda sangrienta. Tú no has tenido corazón ni piedad para nadie, tú en fin, no eres mas que un monstruo!

Cosa horrible y repugnante por demas seria el querer reproducir aqui las sangrientas imputaciones, que estos dos miserables seres se arrojaron á la cara el uno al otro. Agotadas ya todas las injurias que tan bien merecian, el miedo los reunió por el afán de la seguridad comun.

Transcurrió todo el día sin que

ninguno de los dos se atravesase á salir del palacio : á el anochecer se aventuró Angélica á salir y se dirigió el Ayuntamiento á pedir un carruaje y caballos para Carrier.

Al momento se los enviaron con una escolta que le condujo hasta las puertas de Nantes. Pero Angélica no acompañó el carruaje.

Antes de abandonar el palacio de Carrier, recogió todas las alhajas y el oro que le había prodigado y desapareció sin que nadie supiese de ella, hasta el día en que al cabo de algunos años, la reconocieron varios vecinos de Nantes, asomada á la ventana de aquella casa aislada, donde la vió tambien el autor de esta historia.

Afortunadamente para Carrier, el rumor de su desgracia no habia pasado de los muros de la poblacion, y solo habia llegado á aldeas inmediatas con cierto carácter dudoso. De otro modo, imposible le

hubiera sido atravesar tranquilamente el país que había dejado casi desierto. Infinidad de gentes le hubieran salido al encuentro, y le hubieran asesinado sin piedad. Carrier conocía tan bien el peligro, que había pedido al Ayuntamiento un pasaporte con nombre supuesto. Merced á tales circunstancias, llegó hasta Angers, donde la acogida que le dispensó el club montañés de esta ciudad, le dió un poco de atrevimiento.

Julien salió de Nantes poco después de Carrier, rehusando la ovación que le ofrecían los mismos hombres que mas dóciles y sumisos se habían mostrado en dar cumplimiento á los mandatos del feroz procónsul.

Pero es preciso que digamos algo de lo que sucedió, durante los seis meses transcurridos á Saturnino, Mad. de Perbruck y Luisa de Paradeze.

CAPITULO LXII.

En el *boulevard* Beaumarchais, esquina á la calle de Pas-de-la-Mule habia en aquella época una casa baja, á la cual se entraba por un angosto pasadizo.

En el primer piso de esta casa habia una sala con dos ventanas que ocupaban Luisa de Paradeze y Mad. de Perbruck.

Al pie de esta casa, debajo de

estas ventanas, solia estar ordinariamente un jóven de alta talla y buena presencia que hacia oficios de mandadero.

Este jóven era Saturnino.

Las dos mugeres se ocupaban en labores de costura y en el cuidado de la casa; y el mozo les llevaba diariamente lo que le producian sus mezquinas ocupaciones, y con estos pequeños recursos reunidos atendian los tres al cuidado de su existencia.

Mad. de Perbruck y Luisa no tenian mas que un lecho. Saturnino Fichet se acostaba en un cbirivitol perteneciente al cuarto de su madre, y que no estaba separado de este mas que por un tabique de poca consistencia.

Hacia algun tiempo que le habian confiado á la señorita de Paradeze el secreto del nacimiento de Saturnino, y esta revelacion no habia dejado de tener alguna influencia en

el modo de considerar al hijo desheredado del marqués de Perbruck.

Hacia bastante tiempo que ella habia aprendido á no dudar de su valor ni de su presencia de ánimo. La Chataigneraie le habia contado como el buen Saturnino habia servido de apoyo á la Rouarie, como habia socorrido á Cesario Perbruck y le habia salvado á él mismo. Al propio tiempo Saturnino, durante las eternas noches que pasaba con Luisa le refirió la parte que habia tomado en varios combates del ejército realista. La señorita de Paradeze, que habia pasado su juventud en medio de hombres valientes, no dejaba de conocer que habia sobrada modestia en el modo que tenia Saturnino de hablar de sí mismo.

Durante un mes que habia transcurrido desde que Julien los ocultara en aquella casa, Luisa aprendió á conocer á Saturnino, bajo el

aspecto de esas íntimas relaciones que destruyen á veces el prestigio de que se revisten ante el público ciertos hombres, pero que otras veces escitan sentimientos de aprecio, de benevolencia y afección, que no se les hubiera creído capaces de inspirar.

Mas de una vez alarmado Saturnino con el peligro que la marquesa y Luisa podian correr, les habia propuesto escaparse, y hasta se habia comprometido á proporcionarles los medios para verificar la fuga. Quería quedarse solo en París para poder velar por Margarita, que habia sido encerrada en un convento. Pero la marquesa no podia consentir en separarse de su hijo, y la señorita de Paradeze se oponia resueltamente á salir de Francia.

—Mi vida no me pertenece ya; decia: se la debo al que se ha sacrificado por mí.

Saturnino tenia mil razones para probar á la señorita de Paradeze que si Margarita lograba salvarse, lo conseguiria sin su auxilio, y que si salia condenada, Luisa se sacrificaria sin poder salvarla. Pero Luisa rechazaba con indignacion estos argumentos.

Rara vez salia Saturnino por la noche á no ser que tuviese que desempeñar alguna comision que lo detuviese despues de anohecido. Tal vez hubiera podido mejorar su posicion y la de su madre, si hubiera querido aceptar la proposicion que le habia hecho un mercader de la vecindad, para entrar en la casa como mozo de almacen. Pero Saturnino, que de buena gana se ponía al servicio de cualquier transeunte, no podia resolverse á aceptar una plaza que se parecia á la servidumbre. Por otra parte, habianle preguntado si sabia leer y escribir; y por prudencia habia

negado estas modestas habilidades. Una buena letra podia fácilmente hacer sospechar que se ocultaba un hombre de alguna valia, bajo las apariencias de un mandadero. Entretanto, sucedióle un dia cierta aventura que le hizo conocer cuán difícil es al hombre mas oscuro, librarse por mucho tiempo de los recuerdos que ha dejado tras sí.

Preciso es decir, ademas, que ya no era Saturnino aquel mozo jovial y aventurero, que nuestros lectores han conocido al principio de esta obra; sino un hombre triste y taciturno: que por lo general no hablaba sino cuando le preguntaban.

Este abatimiento habiera podido explicarse satisfactoriamente por las desgracias de aquella época fatal; pero ni su madre ni Luisa, podian creer que fuese este el motivo de su tristeza. Porque cuando la conversacion recaia sobre los asuntos

del dia, hablaba de ellos como hombre resuelto, previendo y asegurando que la crisis que trastornaba la nacion cesaria muy en breve por efecto de su misma violencia. Predecia á su madre y á Luisa dias mas bonancibles, en que podrian recuperar su rango y su fortuna. Mas por una estraña contradiccion, nunca participaba de las esperanzas que les daba: una y otra lo advertian; pero ninguna de las dos se atrevia á hacerle ninguna pregunta. En efecto, cada una de ellas se preguntaba á sí misma, qué puesto podria ocupar aquel en una restauracion, y ni una ni otra lo encontraba ó á lo menos no se atrevia á decirlo.

Saturnino era pues, el único que nunca se desprendia de su tristeza. Sobradas veces sentia no poder ir á visitar á Margarita; bien se hubiera atrevido á hablarla, pero Julien se lo habia prohibido es-

presamente.

—Esto sería dar margen, le habia dicho, á que la policia entrase en sospechas. Averiguarían el tiempo y el lugar donde habiais conocido á esa infeliz; y eso sería suficiente para que os arrestasen, y lo mismo á vuestra madre y á la eñorita de Paradeze.

Era pues, absolutamente indispensable que Saturnino guardase el secreto, que tan triste le ponía.

Cierta mañana que estaba en la esquina de su calle aguardando algú parroquiano, se acercó á él una jóven elegantemente vestida, y le entregó una carta y una moneda de plata, diciendole:

—Id á llevar esta carta á donde dice el sobre: dentro de una hora vendré aqui mismo á recoger la respuesta.

Saturnino se subió encima de su banco, y tocando ligeramente en los cristales del gabinete del pri-

mer piso , dijo á su madre y á Luisa , que trabajaban cerca de la ventana :—Dentro de una hora estare aquí.

Despues miró la carta y se estremeció al leer el sobrescrito.

—Perdonad... ciudadana , yo no puedo ir á llevar esta carta ; mi madre acaba de decirme que está mala y que me necesita.

La jóven que habia entregado la carta á Saturnino , y que hasta entonces no lo habia mirado , se puso á examinar sus facciones.

—Podeis buscar otro mandadero , añadió Saturnino.

La jóven seguia examinándole , sin hacer caso de sus palabras.

—Pero , si no me engaño , exclamó de repente , vos sois Saturnino.

Este , por su parte , miró tambien con mayor atencion á la que así le hablaba , y no pudo menos de conocer á una linda muchacha

llamada Coleta, que era bailarina en el teatro de Audinot. Ella habia conocido á Saturnino en sus buenos tiempos, cuando era el Rey de los bastidores en los teatros del *boulevard*.

— ¡Callad, Coleta, dijo Saturnino.

— ¡Ah! ¡Dios mio! exclamó esta... con que á tan triste condicion os veis reducido, pobre amigo mio... ¡Verdad es que caminábais muy de prisa: es muy bueno ser hijo del mayordomo de un gran señor... pero esto no puede durar siempre... El papá no estaria tal vez acostumbrado á tomar racion doble... y luego la revolucion precisamente les habrá cortado los viveres á los mayordomos de las grandes casas.

— La revolucion no me ha hecho daño en el sentido que pensais. Yo fui encarcelado.

— Cierto... cierto, dijo la bailarina, ahora me acuerdo... sí, con...

Paróse un poco, y luego conti-

nuó:

— ¡Pero cómo es que me hablabais de vuestra madre: me han dicho hace tiempo que habia fallecido en el convento, y que á vos os habian puesto en libertad precisamente por esa misma causa.

— Fue un rumor que yo esparcí, dijo Saturnino, para librarla de un nuevo arresto, y ahora que yo me veo obligado á ocultarme y á ocultarla, espero que no direis á nadie que me habeis encontrado, ni que mi madre existe.

— ¡Yo, hacer traicion á los amigos, exclamó la bailarina: sin duda la desgracia os hace injusto! En otro tiempo hubierais tenido mas confianza en mí; mas para demostraros que todavia soy vuestra amiga, aunque no me háyais tratado muy caballerosamente en el tiempo de vuestra prosperidad, cuento con amigos que tienen influjo, y si quereis que hable por vos...

—No, dijo Saturnino con viveza, os doy gracias: solo quisiera que me hicieseis un favor, y es, no decir á persona humana que me habeis encontrado.

—¡Hola! exclamó de repente la bailarina. ¡Cómo me está mirando desde la ventana aquella linda muchacha, al lado de la vieja... es vuestra madre?... y la jóven... ¡Caramba que linda es! pero no es hermana vuestra; ya sé que no teneis hermanas... será entonces vuestra...

—Silencio, le dijo Saturnino, pudiera oiros.

—No os incomodeis, que ya sé yo ser discreta cuando es menester, replicó la bailarina: ¿pero por qué no quereis llevar mi carta?... ¡Ah! ya comprendo, exclamó como reflexionando de improviso, sin duda sabeis que la persona á quien va dirigida es uno de los mas fogosos tribunos del club de los Jacobinos, que tiene grande influjo en el Ayun-

tamiento de Paris, y yo conozco que en la posicion en que os hallais debéis evitar encontraros cara á cara con él.

—¿Como, exclamó Saturnino, ese Guillermo Poiré tiene alguna importancia?

—¡Pues qué! ¿le conocéis por ventura?

—No, repuso bruscamente Saturnino; pero he oído hablar de él en los periódicos.

—¿En los periódicos?.... repitió la bailarina con aire sospechoso: eso si que me parece raro, puesto que nunca le designan mas que con el nombre de Cincinato, que ha tomado desde sus desavenencias con un tal Laligant Morillon.

—¡Morillon, repuso Saturnino! ¿donde diablos conocéis tanta gente?

—¿Y cómo es que vos no le conocéis? repuso Coleta. Morillon andaba siempre metido entre bastido-

res en nuestro teatro..... Pero en realidad, no podeis acordaros, porque ahora reflexiono que entonces era la época en que estábais en la cárcel. ¡Ay! ¡ay! era un buen compañero: en menos de medio año se gastó mas de cien mil francos que habia ganado en descubrir cierta conspiracion en el Delfinado, pero como esto no podia durar siempre, trató de buscar la vida por otro lado. Se fue hacia la Bretaña, pais endiablado, donde parece que hizo un buen negocio, porque volvió á Paris con los bolsillos atestados de dinero. Hubo alli en esta época siete ú ocho guillotizados, á lo que creo, él nos ha referido todas esas cosas; pero á fe que no me acuerdo mucho de ellas.

Saturnino escuchaba con una profunda sorpresa á esta muchacha del teatro, que de un modo tan indiferente y así como casual le contaba las tristes consecuencias de los

sucesos en que él habia tomado tanta parte.

Pero la bailarina continuó:

—Habia vuelto de mejor humor que nunca, y las comidas, las partidas de juego habian comenzado con mayor entusiasmo; cuando fue arrestado una mañana por denuncia de ese Guillermo Poiré, á quien él mismo habia mandado prender, tratando de enviarle al otro mundo muy bonitamente. Parece que Morillon, que se alababa de haber descubierto la conspiracion bretona, no habia hecho casi nada, y que Guillermo Poiré era quien habia contribuido principalmente al buen éxito de la empresa. A Morillon le formaron causa y al otro le llamaron á Nantes para que viniese á deponer contra él. No podré deciros cómo esto se ha verificado; pero el caso es que Morillon ha sido condenado y que Guillermo Poiré se encuentra hoy en el pináculo: es

amigo de Saint-Just, y como os decia hace un rato, si necesitais un protector, yo me encargo de recomendaros á él.

—Os doy gracias, contestó Saturnino, á quien este encuentro habia alarmado sobremanera. Me hallo bien así, y como no venga nadie á importunarme no quiero otro oficio para ganar de comer.

—No ganareis mucho en él, replicó la bailarina, si rehusais los encargos que os den las personas cuyas opiniones no os agraden.

—No creais que haya dejado por esa razon, exclamó Saturnino con impaciencia, de ir á casa del ciudadano Guillermo Poiré, ó Cincinato, sino porque es muy fácil que ese hombre me haga alguna pregunta.

—¡Ah! ya, repuso la bailarina, como quien encuentra de repente en su memoria algun recuerdo olvidado, ahora empiezo á entender

el asunto de vuestro padre, el viejo Fichet era mayordomo del marqués de Perbruck y el marqués de Perbruck y su hijo, ahora me acuerdo bien, estaban en la conjuración bretona. El viejo Guillermo me ha contado esto diez veces, y ahora apostaría cualquier cosa á que también estabais metido en ella.

—Os lo juro... exclamó Saturnino.

—¡Ah, no jureis, dijo Coleta, bien debeis conocer que á mí nada me va ni me viene en esto: únicamente puedo deciros una cosa, porque se la he oido muchas veces á Guillermo Poiré.

—¿Y qué es? exclamó Saturnino, que solo hablaba á ver si podia desengañarse de Coleta.

—¡Pardiez! yo no lo sé; pero he aqui lo que me ha dicho Guillermo:

«Tengo en mi poder un secreto que la marquesa de Perbruck

»me pagaria con la mitad de su
»fortuna, si supiese que yo lo po-
»seo.»

Saturnino que habia hecho ya un movimiento para marcharse, se detuvo de pronto.

— ¡Cosa estraña! exclamó dirigiendo una mirada hácia la ventana. ¡Con que Guillermo ha dicho eso!

— ¡Bueno, exclamó Coleta con impaciencia, ya hace media hora que os estoy hablando y todavia no se ha llevado mi carta á su destino; y sin embargo, quien sabe si le amenaza algun peligro. Adios, amigo mio, perded cuidado que á nadie diré una palabra; y si necesitais alguna vez de mí, continuo viviendo en la casa á donde soliais ir á cenar. ¡Oh! porque hallais cambiado de traje, no habré de olvidarme nunca que hemos sido buenos amigos, únicamente os advierto que si vais alguna vez á mi

casa , que sea de noche , pues es la hora del club : entonces siempre estoy sola , es decir, los dias que no trabajo.

Marchóse la bailarina dejando á Fichet muy alarmado por haberle descubierto , y mas lleno de curiosidad todavia con el supuesto secreto que poseia Guillerino Poiré , y que tanto interesaba á la marquesa de Perbruck.

Esta , que asi como Luisa , se admiraba de que la conversacion fuese tan larga , habia hecho una seña á su hijo para que subiese.

Saturnino no vaciló en decirle todo lo que Coleta le habia comunicado. Les anunció que iba á mudar de casa , y que su propósito era ocultarse en algun barrio , donde estuviese menos espuesto á encontrarse con gentes que pudiesen conocerle.

Estaban deliberando todos tres sobre el partido que convenia to-

mar, cuando Julien entró de improviso. Su frente aparecía colmada de gozo, y su respiracion era interrumpida y sofocada por la misma prisa con que habia venido corriendo.

— ¡Luisa, Luisa, dijo precipitadamente al entrar, os he prometido cumplir la obra que habiais intentado en vano. He aqui, añadiendo, mostrando una carta que traia, he aqui la destitucion de Carrier. Parto dentro de una hora; voy yo mismo á llevarla: al cabo de algunos dias estaré de vuelta. Ya veis, Luisa, he cumplido mi palabra: no os olvideis de la vuestra.

La señorita de Paradeze bajó la vista confusa y avergonzada, y Saturnino, á pesar de la nobleza de sus sentimientos, no pudo reprimir del todo un movimiento de cólera contra aquel á quien debía la vida. Sin embargo, logró calmar el primer arrebató de su corazon, y le

dijo á Julien:

—Debo manifestaros, que justamente cuando llegábais estábamos deliberando sobre la necesidad que tenemos de mudar de habitación.

—Sí, dijo Luisa, y como después de lo que acaba de comunicarnos Saturnino, pudiera ofrecer algun peligro para nosotros el dejar aqui las señas de la casa á donde iremos á buscar un retiro mas seguro, tal vez no nos encontrarais á la vuelta, ó acaso pudierais creer que yo habia tratado de evadirme con la fuga, del reconocimiento que os he prometido.

—No, Luisa, no, exclamó Julien, jamas supondria yo semejante cosa; pero bien pudiera temer que sucediese alguna desgracia durante mi ausencia, y á prevención he sacado un certificado de civismo que aqui teneis. Por otra parte, ¿quién puede ser esa persona cuya persecucion temeis?

—Es un nantés que se llama Guillermo Poiré, dijo Saturnino. Pertenece al club de los jacobinos, y es muy amigo de Marat.

—Se han divertido en meteros miedo con un fantasma, repuso Julien, yo no conozco á semejante hombre.

—Tambien se llama Cincinato segun me han dicho.

—¡Ah! exclamó Julien, eso es otra cosa; Cincinato, si, le conozco; es el corresponsal de Carrier sin embargo, no os alarmeis por eso, y si por ventura se atreviese á atormentaros, contentaos con decirle que Carrier está depuesto, que todos cuantos han sido agentes suyos, tendrán que dar cuenta de su conducta al comité de salvación pública. Además, el papel que acaba de entregaros podrá servir de salvaguardia hasta mi regreso. Dios, que no puedo detenerme más. Es preciso que Carrier sea derri-

bado antes que pueda tener la menor sospecha del menoscabo de su crédito.

Salió Julien, dejando á cada uno de los tres personajes de esta escena entregado á diversas reflexiones.

Mad. de Perbruck se preguntaba cual podia ser el secreto que tanto le interesaba, y de que era dueño Guillermo Poiré. Luisa inclinada sobre su labor, dejaba correr silenciosamente las lágrimas que se agolpaban á sus ojos. Saturnino, en vez de volver á su puesto acostumbrado, parecia olvidarse de que tenia que ganar el pan, como todos los dias: se habia sentado en el sitio donde estaba: la noticia que Julien acababa de darles, y que seis meses antes consideraban como un sueno imposible, los habia dejado sumidos en la mas profunda tristeza. Luisa fue la primera que sa-

lió de aquel estupor; estaba acostumbrada á ver á Saturnino ensimismado en un silencio receloso; pero aquel día parecia haber llegado al extremo de la desesperacion. Estuvo contemplándole largo rato, sin que él la percibiese, y al verle asomar tambien las lágrimas á los ojos, dijo entre dientes:

—¡ Ah! ¡ esto es demasiado!

Estas palabras escapadas á Luisa, sacaron á Saturnino de su triste meditacion: levantóse de pronto y se dispuso á salir.

—¿ A dónde vas? le preguntó con inquietud su madre.

—A hacer algunos mandados... si se presentan.

—¿ Pero no te da cuidado ese secreto que dicen que ese miserable posee?

—¡ Ah! perdonad, madre mia, dijo Fichet, me habia olvidado ya de que os interesaba.

—¡A mí! exclamó Mad. de Perbruck. ¡Oh, si no es mas que á mí, nada importa. Yo habia pensado que eso podia tal vez interesarte á tí.

—¡A mí, madre mia! dijo Saturnino ¿y en qué sentido? ¿qué puedo yo esperar ya de la vida?... Si os es tan indiferente como á mí ese secreto, no aventuraré siquiera el perturbar la seguridad de que gozamos para obtenerlo de esa persona. Pero reflexionadlo bien, añadió, ved lo que quereis, pues yo estoy dispuesto á todo.

Despues de haber hablado de esta manera, salió Saturnino y dejó á su madre sola con Luisa. Aparentaba esta no haber oido nada, y volvió á proseguir su tarea. Mad. de Perbruck se acercó á ella.

CAPITULO LXIII.

Luisa , le dijo la marquesa , tengo que pedir os un favor.

— ¡ Un favor , señora ! dijo Luisa con cierto tono de suave reconven-
cion , esa es una palabra que no debiera pronunciarse nunca entre nosotras. ¿ Qué quereis que haga ? Decidmelo , pues harto convencida debeis estar de que todo cuanto yo puedo hacer os lo debo.

—Gracias, Luisa, contestó la marquesa. Conozco la nobleza de vuestros sentimientos, pero lo que ahora tengo que pedir es muy delicado; hay cosas en las cuales parece imposible que tome parte una jóven. Sin embargo, la desgracia tiene necesidades imperiosas, y no deja lugar á la eleccion de los amigos, á quienes uno pueda recurrir.

—Y ademas, añadió Luisa tristemente, da á las mas jóvenes una esperiencia que les permite comprenderlo todo.

—¡Pues bien! hija mia, repuso Mad. de Perbruck, sin duda habreis observado la tristeza de Saturnino.

—Su tristeza... replicó Luisa, no pudiendo disimular su emocion, sí por cierto. Está triste, como lo estamos nosotras: la época fatal en que vivimos, la miseria que experimentamos, esplican demasiado esa

tristeza.

—No, hija mia, esa tristeza tiene otra causa. Ni el horror de estos tiempos funestos, ni nuestra actual pobreza son suficientes motivos para abatir un corazon tan enérgico como el de Saturnino: desgracias de ese género no hacen decir á un hombre lo que él acaba de decirnos: no son esas desgracias las que le obligan á despreciar hasta la misma existencia. La vida ofrece siempre al desgraciado probabilidades de mejora para el porvenir, á no ser que entre él y este porvenir se eleve uno de esos obstáculos, que no puede allanar poder humano.

—Acaso tengais razon, dijo Luisa bajando los ojos, pero el corazon se consuela aun despues de perdida una esperanza. ¡Ah! ¿quién de nosotros no habrá visto morir alguna de las personas en quienes habia cifrado su felicidad? Y sin embargo vivimos y hablamos con cierta cal-

ma de una desgracia, que en un principio no nos parecia susceptible de consuelo.

—Es que semejantes desgracias admiten reparacion: un amor perdido se reemplaza con otro. Pero, añadió la marquesa vacilando, cuando no hay nada que pueda librar-nos de la posicion fatal en que la suerte nos ha colocado, entonces se pierde hasta la última esperanza.

—¿Qué quereis decir con eso, señora? exclamó Luisa, que se habia equivocado acerca del objeto de las preguntas de la marquesa, y que la miraba llena de asombro.

—No hace dos meses, dijo Mad. de Perbruck, que Saturnino se consideraba hijo de una familia humilde aunque honrada: el apellido que hasta entonces habia llevado no era ilustre, pero merecia grandes consideraciones por la probidad y honor de los que se lo habian dado.

Este apellido, Saturnino lo creia

suyo, y debereis recordar la energía con que defendia su lustre y su pureza en el encuentro que tuvo en la Rouarie con el conde de Perbruck: ese nombre por oscuro que fuese, podia abrigar la esperanza de hacerlo famoso, vos conoceis demasiado á Saturnino para dejar de persuadiros de que lo hubiera conseguido. Pues bien: este nombre, le he dicho que no le pertenecia, y que lo debia únicamente á la compasion de dos fieles servidores, y en lugar de este nombre que le he arrebatado, no he podido darle otro.

Luisa se mostró como aliviada de un terrible peso, desde que la marquesa se esplicó con claridad sobre el motivo á que atribuia la tristeza de Saturnino. Acaso en el fondo su alma habia supuesto que otra causa daba margen á esta melancolia; pero, aun sin convencerse de que Mad. de Perbruck tuviese toda

la razon que creia, Luisa no pudo menos de darse por muy contenta de no tener que manifestar su opinion acerca de los sentimientos que agitaban á Saturnino.

—Tal vez tengais razon, le dijo á la marquesa; pero Saturnino es un hombre de un talento bastante claro para no participar de esa injusta preocupacion, que hace un crimen de lo que no es mas que una desgracia.

—No decis lo que pensais, Luisa, contestó la marquesa: ¿considerarais como preocupacion esa noble altivez que os impide entregar vuestra mano á un hombre sin nombre?

Ruborizóse Luisa, y la marquesa continuó:

—El respeto á la nobleza es una virtud que se habia olvidado en Francia hasta un extremo reprehensible, y hoy vemos los funestos resultados de este olvido. Pues bien,

ese sentimiento que nosotros experimentamos, lo experimentan tambien las gentes de clase secundaria, y para ellos la nobleza es la legitimidad de su nacimiento... Además, la posicion de Saturnino es enteramente escepcional.

—Pero el nombre de Fichet, repuso Luisa, que él no quiere, puede no obstante conservarlo, sin que nadie se atreva á disputárselo.

—Basta que sepa que no le pertenece, para que se niegue á aceptarlo.

—¿Qué quereis, pues, que yo le diga, repuso Luisa de Paradeze, ni qué consuelo se le puede ofrecer en una desgracia semejante?

—Quisiera que supiéseis de su boca lo que él jamás se atreveria á confesarme; y cuando yo esté segura de la verdad haré lo que he resuelto.

—¿Y qué es lo que pensais hacer?

—Tal vez lo desaprobais, Luisa, y á la verdad seria inútil: desde ahora conozco que las razones que me dais son justas, honrosas, pero yo misma las desecho cuando se presentan á mi imaginacion. Interpelad á Saturnino, procurad darme la certeza de lo que yo sospecho nada mas, y entonces cumpliré el sacrificio que debo hacer por un hijo desgraciado.

—Haré cuanto decis, señora, contestó Luisa.

La señorita de Paradeze estaba mas aturdida de lo que parecia, con el encargo que se le habia dado. Aunque encontrase justo el que Saturnino padeciese por efecto de la situacion en que se veia, otra cosa le hacia creer que no era aquel el principal motivo de su desaliento. A pesar de todo se decidió á terminar este asunto, prometiéndose escoger la primera ocasion que se presentase de interrogar á Satur-

nino.

Este paso era difícil en los hábitos de la vida que hacian. Todos tres vivian á un mismo tiempo en una habitacion. Mad. de Perbruck se encargó de buscar un pretesto para dejar á Luisa sola con Saturnino aquella misma tarde. Pero su inquietud fue grande cuando llegó la noche y Saturnino no parecia: pasóse la mayor parte de la noche en aguardarle, y ya eran las doce cuando llegó. Preguntáronle el motivo que contra su costumbre le habia detenido tanto tiempo fuera de casa.

—Un viaje muy largo, contestó, una carga de mucho peso que he tenido que llevar.

Cuando Saturnino daba un pretesto semejante de su ausencia, traia siempre consigo la justificacion. Era esta el salario del trabajo, el cual entregaba inmediatamente á su madre. Aquella noche no traia nada. Una

mirada significativa de Mad. de Perbruck advirtió á Luisa la necesidad de una pronta esplicacion. Pero la hora era demasiado avanzada para que Mad. de Perbruck pudiese retirarse, y así fue preciso aplazar la esplicacion para el siguiente dia.

Este dia salió Saturnino antes que nadie se hubiese levantado. Dos líneas que dejó encima de la mesa del gabinete donde dormia, enteraron á su madre de que no volveria hasta el dia siguiente; y que por lo mismo era inútil aguardarle de noche. Decia haber encontrado una ocupacion extraordinaria, que le producía muy buenas ganancias para dispensar á Mad. de Perbruck del trabajo incesante á que tenia que dedicarse para subsistir. Vino la tarde, pasó la noche, y Saturnino, no tenia trazas de volver: así trascurrieron tres dias. Por fin, el cuarto, llegó á la hora de ce-

nar; venia pálido y como estenuado de cansancio.

Reprendióle su madre por tan larga ausencia y por el trabajo excesivo á que se habia entregado.

—¿Qué importa, madre mia, le contestó, con tal que dentro de unos dias pueda reunir lo suficiente para ponerlos á cubierto de esa miseria para la cual no habeis nacido.

—¿Por ventura me he quejado de ella alguna vez, Saturnino?

—No, repuso con amargura, pero no puedo yo consentirla, me humilla hasta no mas. Tomad, añadió, ahí están quinientos francos que he ganado ya en estos tres dias; esto merece la pena de cansarse un poco.

Habia en el modo de contestar de Saturnino cierta sequedad que no le era habitual.

Mad. de Perbruck no dijo una palabra mas, pero no bien concluido

yó la cena, salió á llevar unos bordados á la tienda, para la cual trabajaban ella y Luisa. Saturnino quiso acompañarla, mas ella se opuso formalmente.

Así que se marchó la marquesa, Saturnino se preparó para salir; estaba mas triste y sombrío que nunca.

—Tengo que hablaros, Saturnino, le dijo la señorita de Paradeze ¿no quereis quedaros?

—¡Teneis que hablar conmigo! exclamó Saturnino con una emocion estraña.

—Sí, dijo Luisa, de parte de vuestra madre.

—¡Ah! exclamó Saturnino con abatimiento, de parte de mi madre; pues hablad.

Y se sentó como un niño obstinado y obediente á la vez, que conoce en su interior la inutilidad de lo que le van á decir. Luisa repuso entonces con voz tranquila

y reposada :

—Su madre ha observado vuestra tristeza y amor á la soledad, lo cual la alarma sobremanera y desea saber cual es la causa.

—Si ella me lo hubiera preguntado, tal vez yo se la hubiera dicho.

—Habrá recelado suscitar semejante punto, dijo Luisa: se figura que la posicion en que os hallais....

—La pobreza, dijo Saturnino con indiferencia, la conservaré como un manto, mientras sea necesaria para encubrirnos: el dia en que me canse, ó el dia en que mi madre la considere demasiado gravosa, vereis como la hago desaparecer al momento. La miseria solo puede ser patrimonio de la pereza ó de la incapacidad absoluta: yo no la temo.

—No me habeis comprendido Saturnino; al hablaros de vuestra

posicion, no ha sido mi ánimo decirlos que estuviéseis cansado de la vida miserable que llevais: barto os estimo, y vuestra madre no os estima menos que haya podido dar entrada en su corazon á tan mezquino sentimiento: yo entiendo, ó mas bien ella entiende por vuestra posicion, la desgracia que hace... Perdonadme, pero yo no quisiera ofenderos..... la desgracia en virtud de la cual os negais á llevar un nombre que hasta hace poco habiais creído vuestro, sin poder tomar el que os pertenece. Pues esta posicion es á la que Mad. de Perbruck alude.

—Muy humillante debe ser sin duda, exclamó Saturnino con asombro, quando mi misma madre supone que es suficiente para causar mi tristeza.

—¡No permita Dios, repuso Luisa, que venga yo á decirlos cosa alguna que pueda disgustaros;

pero vuestra madre ha podido creer que os ofendia eso.

—Ni siquiera habia pensado en semejante cosa, contestó Saturnino, y venis á demostrarme que todavía tengo que agregar un disgusto mas á los muchos que sufro.

Luisa guardó silencio: tenia el corazon oprimido. La pregunta que naturalmente debia seguir á la respuesta de Saturnino, no podia menos de reducirse á cuales eran esos disgustos de que hablaba; pero no se atrevió á dirigirsela, y continuó con voz alterada:

—¿ Con que podré decir á vuestra madre que á lo menos hasta hoy, no habeis sufrido el dolor que ella suponía ?

—No, dijo Saturnino con decision, y tal vez llegará un dia en que sea para mí un consuelo la idea de no pertenecer á nadie.

—¿ Qué quereis decir ? exclamó Luisa llena de sorpresa.

—¿Qué os importa? replicó Saturnino tristemente. Solo os daré algunas esplicaciones para que se las trasmitais á mi madre, ó mas bien yo mismo se las daré, si tenéis algun reparo en hacerme este servicio.

—¿Y por qué dudais de mí?

—Yo no dudo de vos, señorita; pero la espongo á oír cosas que tal vez no podrá comprender.

—Supongo que no me direis ninguna que no pueda oír una jóven de boca de un jóven.

—No es eso, sino que tal vez disgustarán á la señorita de Paradeze, á la heredera de una familia noble.

—Os olvidais de el lugar que ocupo, dijo Luisa; ademas, he prometido á vuestra madre llevarle una respuesta.

—Pues bien, dijo Saturnino con tono resuelto, decidle que mi posicion no me ha preocupado nun-

ca. Amo á la buena muger que me ha educado, por su virtud, su honor y la ternura con que me ha protegido en mi niñez. Amo y respeto á mi verdadera madre por su virtud tambien y por lo mucho que ha sufrido; pero en el fondo de mi corazon, lo mismo me da llamarme Fichet ó llamarme Perbruck. Cada uno, á mi modo de ver, no vale mas que por sí mismo. El nombre que la suerte me ha negado, tal vez me hubiera hecho vano y orgulloso, si hubiese sido educado con las ideas de que la nobleza de sangre es un mérito, mas yo no opino así; y ademas, aun suponiendo que yo hubiese heredado el nombre que me pertenece, sabeis tan bien como yo, que no tenia que añadirle glorias, sino quitarle alguna mancha vergonzosa. Si tal hubiera sido mi mision en el mundo, la hubiera aceptado sin quejarme: el último crimen de mi padre me ha librado

de ella. Acepto, pues, mi posición tal como es. Que me llame Perbruck, Fichet ó simplemente Saturnino, me importa poco; por que el niño perdido, sin nombre, sin fortuna, sin apoyo, ha tenido bastante energia para adquirir un nombre, una fortuna y llegar á ser el apoyo de los demas.

— ¡Pero, dijo Luisa trémula y agitada, habeis perdido ya esa energia?

— No, señorita, sino que ya nada de todo eso me es necesario.

— ¿Y porqué? preguntó Luisa, cuyo pecho sofocado, apenas podia conter la emocion que experimentaba.

— Porque toda ambicion tiene un objeto, todo esfuerzo exige una recompensa.

— ¿Por ventura no son suficiente recompensa las consideraciones y la gloria?

— Podrán muy bien ser el tér-

mino del triunfo, pero no son la corona, á lo menos para mí, tal como me encuentro hoy.

Luisa lo miró; ya no lo comprendia.

— Tal como os encontrais hoy habeis dicho?

— Quizá llegue algun dia, continuó Saturnino amargamente, en que haciéndome egoista como la mayor parte de los hombres, ó malvado como muchos de ellos, volveré á encontrar en mí mismo ese anhelo de porvenir, solo para mi satisfaccion personal, ó tal vez para hacer de ella un objeto de envidia á los ojos de los demas; pero todavia no estoy en ese caso. Yo habia soñado, por ahí conocereis mi locura, que con el tiempo podria decir á cierta persona: Nos hemos encontrado pobres los dos, proscriptos, perseguidos. Y sin embargo, aun en medio de esta desgracia comun, nos separaba una inmensa distancia: yo era un miserable

sin nombre; vos la desgraciada heredera de una familia ilustre. Entonces dije yo para mí: empezaré restituyéndola, aunque soy miserable, al rango que le correspondia, y una vez alli colocada, mucho mas lejos de mí de lo que antes la veia, únicamente le diré una palabra: ¡Aguardad! Y cuando al cabo de algunos años haya llenado esa distancia con la fama, la fortuna y las consideraciones que haya adquirido, vendré á pedirlos lo que constituye la verdadera recompensa de toda ambicion... un cariño afectuoso que alarga la mano y se convierte en palabras de gratitud.

Luisa estaba conmovida: gruesas lágrimas corrian de sus ojos, su mano temblaba terriblemente.

Saturnino hizo una pequeña pausa, pero Luisa no desplegó sus labios. Entonces se levantó tranquilamente y dijo:

Esa esperanza no la he tenido

mas que algunos dias; pronto conocí que me estaba prohibido abrigar semejante sentimiento. Asi es que he tratado de alejarlo de mi corazon. Le pido perdon por habérselo comunicado; aunque verdaderamente, añadió con amargura, no debeis saber á quien iba dirigido.

Dicho esto, salió de la habitacion, volviendo de nuevo á su gabinete, donde debia pasar la noche.

Poco tardó en venir Mad. de Perbruck, y viendo á Luisa llorando, la preguntó:

—¿Qué es eso, Luisa mia?

—¡Ah! exclamó echándose en sus brazos, bien sabia yo lo que habia... me ama.

—¿A vos, Luisa? ¡Ah! ¿por ventura no considera ese amor como una ofensa?

—¿Y con qué podria ofenderme?

—Su posicion miserable.

—¡Oh, señora, dijo Luisa, qué importa su posicion. No es eso lo que me ha obligado á aparentar que no le comprendia, á dejarle salir desesperado.

—¡Pues cómo! ¿no habeis tenido una palabra de consuelo para el infeliz?

—¿Y qué podia decirle?

—¡Ah! ¿con que le aborreceis?

—¡Santo cielo! exclamó Luisa, ¿será posible que se interprete asi mi desesperacion?

—¡Vuestra desesperacion! dijo la marquesa. ¿Pues cómo se explica que el amor puede causaros tanto disgusto?

—Es porque yo le amo tambien! exclamó Luisa, deshaciéndose en lágrimas.

—¡Con que le amais y le haceis desesperar!

—¿Por ventura soy libre? replicó Luisa.

— Sois huérfana , y basta vuestra voluntad para que podais disponer de vuestra mano.

— ¿ Os olvidais de lo que he prometido á Julien ?

— Julien , repuso Mad. de Perbruck. ¿ Pero no podemos sustraernos todos al poder de ese hombre ?

— ¡ Y dejar perecer á la infeliz que ha ocupado generosamente mi lugar !... ¡ Oh , no , no... Los tormentos que esta desgraciada amiga ha sufrido ya por causa mia , hallan un eco muy fuerte en mi corazón. Yo no quiero que su sangre derramada venga á perseguirme en el seno de la dicha que haya comprado á ese precio. Saturnino mismo lo rehusaria , señora , me miraria con desprecio si á tanta costa le ofreciese mi mano ; y él tambien se rebajaria á mis ojos , por aceptarla de esa manera.

— ¿ Con que luego , repuso la mar-

quesa con abatimiento, sereis la esposa de Julien?

Estremeci6se Luisa, y despues de un momento de silencio, respondi6 con aire sombrío:

—No lo sé, pero jamás quisiera engañar á un hombre á quien todos debemos la vida.

Al dia siguiente sali6 Saturnino muy de madrugada, y volvi6 á medio dia, alegre y contento por demas. Luisa lo mir6 con admiracion y tristeza.

—Madre mia, y vos señorita, es necesario que yo os refiera lo que he hecho estos últimos dias, porque al fin debo daros cuenta de mi conducta.

Luisa dirigi6 una mirada á la marquesa. Si despues de la confidencia que habia hecho á la madre de Saturnino, hubiera visto esta á su hijo, Luisa hubiera podido creer que le habia hablado de su amor. Pero Mad. de Perbruck estaba no

menos asombrada que Luisa del cambio ocurrido en el semblante de Saturnino.

—¿Porqué me mirais así? continuó tranquilamente. ¿Creeis que si tengo alegría en el corazon, será porque me haya sucedido alguna cosa que á mí en particular me sea provechosa? No por cierto; sino porque podré repartirla con vos, madre mia, y con vos, Luisa.

—¿Conmigo?

—Sí, con vos, repuso gravemente Saturnino. No puedo aseguraros que sea una certeza, eso no podré hacerlo; pero sí una esperanza muy fundada, y así quiero que participéis de ella.

—No debeis callar, exclamó Luisa, de la parte activa que tomaré en todo cuanto pueda haceros feliz.

—Tambien teneis vuestra parte. Mirad, añadió con efusion; no sé si me comprendereis, pero yo considero

que es una gran fortuna desembarazarse, si bien de un modo honroso, de ciertas obligaciones..... difíciles de cumplir. Cuando uno tiene honor, añadió Saturnino, cuya voz temblaba, sabe sacrificarlo todo á sus promesas, y es muy justo; pero cuando viene un amigo, ó la misma casualidad, y le libra á uno de ellas...

—¡Santo Dios! exclamó Luisa, habriaís tal vez.....

—He... he... dijo Saturnino, permitidme que os refiera todo cuanto he hecho.

—¡Oh, madre mia! dijo Luisa en voz baja á Mad. de Perbruck, nos ha oído..

—Oigámosle, dijo la marquesa.

CAPITULO LXIV.

La marquesa y Luisa se colocaron frente á Saturnino, que la contemplaba como embriagado de gozo.

Luisa tenia los ojos bajos, pero una satisfaccion interior, una esperanza llena de curiosidad maban su fisonomía.

—Os he referido, les dijo Saturnino, mi encuentro con la

leta, la bailarina del teatro Audinot: es una buena muchacha, incapaz de hacernos una traicion, pero bastante habladorzuela para conservar mucho tiempo nuestro secreto. He tratado, pues, de saber como estaba ahora, y he ido á su casa el mismo dia de nuestro encuentro. Pido entrada: contestanme que no puede recibirme: le mando á decir que soy el mozo á quien habia entregado una carta por la mañana, que quiere hablarle, y al momento me hace entrar.

Desde luego conocí que habia hecho muy bien en ir á verla, por que la primera palabra que oí al entrar, fue esta, que dirigió á un sugeto que estaba sentado cerca de la chimenea:

—«Precisamente aqui le teneis!

—«¡Ah, ah! contestó aquel, ¿ese Saturnino Fichet? Muy bien, muy bien!»

Figuraos un hombre de treinta años lo mas, pero muy pálido, flaco, encogido y casi calvo; por el desórden, ó mejor dicho, por la asperoso de su traje, seguramente le hubiera creído algun libertino de baja esfera, si la sagacidad de sus miradas y cierto no sé qué de atrevimiento en su semblante, no me le hubiesen presentado desde luego como un hombre superior.

Este hombre se volvió hacia mí, y me dijo en tono brusco:

—¿ Sois discreto? ¿tendreis bastante destreza y voluntad para ganar mucho dinero?

A estas preguntas le contesté diciendo, que podia abonar mi discrecion, que trataria de acreditarle mi destreza siempre que la emplease en cosas honrosas. Se echó á reir, y continuó diciéndome:

—No os pregunto si teneis destreza del Escapin de Moliere, del Fígaro de Beaumarchais; yo

pregunto si sereis capaz de dirigir una hornilla , manejar una caldera , un alambique , etc. etc. etc.

— Sé hacer uso de mis manos, le dije , pero debo manifestaros que soy completamente extraño á los secretos de la química ; porque yo supongo , por las palabras que habeis pronunciado , que quereis ocuparme en operaciones químicas.

— Eso es precisamente , contestó, y lo que sobre todo necesito es que no entendais una palabra de química.

— Lo que es en eso no necesito abono , yo mismo puedo responder de mí.

— Pues bien , amigo mio , os explicaré el negocio de que se trata. La república francesa encuentra tantos soldados como quiere , y le fabrican de buena gana todos los fusiles que necesita , pero se vé muy embarazada para equipar á sus soldados ; necesita suela para las

fornituras , para los zapatos , para las monturas , y ya no hay lo suficiente en Francia para tanto consumo ; porque la suela no se hace en cuarenta y ocho horas , pues , segun los métodos ordinarios se necesitan muy cerca de dos años para que una piel de buey ó de caballo esté en disposicion de usarse. Ahora bien : yo estoy empeñado en sustituir estos procedimientos lentos y costosos , con un medio sencillo , cuya duracion no pase de ocho dias. Una vez obtenido , pienso ganar millones. Pero antes de esto , es menester hacer muchos experimentos. Hace cuatro dias que estoy trabajando sin poder conseguir nada ; como estoy solo , cuando mis experimentos van bien por una parte , no puedo atenderlos por otra. He querido que me ayudase un aprendiz de química , pero como me hubiere comprendido demasiado , podria suceder que al cabo de po-

cos dias conociese mi secreto, y á la verdad, no quiero participárse-lo á nadie. Mandé pues, á buscar un jornalero; pero este no entendia ni aun lo mismo que le explicaba; así es que me hizo saltar con laboratorio y todo. Deseando estaba saber de alguno que no fuese tanto como el primero, ni tan poco como el segundo, cuando casualmente me habló de vos Coleta. Sois por consiguiente el que me conviene; espero que no tendreis ningun reparo en servirme.

Este modo brusco de hablarme no me ofendió en manera alguna: se conocia que era característico de aquel hombre independientemente de la persona á quien se dirigia. Por otra parte, lo que me decia era sumamente verosimil y razonable. Acepté, pues, su propuesta.

—Entendámonos, me dijo. Segun lo que me ha dicho la Coleta, sois

hombre capaz de adivinar perfectamente á pesar de vuestra ignorancia, la combinacion química que yo quiero obtener; pero ademas, os encontrais en una posicion á propósito para ser discreto: por razones que ignoro y que no me importa saber, parece que os veis precisado á ocultaros, es decir, que si os descubriesen, correriais gran riesgo de pagar con vuestra cabeza, como otros muchos, el haber disgustado tal vez á algun zapatero de viejo de vuestro barrio, ó de haber tenido amigos ó protectores en el partido realista. Mas, sed discreto, amigo mio, y yo os prometo hacer vuestra suerte, obtener perdon para vos y para todas las personas, en cuya salvacion os halleis interesado. Cuidado con desplegar los labios, porque entonces os hago cortar la cabeza. ¿Me habeis comprendido? Ese es el negocio, ni mas ni menos.

si
hi
ac
nu
pr
ga
cia
he
br
esp
dac
que
has
ba
alg
tra
-
test
apa
dos
que
ceri
cua
ello

Yo estaba sumamente triste, prosiguió Saturnino, el día que se me hizo esta proposición estraña: la acepté solo con el objeto de aliviar nuestra posición y á ver si podía prestar un socorro á la infeliz Margarita. Estos pocos días de ausencia que he pasado fuera de casa, los he empleado en ayudar á ese hombre en sus trabajos; y al ver su espíritu emprendedor, su originalidad, la indiferencia casi cínica con que hablaba de todos los partidos, hasta del mismo á quien sirve, me ha parecido que no había peligro alguno en fiarle el secreto de nuestra situación.

—Yo os sacaré de ella, me contestó; sabeis mucho mas de lo que aparenta; pero yo me fio de vos por dos razones poderosas. La primera, que no teneis ningun interés en hacerme traicion; la segunda, que aun cuando tuviéseis algun interés en ello, no os hallais en estado de pensar

en semejante cosa.

—¿Y por qué?

—Porque estáis enamorado, respondió bruscamente.

—¡Te ha dicho eso! exclamó Mad. de Perbruck llena de sorpresa, mientras que la señorita de Paradeze bajaba la vista.

—Sí, madre mia, repuso Saturnino, y sin embargo os juro que no le habia hecho la menor confianza que pudiese darle motivo para hablarme en esos términos; pero si supiéseis, añadió Saturnino sonriéndose, cuán extravagante es ese hombre, no os admiraríais de semejante salida. Y como yo mismo le hubiese manifestado mi sorpresa, añadió:

—«Cuando uno es jóven, vigoroso, inteligente y de buena figura, no se tiene esa cara de ajusticiado que traéis, aun cuando se corra el riesgo de que le corten á uno la cabeza: por consiguiente el estar triste, consiste sin duda en estar enamo-

rado.

—Y lo habia adivinado, ¿no es verdad, Saturnino? repuso Mad. de Perbruck.

—¡Oh, madre mia! no me preguntéis nada de eso: es mi secreto: los que lo hayan adivinado, deben guardarlo, como yo guardo lo que he podido saber. Hay cosas que no deben decirse hasta el dia en que puedan manifestarse sin temor para el corazon que las dice como para el corazon que las oye.

Luisa estendió la mano hacia Saturnino, diciéndole con voz suave:

—Continuad.

—Pues bien, prosiguió Saturnino, ayer noche por un milagro que no puedo comprender, he adivinado cual era el obstáculo, que habia hecho fracasar veinte veces nuestros experimentos en el mismo punto de ir á rematarlos, se lo indiqué á ese hombre á quien auxiliaba en sus investigaciones, y entonces me abra-

zó diciendo:

—Pídeme lo que quieras y te lo daré.

Yo sabia cual era vuestra penuria; por entonces no pensaba en otra cosa: asi, pues, solo le pedí dinero. Me dió mucho mas de lo que yo esperaba, aunque segun me dijo, mucho menos de lo que me debia, pues que trataba de asociarme á su empresa.

Esta fortuna inesperada, este porvenir que ayer noche se abria delante de mis ojos, me causó una tristeza inesplicable. Cuando el corazon padece, los halagos de la fortuna son un cruel sarcasmo. Apenas me atrevia á aceptar una pequeña parte de las proposiciones que me hizo en los primeros arranques de su júbilo. Pero esta mañana ya no era lo mismo; queria ser rico y poderoso; queria principalmente que no se pagase con una sola persona el rescate de gratitud que debemos

al que nos ha salvado.

—¡Y bien! dijo Luisa con ansiedad.

—Durante los largos días y las no menos largas noches que he pasado con este hombre, continuó Saturnino, hemos hablado de mil objetos diferentes. Veinte veces recayó la conversacion sobre Robespierre, á quien conoce mucho y que se interesa estraordinariamente en el buen éxito de sus tentativas.

Tambien me ha hablado de casi todos los hombres célebres é influyentes de nuestra época, con los cuales está en relaciones: yo mismo le hacia preguntas sobre este objeto á fin de poder mezclar en tales cuestiones un hombre que á todos nos interesa. Cierta dia que me hablaba de Robespierre, le pregunté quien era ese Julien, en quien su patrono tenia una confianza tan ilimitada.

—Es un niño, me respondió Le-

guin (que así se llama este hombre), cabeza muy exaltada, que en tiempo de los emperadores romanos hubiera hecho un buen mártir; que si hubiera nacido marques de Saint-Julien, se encontraría probablemente á estas horas al frente de alguna partida vendeana; pero que habiendo nacido en el pueblo, sueña con la libertad como con una divinidad sangrienta, porque no la ha conocido con otro carácter: sin embargo, todo ese fuego se apagará con el tiempo.

—¿Le creeis por ventura capaz de ser generoso?

—¿Cómo entendeis eso? me replicó.

—Suponed, le contesté, que una jóven le hubiese prometido su amor, en cambio de la salvacion de un amigo que él la hubiese ofrecido: ¿Creeis que la perdonaria, si llegase á descubrir que esta jóven ha consagrado su amor á otro, y que

no seria capaz de vengarse de ese proceder á que pudiera darse el nombre de traicion?

Yo temblaba al pronnnciar estas palabras, al paso que Leguin me dirigia miradas escrutadoras.

—¡Diablos! repuso, eso es muy sério: á nadie le gusta pasar plaza de tonto, y á Julien menos que á nadie. Tiene una cabeza mas dura que de hierro, y que se vuelve de fuego cuando la pasion le exalta: estoy seguro que en un momento de cólera, seria muy capaz de enviar á todos á la Consergeria, y una vez allí, solo Dios podria sacarlos.

—Pero, exclamó Mad. de Perbruck algo agitada, ¿le habian dicho ya que ese Julien era el que nos habia salvado?

—No, madre mia, repuso Saturnino; pero este hombre parece hallarse dotado de cierto espíritu profético: creia yo haberle interrogado

de la manera mas indiferente del mundo, y ya sabia el secreto de mi corazon, y todos mis tenores. Púsose á reflexionar un rato, y al fin me dijo:

Dejemos que vuelva Julien, y procurad no darle á entender ni vuestro temor, ni vuestras esperanzas. Yo me entenderé con él, si el asunto puede manejarse, yo me encargo de arreglarlo; y si Julien no se aviniese á la razon, emplearemos medios eficaces.

He ahí lo que me ha dicho esta mañana, y si con ello estoy ya tan alegre y tan gozoso, es porque creo que es un buen anuncio para todos nosotros.

—¡Oh Saturnino, Saturnino! dijo Luisa cogiéndole una mano, ahora bien os lo puedo decir, yo..... ¡Oh, no, repuso avergonzada, todavia no me atrevo: seria tal vez tentar á la desgracia: aguardemos la vuelta de Julien y la salvacion de Marga-

rita.

De esta manera se comprendian uno á otro , pero ninguno de los dos queria pronunciar la palabra de amor que asomaba á sus lábios, hasta que fuesen enteramente libres.

Continuó la conversacion por largo rato , y en ella se hicieron los mas bellos proyectos de una vida oscura , feliz y sosegada. Entonces manifestó tambien Saturnino á su madre y á Luisa que Guillermo Poiré habia sido arrestado. Esta circunstancia se referia al incidente que habia hecho conocer á Saturnino aquel hombre original que le ofrecia su proteccion.

Este hombre (á quien seguiremos encubriendo bajo el nombre de Leguin , por haber vivido hasta hace poco) se hallaba en relaciones con Robespierre, que era entonces el verdadero dictador de la Francia , como presidente del co-

mité de salvacion pública. Este hombre habia sido llamado muchas veces al comité para proponer los medios que creyese convenientes para satisfacer con premura las necesidades del ejército republicano: allí habia encontrado á Marat y se habia reunido con él, aunque no participase en nada de la furiosa exaltacion de este miserable; pero Marat tenia entonces, merced al club de los jacobinos, que manejaba á su arbitrio, una inmensa influencia sobre las decisiones del comité. Leguin fue pues, á ver á Marat para contar con su apoyo. Encontró en su casa á Guillermo Poiré, que servia de agente intermedio á los montañeses furibundos para seguir la correspondencia con Carrier.

En efecto, Marat fue quien obtuvo de la Convencion con sus vociferaciones y las de sus amigos de la montaña, la aprobacion de las

horrorosas cartas del verdugo de Nantes. En casa de Marat supo Guillermo Poiret cuales eran las esperanzas de nuestro inventor. Vió ademas en ellas una cosa que Robespierre y Marat no habian visto: vió un escelente negocio no menos que un servicio inmenso hecho á la república, y manifestó á Leguin que si necesitaba dinero para continuar sus ensayos, desde luego pondria á su disposicion cuanto tuviese.

El inventor aceptó la propuesta, reservándose fijar la parte que daria á Guillermo en la explotacion de la nueva industria. En tal estado se encontraban el dia en que Coleta encontró á Saturnino, y se negó á llevar la carta que le entregaba.

Esta carta era mas interesante para Guillermo de lo que hubieran podido creer Saturnino y la misma Coleta, si hubieran llegado á leer

su contenido. En ella se pedia una cita inmediatamente á Guillermo Poiré. Esta cita, á la cual no pudo concurrir por la sencilla razon de no haber recibido la carta, le hubiera salvado indudablemente.

Con efecto, en la misma mañana de aquel dia se encontraba nuestro inventor en casa de Robespierre, en el momento en que Julien habia obtenido á fuerza de instancias la deposicion de Carrier. Oponíase Robespierre á esta medida pretestando que levantaria una verdadera borrasca el club de los jacobinos.

A esto le contestó Julien que ya era llegada la época de saber quien era el que gobernaba, si la Convencion ó el club de los jacobinos. Entonces reveló á Robespierre que los miembros mas exaltados del club, escribian continuamente á Carrier para que siguiese

carniceria sin compasion ni tregua. «Trataremos de hacer que la Convencion lo apruebe todo, decian en sus cartas, y si se resiste, ya sabemos como se derriban todas las tiranias y traiciones del mundo.» Julien dijo entonces á Robespierre que el agente encargado de esta correspondencia era Guillermo Poiré. Su arresto era por tanto una consecuencia de la destitucion de Carrier. Robespierre convino en ello.

Todo esto habia pasado delante de Leguin; pero estaba por lo comun tan embebido en sus combinaciones químicas, que apenas hacian caso de su presencia. Oyó todo esto, y despues de haber participado á Robespierre los diversos ensayos hechos por él, se retiró...

Mr. Leguin fue corriendo á casa de Coleta, mientras que Julien iba á anunciar á la señorita de Para-

deze la caída de Carrier. Guardóse bien el primero de confiar a un papel el importante secreto que acababa de saber; y hubiérase advertido de palabra á Guillermo Poiré, si este hubiese recibido la carta y hubiese concurrido á la cita que le daba.

Pero como hemos visto, la carta no habia salido de manos de Coleta. Devolviósela esta al hombre de las invenciones, el cual la cogió y la echó al fuego, diciéndolo con esa indiferencia con que le miraba todo:

« A fe mia, casi me es igual, quién sabe si á ese animal se le habia antojado ir á hacer una de las suyas con los jacobinos. Robespierre hubiera adivinado de donde habia salido la advertencia, pero yo muy bien pudiera encontrarme aplastado como un indiscreto cojido entre dos cilindros »

Referia Saturnino todos estos

detalles á su madre y á Luisa, y fácil es de comprender que semejante conversacion vendria al fin á parar en las palabras de Guillermo Poiré, sobre el importante secreto del cual se creia poseedor, y que al parecer tanto interesaba á Mad. de Perbruck.

Todos se perdian en conjeturas sobre cual podia ser ese secreto, y no dudaban que seria concerniente á la fortuna de Mr. de Perbruck. La esperanza de recobrar una parte cualquiera de la riqueza que le habian quitado, no era bastante motivo para que la marquesa de Perbruck ni Saturnino Fichet fuesen á aventurar la seguridad de que gozaban. Decidióse, pues, que no debian dar crédito alguno á semejante revelacion.

La conferencia, cuyas principales circunstancias acabamos de referir, habia tenido lugar seis dias despues de la salida de Julien pa-

ra Nantes, y ninguno de los que habian tomado parte en ella creian volver á verle tan pronto, cuando de repente despues de anochecido sintieron subir rápidamente la escalera, y casi al mismo tiempo se presentó Julien.

Venia cubierto de polvo, pálido, estropeado y descompuesto el vestido: habia andado á caballo el camino que hay desde Nantes á Paris, siguiendo á Carrier de posta en posta para asegurarse de que no iria á meterse en una poblacion con el objeto de amotinar el populacho. Pero el terrible convencional no se creia seguro mas que en Paris, en el seno del club de los jacobinos, y así viajó con toda la rapidez que le fue posible. Julien, pues, le habia acompañado hasta las barreras sin que Carrier lo sospechase. El primer cuidado de Julien debia ser ir á dar cuenta á Robespierre del resultado de

su mision ; pero ni Robespierre ni el comité de salvacion pública tenían en sus manos la recompensa que Julien ambicionaba: esta era Luisa, y por lo mismo habia venido corriendo á su casa.

Su presencia hizo desvanecer todos los sueños de felicidad á los cuales acababan de entregarse los tres proscriptos. El aspecto de Julien tenia en efecto algo de terrible y de seductor. Sus largos y rubios cabellos, echados hácia la espalda por la velocidad de su carrera, dejaban descubierta su frente pálida y altiva; sus ojos, hundidos con seis dias de marcha y de insomnio, brillaban con un fuego sombrío y calenturiento. Un orgullo cruel, un gozo fiero animaban su rostro.

—Está en Paris, exclamó al entrar, Nantes se ha libertado ya de su verdugo. Luisa, he cumplido mi palabra.

—Y venis á reclamar la mia, dijo Luisa temblando.

—Aun no, repuso Julien; le he humillado, pero es preciso que acabe con él. No quiero asociaros á los peligros que he atraído sobre mi cabeza. Carrier luchará, pues tiene todavia muchos defensores; porque una de dos, ó ha obrado segun el espíritu de la Convencion, y entonces ¡ay de los que lo han arrestado! ó bien ha abusado escandalosamente de los poderes con que se le habia revestido; y en ese caso es menester que sufra la pena de sus crímenes.

—¿Os habreis asegurado bien la parte mas influyente de la Convencion? dijo Saturnino, cuya alma generosa admiraba el valor del que le disputaba sus mas caras esperanzas.

—No quiero yo triunfar por esa parte, contestó Julien: la Convencion, dominada por la Montaña, es-

pecialmente por ese espíritu de cuerpo que debe hacerle considerar como inviolable á todos sus individuos, la Convencion defenderá á Carrier en cuanto pueda : pero falta saber si podrá conseguirlo contra el clamor que yo quiero hacer levantar del fondo de ese abismo de iniquidades. Yo espero que no podrá... Pero ya me olvidaba que tengo otros deberes que cumplir. Hasta luego, Luisa, hasta luego. No ha contado conmigo en vano ¿podré decir otro tanto de vos?

—¿Os habeis olvidado de Margarita? le dijo Luisa.

—Su salvacion está en sus manos: de nadie depende mas que de ella

Julien se marchó, y á pesar de las promesas del nuevo protector de Saturnino, los semblantes de aquella familia aparecieron tristes y sombríos. Cada cual conocia que seria muy difícil doblegar una voluntad como la de Julien, y des-

viar de su objeto una pasión que caminaba al través de tan poderosos obstáculos y de peligros tan inminentes.

CAPITULO LXV.

Pasáronse así algunos dias. Saturnino continuaba trabajando con el protector que la fortuna le habia proporcionado. Merced á la habilidad é inteligencia de Saturnino, este hombre habia conseguido el objeto tan deseado. Lo anunció desde luego al comité de salvacion pública; pero en vez de aceptar la recompensa nacional que le ofrecieron,

rehusó modestamente una ovacion de meras fórmulas: queria aguardar, segun decia, á haber merecido bien de la república: consistia en desarrollar su invento del todo, y al efecto se habia comprometido á dar al gobierno toda la suela que necesitase.

Como el estado se veia en unas circunstancias tan críticas, la hubiera pagado mas cara que en otro tiempo, con la condicion de ser surtido con premura. Nuestro inventor tenia por lo tanto asegurada su ganancia dándola al mismo precio, y contentándose segun decia con una utilidad menor que la de los demas abastecedores.

Saturnino se encontró en casa de Leguin el dia de esta importante noticia, y creemos oportuno referir á nuestros lectores sus coloquios, para darles mejor á conocer el hombre original que ha conquistado una reputacion considerable, no solo por

sus talentos, sino tambien por sus inmensas especulaciones, su fortuna colosal y su escesiva originalidad.

Entró en la modesta habitacion donde Saturnino le aguardaba, exclamando:

—¡Helo aquí! ¡Helo aquí!

—¿Qué es eso?

—Mi gran negocio; dijo poniendo sobre la mesa algunos papeles, mi fortuna está hecha y la tuya tambien, pues cuento contigo. Ahora vamos á montar una fábrica... necesito un vasto local, necesito obreros, dependientes; necesito máquinas..... dentro de ocho dias es menester que todo marche.

Sentóse en una silla, tomó una pluma y papel, y se puso á hacer números. Un ardor extraño se descubria en todos los movimientos de este hombre; sus ojos lanzaban rayos, sus nervios estaban tirantes, su rostro tenia una espresion pro-

fética y segun el lenguaje de Diderot, su frente humeaba.

—Escúchame, le dijo. Les he hecho el mejor partido, no tienen que quejarse; yo no pido mas que un quince por ciento de beneficio. A tí te doy uno y á la Coleta medio. Es una buena muchacha que ha comprendido mis ideas y que ha empeñado hasta su última alhaja para hacer los primeros ensayos. Todavía necesito uno y medio para encontrar capitales y poder hacer mis pagos con holgura. Me quedan pues, doce por ciento. Voy á enriquecerme; este año gano tres millones.

—¿Con doce por ciento?

El calculador se echó á reir.

—¡Ah! ¿con que ni tú me comprendes? Yo te creia mas fuerte que el comité, á quien he probado hasta la evidente que apenas ganaré cincuenta mil francos. Pero atiende á lo que te voy á decir. Necesito

quinientos mil francos para empezar; los encontraré. Me darán quinientos mil francos de beneficio con uno por ciento.

Saturnino le tuvo por loco.

El hombre de las invenciones se descoyuntaba de risa.

—Eso es muy sencillo, exclamó; es ni mas ni menos que dos y dos son cuatro... pero es como el nuevo mundo; era preciso dar con él... Aunque bien mirado, no hay comerciante que no haga lo mismo sin vacilar un punto. Atiende bien sino: tengo los quinientos mil francos; compro con ellos mercancías por valor de un millon, pagando al contado trescientos mil; mis gastos de fabricacion absorben doscientos mil.

He aquí, pues, mi cálculo: un millon de compra, doscientos mil francos de mano de obra; un millon y doscientos mil francos á doce por ciento de beneficio, son ciento cua-

renta mil francos... Es justamente la operacion que hacian nuestros antepasados. Solo que ellos compraban sus mercancias á un año y á diez y ocho meses de plazo, de modo que las tenian pagadas completamente cuando podian entregarlas al comercio, puesto que su operacion duraba cerca de dos años. Agréguese á esto que habian gastado en dinero efectivo, doscientos mil francos para hacerlas fabricar; agréguese ademas los gastos generales de sus establecimientos en estos dos años, su conservacion, etc. etc. Los mas hábiles hacian producir á sus capitales de ocho á nueve por ciento de beneficio. Y bien, Saturnino, comprendes tú ahora esta ganancia, yo que la obtengo con un capital mucho menor; y como la operacion en lugar de durar dos años, dura de quince á veinte dias, renuevo mi ganancia de quince veces cada año. Ahora calcula que

en vez de limitar mi fabricacion á lo que podian proporcionarme esos quinientos mil francos, la duplico en cuatro meses, operando sobre dos millones de compra de mercancías; y en un año habré reembolsado al prestamista doblando su capital, y te habré hecho ganar doscientos mil francos y mi fortuna está comenzada.

—Es decir que segun esas cuentas vuestra fortuna está hecha.

—Mi fortuna! exclamó el hombre de los proyectos, ¿pues qué, es por ventura rico un hombre por que tenga dos ó tres millones de francos? Ah, Dios mio! ¿no estás viviendo tú con dos mugeres que tenian doble de esa suma y que hoy se ven obligadas á trabajar para comer? Esto no les hubiera sucedido, si hubiesen tenido sus capitales bien colocados en Inglaterra, en Austria, en España. ¡Qué diablo! Todas las naciones no se

ponen á bailar la *caramañola* en un mismo dia. Pero esos nobles no han tenido nunca la menor prevision.

—¿Creeis que la prudencia humana puede llegar á preveer la proscripcion y el despojo, llevados hasta un punto como aqui se ha visto?

El inventor miró á Saturnino con aire de sorpresa.

—¡Cómo! ¡quién pudiera saberlo! pero hace dos años era una cosa tan clara como la luz del dia. La casa se iba arruinando y era preciso que la nobleza la echase al suelo para construirla de nuevo; mas era harto ignorante y mal aconsejada, para que pudiera hacerlo. ¡Ah, Dios mio! Me parece que la leccion es terrible, y sin embargo, no hace seis meses que los locos proclamaban á Luis XVII en la Vendée, y aun hay algunos que siguen el mismo camino en la Bre-

taña. Todos vosotros, pues no ignoro que tú eres de esa gente, os figurais todavía que vais á restablecer el antiguo orden de cosas. Pero ten entendido para tu porvenir, que en este mundo todo es posible, menos restablecer lo pasado; si fuese de otro modo, no veo porque razon no habiamos de ser romanos, ó egipcios, ó fenicios ó simplemente salvages como nuestros antepasados. Pero como en todos tiempos lo propio que hay un número dado de imbéciles y de ancianos que encuentran preferible lo pasado á lo presente, hay tambien un número doble de jóvenes y aventureros que suponen que el porvenir será siempre mejor que todo lo presente y lo pasado, y de ahí resulta que eso no ha podido ni puede suceder jamas. Pero tenemos mas que hacer que hablar de política. Vamos á ver ¿como estás con Julien?

Saturnino refirió á su protector lo que Julien le habia dicho.

—Es un furioso, y se saldrá con ella, repuso Leguin, y mucho trabajo nos costará el hacer que renuncie á su querida.

—¡Esa palabra!... exclamó Saturnino.

—¡Oh! no disputemos por Dios sobre palabras, será todo lo que tú querias: lo cierto es que él la quiere y la quiere á todo trance.

—Tal vez no la quiera tanto como os figurais.

—Un hombre que ha hecho casi una revolución política para conseguir una muger, y que se la quieren soplar!... exclamó, Saturnino; y si yo estuviese en su lugar, quien sabe si tambien lo llevaria todo á fuego y sangre... aun cuando conozco que una muger no vale la mitad de toda esa bulla; pero hay hombres asi... y Julien es uno de ellos.

—¿Con que ya no teneis esperanzas?

—¡Pues qué! ¿No te he prometido salvarte, Saturnino? esclamó aquel hombre. Separaré á Julien, aun cuando para conseguirlo tenga que cocerle en una de las calderas de mi futura fábrica. Te lo he prometido y lo cumpliré, aunque haya de hacer saltar á toda la montaña! ¡Ah! tú me estás mirando con asombro; sin duda vas á pensar que me he vuelto loco. Pero déjame obrar y créeme... ¡Ah! querian darme una corona de retama!... nada de eso! Yo quiero oro: ya ves tú, hijo mio, que es el gran poder, la única fuerza superior á todas las demas... monarquía, república, oligarquía, todas estas cosas no son mas que palabras vacías de sentido; el verdadero poder es el oro!

Tal era el hombre en quien se fundaban las esperanzas de los hé-

ros de nuestra historia. Permitásenos indicar á nuestros lectores cuáles eran los adversarios con quienes tenia que combatir, y por qué medios debia obrar contra ellos.

Habia trascurrido mas de un mes desde la vuelta de Julien y nada se habia realizado de lo prometido. ¿Cuál era la razon? Tal vez se encontrará en la conversacion siguiente:

Apenas era de dia: una lamparilla alumbraba desde una miserable mesa de nogal, donde estaba sentado un jóven escribiendo lo que le dictaba un hombre de pocas carnes, afectado, lábios delgados y frente altiva: sus ojos inquietos y vivarachos se ocultaban bajo la prominencia de las cejas. Dictaba con un tono enfático y una voz estentórea y teatral. Por fin llegó á esta frase:

«He nacido para combatir el crimen y no para gobernar: to-

«davia no ha llegado el tiempo en
«que los hombres de bien puedan
«servir la patria impunemente.

El hombre que dictaba era Robespierre, el jóven que escribia era Julien.

— Basta ya, dijo Robespierre recostándose en una silla. Y luego añadió:

— ¿Qué te parece?

— Que la primera parte de esta frase es exacta; pero tú debes saber que la segunda no lo es.

— Te equivocas, Julien; el discurso que acabo de dictarte es mi último testamento.

— ¡Será posible que te dejes derribar así, tú que eres el verdadero soberano de la Francia!

— ¡Tambien Luis XVI ha sido el verdadero soberano de la Francia!

— ¿De dónde nace ese desaliento cuando tienes al pueblo á tu favor?

— ¡Ah! exclamó Robespierre le-

vantándose, qué falta hemos cometido en censurar a Lebon y en llamar á Carrier! ¡Tú eres quien lo ha querido!

— ¡Tú sabes lo que estaba haciendo?

— ¡Y qué hacemos nosotros en París? ¿Qué hacia Fouquer cuando levantaba el cadalso en la misma sala de la audiencia?

— Pero el comité se lo ha prohibido.

— El comité, sí, el comité, dijo Robespierre con impaciencia; pero no yo.

— Y al cabo, repuso Julien, hay una gran diferencia. En esta capital de seiscientas mil almas, apenas caen sesenta cabezas por día, mientras que en Nantes, ciudad de sesenta mil almas, degollaban hasta quinientas personas diariamente.

— Pero era el centro de los diez departamentos insurreccionados, y la mayor parte de las ejecuciones

eran de rebeldes. ¡Ah! nosotros hemos retrocedido un paso; no hay remedio, nos llevarán hasta el pie de la guillotina.—¿Y no te defenderán tus amigos?

—Yo me defenderé, y por todos los medios. Cuento con Saint Just; mi hermano volverá mañana. Couthon morirá conmigo; Lebas está seguro: Henriot y Dumas me apurran para que concluya.

—Toda la Montaña te pertenece.

—Y ella es la que me amenaza. He pedido á Barrere que me sacrifique Leonardo, Bourdon, Vadier, Tallien y ese Carnot que con tanta insolencia se envanece con el triunfo de nuestras tropas: y Barrere no quiere.

Julien se quedó callado, y Robespierre exclamó en un violento arranque de mal humor:

—¡Ah, sin esa batalla de Fleurus, sin esa victoria, no me veria

yo aquí! Si hubiésemos sido derrotados, hubiera sido preciso salvar la Francia, y entonces hubiera venido á buscarme.

—Y entonces, dijo Julien, se hubiera conocido la necesidad de nuevas medidas de rigor.

—A propósito ¿sabes tú lo que ha resuelto el comité respecto á los individuos del tribunal revolucionario de Nantes?

—Parece, dijo Julien vacilando, que dentro de pocos dias va á principiar la causa.

—¡Yo no puedo consentir tal cosa! exclamó Robespierre. He escrito á Prillant diciéndole que no queria que se diese á los enemigos de la república el espectáculo de unos legisladores, que hacen condenar á los que han ejecutado sus órdenes. Escribe al momento á Cambon, que yo me opongo á ello. ¡No seria irritarlos mas!

—¿Pero y los moderados?

—¿Qué me importa? ¡Quieren mi cabeza! una queja mas no les encarnizará ni les hará mucho mas fuertes, y esto me conserva á Carrier. Por otra parte, esto hará buen efecto entre los jacobinos.

Julien siguió escribiendo sin atreverse á esponer nuevas observaciones; pero cuando hubo concluido, presentó la carta á Robespierre diciéndole:

—¿Por qué no vas en persona al comité para hacer respetar tu voluntad? Hace mas de cuarenta dias que no has ido.

—Y no volveré hasta el dia en que el actual gabinete deje de existir, para ser reemplazado por otro, en el cual no tenga que tropezar con orgullosos como Billaut, insolentes puritanos como Carnot, y bribones como Cambon.

—¿Y cuando piensas atacarles?

—¿A cuantos estamos de mes?

—Hoy es el cinco *termidor*.

—Saint Just llega el 8; hay un informe terrible contra Carnot; mi hermano estará aquí mañana... estaremos prontos para el 8. Mira, es preciso que se reúnan muchos jacobinos aquel día... ¿Qué ha sido de un tal Cincinatos? era ardiente como él mismo.

—Tu debes saber, repuso Julien, que fue arrestado con motivo del llamamiento de Carrier; era su corresponsal.

—Es preciso ponerle en libertad... es indispensable... los jacobinos le verán con satisfacción... encargate tu de eso.

—Pero será necesario una orden por escrito.

—¡Ya! dijo Robespierre mirando á Julien atentamente ¿tan pronto tienes miedo?

—¡Yo! exclamó Julien con exaltación; te equivocas mucho; ese hombre puede perder á alguna persona por quien me intereso; pero perezca

la que amo y perezcan con ella todas mis esperanzas, primero que permitir que creas que puedo abandonararte en la hora del peligro.

Robespierre alargó una mano á Julien.

—No por cierto, le dijo, tú eres un muchacho y no comprometeré tu dicha en la empresa en que voy á empeñarme. Todavía es tiempo de salvar á la persona á quien amas; quizá dentro de tres dias ya no podré yo protegerla, ni tú tampoco.

Nada contestó Julien, y Robespierre despues de haberle dado algunas instrucciones, lo dejó y se fue á la Convencion, donde todavia era omnipotente.

El mismo dia recibió Julien una esquelita de Leguin; la invitacion era muy urgente, y Julien fue á verle á toda prisa.

Entonces encontró á Saturnino que estaba muy ocupado en organizar la fábrica de su protector.

—¿Qué me quieres? le preguntó Julien á Leguin.

—Atiende y respóndeme con franqueza. ¿Cuándo serán juzgados los individuos del tribunal revolucionario de Nantes? No lo sé, repuso Julien con frialdad.

—Y entonces ¿podremos hablar?

—Corriente.

—Mira, Julien; yo nunca he pedido nada á nadie; es menester que tú me consigas hoy una gracia.

—¿Cuál?

—Necesito que mandes poner en libertad á un hombre que está complicado en el asunto de Carrier.

—¿Quién es?

—Un tal Guillermo Poiré.

—¿Y por qué te interesas por ese hombre?

—Porque cuando yo no tenia dinero para hacer los experimentos necesarios á mi grande empresa, él me

los prestó generosamente. Es verdad que eran cortas cantidades, pero han sido inmensas por sus resultados para mí y para la república, y yo quiero recompensarle. Si no se les forma ahora causa á los Nanteses, es porque ya no se les formará nunca, y en caso de formarse, habrá de formársela también á otros muchos, y entonces, solo Dios sabe quien podrá salir exceptuado! ¿Quiéres hacer que me concedan el perdon de ese hombre?

—No hace dos horas, Robespierre me ha hablado de eso mismo, y yo le he inducido á dejarle en la cárcel.

El protector de Saturnino se mordió los labios.

—¡Pues bien, le dijo, no hablemos mas sobre el particular!

Preocupado Julien con la resolución de Robespierre, continuó sin embargo despues de ún rato de silencio:

—Por lo demas, dentro de tres dias tal vez no tendrás que dirigirte á mí ni á Robespierre para conseguir esa gracia.

— ¡Oh! muy bien, contestó el hombre de los proyectos.

Esta conversacion no tuvo mas resultado.

Saturnino habia permanecido completamente extraño á ella, á pesar de haberla estado siguiendo con la mas cruel ansiedad. Los motivos que para ello tenia eran mas poderosos de lo que pudiera creerse. En efecto he aqui cuales eran estos motivos.

A
ñ
p
cc
pe
ac
m
so
cu

CAPITULO LXVI.

La víspera habia ido Coleta á la Abadia á ver á una de sus compañeras, que habia sido encarcelada por haberse presentado en la escena con un lazo de cintas blancas en el peinado. Al llegar á la prision, se acordó la bailarina de que Guillermo Poiré estaba alli encerrado y solicitó verle. No habian podido descubrirle, ó por mejor decir, nadie

se habia tomado el trabajo de advertirselo; pero al lado de la Coleta se encontró una muger tambien prisionera, que habia sido empleada en el servicio de la casa. Esta muger era Margarita. Julien, al concederle semejante empleo, habia tratado de ponerla al abrigo de una condena inmediata; en efecto, sabido es el sistema que se seguia en denunciar las víctimas al acusador público: ciertos hombres llamados carneros, y á quienes nadie conocia, se introducian en las cárceles, espianaban á los que estaban encerrados, y segun la pasion ó el capricho que les dominaba, hacian una lista y se la enviaban al acusador público. Una vez designadas las víctimas, ya no habia recurso: ni quedaba siquiera el derecho de la justa defensa; desde el momento en que uno aparecia ante el tribunal revolucionario, era condenado sin apelacion.

De semejante estado de cosas resultaba que la menor enemistad era razon sobrada para enviarle á uno al patíbulo, de la misma manera que la mas pequeña proteccion podia salvarle.

Julien, armado siempre con el omnipotente nombre de Robespierre, habia dicho al director de la cárcel que su señor queria que la muchacha llamada Margarita no se la pusiese en acusacion, sino cuando él lo ordenase. No era necesario mas para que su nombre no se incluyese en las listas formadas por los agentes de Fouquier.

Habiendo oido nombrar Margarita á Guillermo Poiré, escuchó la conversacion de Coleta, y no tardó en oírle decir á su compañera:

—Mira, ¿no te acuerdas de aquel jóven tan alegre, tan guapo, tan divertido, que llamaban Saturnino Fichet?.... pues bien: le he encontrado en una esquina haciendo el

oficio de mozo de cordel.

Al oír estas palabras, Margarita se acercó á la Coleta y trató de informarse de todo lo relativo á Saturnino. Como ya nuestros lectores lo habrán adivinado, la Coleta estaba en todas las confidencias de Leguin, así como este estaba en los mas íntimos secretos de Fichet.

Muger que sabe un secreto de amor y que se vé interrogada por otra, dejaría de ser muger sino dijese al momento no solo cuanto sabe, sino cuanto supone.

Margarita se informó, pues, de Coleta sobre la nueva posicion de Saturnino, y sobre sus nuevos amores con una jóven que vivía en compañía de su madre. Al oír esta revelacion se estremeció Margarita y preguntó por qué Saturnino no se casaba con esa jóven, puesto que la amaba y sin duda era amado por ella. La Coleta le respondió que la jóven habia prometido casarse con

Julien, y que no podia dejar de cumplir su palabra, en atencion á que el secretario de Robespierre tenia en sus manos la vida de una jóven que la habia salvado, poniéndose en su lugar como delincuente; y le añadió, que esta señorita preferia renunciar á su amor, casarse con Julien y hasta morir, si era menester, antes que consentir que matasen á la prisionera.

Margarita oyó todas estas particularidades con la palidez en la frente. Observando la Coleta que enjugaba algunas lágrimas, la dijo:

—¡Y bien! ¿Por qué os conmueve esta historia?

—No puedo deciroslo, contestó Margarita, pero os estimaria que dijeseis á Saturnino de parte de la prisionera de Donches, que no hay nada que temer, ni de Julien ni de persona alguna; pero que es necesario que vea á Guillermo Poiré,

pues en ello le va su felicidad.

Lo primero que hizo la Coleta fue referir esta conversacion á su *apasionado*, como ella denominaba al ciudadano Leguin; este se la comunicó á Saturnino, y ni uno ni otro dudaron un momento en que debia de haber algo en esto relativamente al secreto importante que, al decir de Guillermo Poiré, tanto afectaba á la marquesa de Perbruck. Quería Saturnino á todo trance ir á ver á Guillermo Poiré: su nuevo amigo se opuso tenazmente á este deseo.

—¿A quién irás á pedir la licencia, sin decir con que objeto quieres ver á Guillermo Poiré? ¿Dirás que es para asuntos de familia? No es lícito en los tiempos que corren tratar asuntos de familia con un sospechoso. Por el contrario, yo tengo una razon muy sencilla, le debo dinero á ese Guillermo y aun pudiera decir que él es quien me

lo debe: fácil es de comprender que ningún hombre que no se viese obligado á ello, fuese á darle dinero á un encarcelado que puede sufrir antes de pocos días la pena capital. Yo veré, pues, á Guillermo y me informaré acerca de lo que quiere vendernos.

—¡Vendernos! exclamó Saturnino.

—Si tú conocieses un poco á Guillermo Poiré, debieras saber, que todo cuanto tiene, escepto su cabeza, está dispuesto á cambiarlo por dinero. Como se halla un si es no es en nuestras manos, procuraremos que la estime como valor de su secreto, y sino le pagaremos en otra moneda.

Al día siguiente el protector de Saturnino se fue á la Abadía con un permiso que habia pedido al *maire* Fleuriot.

Leguin sabia muy bien como habia de tratar al ex-jardinero.

—He venido á verte, le dijo á Guillermo Poiré, para arreglar nuestras cuentas, pues ya sabes que te debo algun dinero, y no quiero tener que habérmelas luego con tus herederos.

Este modo de entrar en la cuestion hizo perder el color á Guillermo Poiré.

—¡ Ah ! dijo con trémula voz, ¿ tan malo crees que está mi asunto?... ¿ será posible que se lleve á cabo la infame conspiracion que se trama en las cárceles?

—¡ Hola ! dijo el inventor con aire de indiferencia : ¡ pues qué ! ¿ Hay alguna conspiracion ?

—Sí, sí, hay aqui muchos aristócratas que comienzan á erguir la cabeza. Una muger llamada Cabarrus es la que les alimenta sus esperanzas ; está en correspondencia con Tallien... ¡ Oh , estoy seguro ! Sé bien el secreto , y se lo comunicaré á Robespierre. Todavía no

soy hombre muerto.

Leguin escuchó esta relacion con la mayor indiferencia.

—Pero por eso no dejaremos de arreglar nuestras cuentas, le dijo. Ignoro lo que pasa, pero hay dos probabilidades contra una de que á tí te despachen, y quiero ponerme á cubierto.

—¡Cómo! ¿dos probabilidades contra una?... exclamó Poiré, poniéndose pálido de nuevo.

—Bien sabes que nunca me mezclo en negocios políticos, pero segun mi pobre juicio, va á suceder lo siguiente: es indispensable que se decida la lucha entre Robespierre, Saint-Just, los jacobinos, Billaud-Varennés, Tallien, Barras y los demás. Si Robespierre sale derrotado, Carrier, tú y todos vuestros compañeros pereceis sin recurso: hé aqui una probabilidad contra tí.

—No hay duda, replicó Poiré;

¿pero y si Robespierre triunfa?

—Esa probabilidad tienes en tu favor, es verdad; pero tambien es posible que se compongan y reconcilien, y en este caso, como siempre sucede, harán que paguen los pequeños las necesidades de los grandes. Tal vez los comités abandonarán á Robespierre, Barras y Maillard, y Robespierre abandonará al comité, Carrier y á toda su comitiva.

Guillermo se puso verde de puro pálido.

Leguin continuó:

—Esto ofrece, pues, dos probabilidades contra tí, sin contar con que aun en el caso de que Robespierre triunfe, es capaz de hacer por su cuenta lo que no quiere dejar que le impongan los otros y ahí tienes una tercera probabilidad de ser guillotinado; pero esta no es mas que una suposicion, y no quiero quitarte tus esperan-

zas; vamos á nuestras cuentas.

—Pero ¿qué harías tú en mi lugar? replicó Poiré temblando.

—A fe mia, procuraria salir de aquí, mientras las cosas andan embrolladas, y no se toma un partido.

—¿Y de qué manera?

—¿No dices que has cogido el hilo de un plan de conspiracion? Pues vende el secreto por tu libertad.

—Sea en buen hora, dijo Guillermo.

—Pero aun ese medio no me parece muy bueno; repuso Leguin: se servirian de tí, y correria mayor peligro tu vida, si no salia cierta tu denuncia; y aun cuando saliese, si los que denunciases lograban sobreponerse, no dejarian de vengarse de tu proceder.

—Es igual, dijo Poiré, veré...
o pensaré.

—En esta clase de negocios lo

mejor es hacerse el chiquito, reducirse á la menor espresion, para que le pongan á uno en la calle como prisionero inútil. ¿No tienes amigos?

—¿Amigos? dijo Poiré. ¡ Los hay por ventura !

—Tienes razon, exclamó Leguin riéndose, he dicho un solemne desatino; pero á veces sucede que con tal cual secreto de importancia ó con este ú el otro servicio, puede uno interesar en su favor á alguna persona de valor y de influjo.

—Ciertamente, contestó Guillermo; escribiré á Barras, pues conozco sus ardides, y Barras...

—Barras te dirá que has mentido; no tengas miedo que él haga una confesion que te salve: eso equivaldria á escoger el camino mas corto para ir á la guillotina. Pero tú, que has vivido en Nantes, donde han pasado tantas cosas, donde

ha habido tantos nobles comprometidos, ¿será posible que no sepas nada que interese á alguno de ellos?

—Y aun cuando supiere alguna cosa, dijo Guillermo observando á Leguin, ¿para qué diablos serviría la proteccion de un noble?

—¡Cuán necio eres! exclamó nuestro hombre; por ventura, ¿no tienen los nobles hermanas, mugeres y parientas? ¿Crees tú que todos los representantes son unos Catones? Yo no puedo decirte mas.

Por fin comprendió Guillermo lo que querian decirle.

—¿Conoces tú, á cierta marquesa de Perbruck? le dijo Leguin.

—¿Perbruck?.... sí, creo que conozco un apellido por ese estilo.

—¿Y crees que sea muy influyente?

—Si es jóven, habrá probabilidades; pero si es vieja... no conteis

con ella.

—Es vieja.

—¿Tiene alguna hija?

—No, pero tiene un hijo, cuya existencia ni siquiera sospecha.

—¡Pues bien! ese hijo será influyente; pero yo no sé absolutamente nada de ningún joven Perbruck; el único que había murió en la acción del castillo de la Rouarie.

—Es otro, dijo Guillermo bajando la voz, y yo sé por una prisionera de la Abadía que vive y está en París.

—Entonces es fácil dar con él; ¿se llama también Perbruck?

—No, en otro tiempo se llamaba Saturnino Fichet.

—¡Saturnino Fichet!.... le conozco... es un jovencillo que antes de la revolución frecuentaba los bastidores de los teatros de los *Boulevards*.

—Justamente.

—La Coleta me ha hablado de

el, creo que le ha visto; y parece que está para venir... pero yo me informaré mejor.

—¡Muy bien! dijo Guillermo sonriéndose, es menester buscarle....

—Pero ¿qué utilidad pudieras prometer á ese muchacho, para que se interesase por tí, dijo Leguin, ó para que hiciese que sus amigos se interesasen? porque yo recuerdo ahora que la Coleta me dijo que tenía amigos.

Guillermo Poiré miró á su interlocutor, y le dijo de pronto:

—Tú vienes de su parte.

—Eres un imbécil, repuso friamente Leguin; mas como no tengo tiempo de demostrártelo, supongamos que venga de su parte. ¿Qué puedes hacer en favor de ese jóven? Vamos, habla pronto. Tengo que hacer, y te prevengo que una vez arregladas nuestras cuentas, no vuel-

vo á poner los pies aquí, á no ser que pueda servirte de algo, lo cual no me parece probable, si guardas con tanto cuidado los secretos que pudieran salvarte.

—Escucha, pues, le dijo Guillermo Poiré, y procura ver si puedes sacar partido de lo que voy á confiarte. Antes de nada el secreto no es de grande importancia; lo esencial son las pruebas, y yo no las daré sin mucha formalidad.

—Ya te escucho, dijo Leguin.

—Has de saber, continuó Poiré, que cuando yo fuí llamado á París para deponer contra Morillon que me habia mandado arrestar ilegalmente, un tal Maturino Fichet, que vive en Nantes, me encargó me informase en París si su hermano, que acababa de morir en la emigracion, no habia dejado en Francia algunos valores ó algun título de propiedad en casa del notario.

rio encargado del despacho de sus negocios. Con este objeto me dió una carta para dicho notario, á cuya casa pasé inmediatamente.

Este me entregó una cuenta de intereses, algun dinero que remitió á Fichet, y un legajo de papeles, cuyo exámen dejé para mas tarde. Consistían estos en las cuentas del manejo de la hacienda de Mr. de Perbruck, y entre estos papeles encontré casualmente un paquete que me llamó mucho la atención por su sobrescrito original y raro: estaba cerrado con lacre y decía lo siguiente:

«Para la señora marquesa de Perbruck, ya despues de mi muerte, ya despues de la de su marido, si por casualidad no pudiese volver á Francia.»

— ¡Diablo! exclamó el interlocutor de Poiré; ¿y tú supones que en ese paquete hay algun secreto que interese mucho á la mar-

quesa?

—Si, respondió Guillermo, á la marquesa, y especialmente á su hijo Saturnino Fichet.

—¡Cómo, Saturnino Fichet! dijo Leguin afectando la mayor admiracion; ¿Saturnino Fichet es el hijo de la marquesa de Perbruck?

—Sí, contestó Poiré, y aquel paquete contenia una declaracion, cuyos términos no recuerdo precisamente, pero que estaba poco mas ó menos concebida en estos términos.

«Próximo á abandonar la Francia, é ignorando si el porvenir me dejará manifestar la verdad, declaro que el señor marqués de Perbruck, mi amo, me hizo entrar una noche en la habitacion de la señora marquesa, que acababa de dar á luz un niño; cuando yo entré ya mi muger estaba allí: entonces nos repitió lo que ya nos habia dicho, á saber: que no que-

ria reconocer este hijo como su legítimo heredero, pero que consentia en dejarlo vivir con la condicion de que pasase por hijo mio y de mi muger. La marquesa protestó contra esta declaracion, y aun cuando yo ignore la razon que habrá tenido el señor marqués para obrar así, puedo y debo atestiguar delante de Dios, que tanto mi muger como yo quedamos convencidos de la inocencia de la marquesa. Mr. de Perbruck mismo lo confesó en la discusion que tuvo lugar con este motivo, pero amenazó tantas veces á la marquesa con deshonrarla públicamente sino sacrificaba la posicion de su hijo, que la pobre señora tuvo que consentir en que pasase por hijo nuestro. Se nos entregó el niño y fue bautizado en San German, con el nombre de Saturnino Fichet. El marqués se halló presente al acto del bautismo y á la declaracion que yo

tuve que hacer , de modo que la partida está en debida forma. Sin embargo , algunos dias despues puse en manos del sacerdote que habia celebrado el bautismo y estendido la partida , un pliego cerrado con lacre que contenia una declaracion enteramente igual á esta. Aquella declaracion , lo mismo que la presente , está firmada por mí y por mi muger. Las hemos hecho con el objeto de devolver algun dia al niño proscrito el nombre y rango que le corresponden , y para auxiliar á su madre en las pruebas que le convendrá presentar sobre la legitimidad de su hijo. Si antes no he revelado este secreto , es porque estoy bien convencido de que si el marqués de Perbruck supiese que su hijo ó su muger pudiesen reclamar contra esta supresion de estado , emplearia cuantos medios tuviese á su alcance para hacer desaparecer estos papeles , y

en último caso, hasta la misma criatura, cuya procedencia revelan.»

Recitó con tal facilidad Guillermo Poiré esta declaracion, que su interlocutor conoció que la habia aprendido de memoria.

— ¡Diablo! exclamó Leguin despues de un momento de reflexion, pues la cosa es grave y formal, y si no hay lugar para un inmediato reconocimiento y una pronta restitution de estado, sobra á lo menos materia para un gran litigio. Unicamente, añadió con indiferencia, atendiendo á la época en que estamos, como que no debe serle muy útil á Saturoine el probar que es hijo de un marqués rebelde, será muy posible que no quiera dar el menor paso para obtener de tí unos papeles, que para nada pudieran servirle actualmente. No veo por consiguiente grandes probabilidades de salvacion en ese punto.

— ¿Lo crees así? seclamó Poiré, alarmado con la indiferencia de Leguin.

— ¡Quién sabe, repuso el inventor: aun hay muchas gentes bastante necias que dan gran valor á estas fruslerias! ¡Quién sabe si Saturnino Fichet será de ese número! En todo caso la Coleta se informará detenidamente, y yo te enviaré la contestacion. ¿Cuánto quieres por esos papeles?

— Cien mil escudos, ademas de mi libertad, dijo Poiré.

— Vamos, vamos, ajustemos nuestras cuentas, dijo tranquilamente Leguin.

— Si no pueden darme cien mil escudos, me contentaré con la mitad, le interrumpió Guillermo.

— ¡Y de dónde diablos quieres que los saque! Los bienes de su padre deben estar confiscados. Cuando te dije que iba pasando, he querido decirte que no se moria absoluta-

mente de hambre; me parece que si te proporcionase la libertad, seria pagarte caro un secreto que, atendiendo á la posicion de las cosas, te traerá probablemente muchos peligros y poco dinero.

Guillermo Poiré quiso hacer nuevas objeciones, pero el inventor le alarmó en tales términos acerca de los peligros de su situacion, que no pudo menos de consentir en entregar la declaracion el mismo dia en que le concediesen la libertad.

Esta esplicacion habia tenido lugar la víspera del dia en que Robespierre habia dictado á Julien aquel famoso discurso, que con justo presentimiento denominó su testamento de muerte. Segun se ha visto, Leguin se habia apresurado á llamar á Julien, pidiéndole una orden para poner en libertad á Guillermo Poiré. Tambien se ha visto que el paso dado con Julien fue enteramente inútil.

Despues de su salida, Saturnino se mostró indignado con este primer contratiempo, porque habia dado parte á su madre de la existencia de tan importante documento, y Mad. de Perbruck, á quien atormentaban continuamente los remordimientos de haber perdido la posicion de su hijo, no pudo menos de aceptar esta esperanza con tales muestras de entusiasmo, que Saturnino temblaba solo al pensar cuán doloroso le seria el que estas esperanzas saliesen defraudadas. Hallábase sumergido en un profundo silencio; cuando de repente el hombre de las invenciones se levantó y gritó con una violencia, que Saturnino no habia visto en él:

—Vamos, vamos, es menester emplear los grandes medios; es preciso que salten unos ú otros. Déjame obrar y cuida de estar atento á mis mandatos. Vamos á hacer nosotros tambien un poco de revolu-

cion, y ya verás como me doy buena maña en este asunto. Solo falta que convengamos en una cosa: y es que yo siempre pueda encontrarte sino aquí en tu casa: durante estos dias procura no dejarte ver en ninguna parte; no pasará mucho tiempo sin que tengas necesidad de presentarte.

Saturnino fue á comunicar estas noticias á su madre y á Luisa. Cuando se acercó á la modesta habitacion donde vivian aun, á pesar del cambio acaecido en su fortuna, oyó hablar en alta voz.

Era Julien, el cual se espresaba con una violencia, que no le era familiar. Saturnino entró súbitamente en el cuarto, temiendo que el secretario de Robespierre no hubiese faltado al respeto á su madre ó á Luisa.

—¿Qué hay de nuevo? ¿qué pasa? exclamó al ver llorando á Luisa y á su madre.

—Hay de nuevo, dijo Julien, que es preciso que estas señoras salgan de Paris inmediatamente. No es una órden que yo les prescribo, sino un consejo que vengo á darlas.

—Me admira sin embargo, dijo Saturnino con aire severo, que si ese consejo se les ha dado de un modo amistoso y conveniente, haya podido hacer llorar á mi madre y á la señorita de Paradeze.

—Es que no sabeis lo que ha venido á anunciarnos Mr. Julien, dijo Luisa.

—¿Qué es? preguntó Saturnino.

—Que tal vez dentro de muy pocos dias yo no podré hacer ya nada en vuestro favor, dijo Julien. Tengo confianza al comunicaros este peligro, porque puede muy bien realizarse sin que os sea dado influir sobre él. Dentro de tres dias Robespierre debe atacar en la

Convencion á los miembros de los comités que se oponen á su marcha. En esta lucha triunfará ó sucumbirá. Si sucumbe , pereceré con él. Entonces solo os pido que no os olvideis de que he querido salvaros. Pero lo mas terrible de vuestra posicion consiste en que bastará tal vez que sepan mis intenciones con respecto á vosotros, para que os persigan tambien los poderosos enemigos de Robespierre: si la persona en quien yo confio, se vé vendida ó abandonada por sus amigos, vuestra pérdida es infalible. Por otra parte, no podrá obtener la victoria mas que con el apoyo de los jacobinos, muchos de los cuales están dominados por Carrier, á quien entonces Robespierre no podrá negarle cosa alguna. Carrier pedirá la cabeza de todos los que se han atrevido á oponerse á sus mandatos; su primera víctima será la muger que quiso hacerle sufrir la suerte

de Marat, y en su defecto, dispondrá de la vida de la que tan generosamente se ha colocado en su lugar.

—Eso es lo que yo no podré consentir jamás, dijo Luisa.

—Pues bien, perecereis tambien sin salvarla, repuso Julien.

—Cumpliré con mi deber, contestó la señorita de Paradeze.

—Yo mismo sucumbiré tal vez, dijo Julien, no me hago ilusiones; porque si es preciso que Robespierre me sacrifique para reunir en torno suyo á los únicos que pueden salvarle, iré al sacrificio. No debo olvidarme de que el disentimiento de Robespierre y sus cólegas proviene de mis continuas comunicaciones á los comités, pidiendo con instancia la destitucion de Carrier. Pues habiendo cedido una vez á mis instancias, sus enemigos dedujeron que siempre se sometia á tales exigencias, y se ha visto desterrado de

los negocios, por decirlo así; abandonado, pues, por sus cólegas, solo encuentra una tibia acogida entre los jacobinos, que le echan en cara su debilidad. Asi es que de cualquier modo, ora triunfe, ora sea vencido, habré de perecer sin remedio. Y en todo caso el peligro es igual para vosotros. ¡Partid, pues!

—No, dijo Luisa, no! Si Margarita debe espiar su generosidad, yo espiaré el crimen de que se me acusa.

—He ahí porque lloraba vuestra madre, dijo Julien, y la señorita de Paradeze lloraba tambien, porque nosotros nos arrojamos á sus plantas, suplicándola que cediese á nuestros ruegos; unid los vuestros, Saturnino.

—Tienen razon, repuso este.

—¡Ah! exclamó Luisa, vos no podeis darme tal consejo.... no queriais ver en vuestra hermana una cobardia semejante!....

Hallábanse unos y otros en esta triste situacion, cuando oyeron de pronto una voz chillona que llamaba á Saturnino.

CAPITULO LXIX.

Esla Coleta, dijo Saturnino, abriendo la puerta.

La bailarina se presentó al momento.

—¡Ah! misericordia! exclamó; ¡qué carrera!

—¿Qué hay de nuevo? preguntó Saturnino.

La Coleta miró á Julien, y dijo:

—¿Se puede hablar delante del señor?

—Si por cierto, es un amigo, contestó Saturnino.

—Pues bien: vengo de la abadía: he encontrado allí á la barrendera del archivo.

—¡A Margarita! exclamó Julien.

—Sí, al parecer no podia tenerse en pie; creí que iba á morirse; no bien me acerqué á ella, me conoció y me dijo: »Tomad esta carta, y os agradeceré en extremo que se la entregueis, lo mas pronto posible, á la señorita que vive con Saturnino.» Apenas habia concluido de decirme esto, se encontró muy mala y tuvieron que llevársela.

Estas palabras causaron un movimiento de asombro y de dolor en todos los circunstantes.

—Antes de abrir esta carta, exclamó Julien, no os olvideis, señorita, de lo que yo os he dicho;

yo no he podido cumplir el juramento que os habia hecho; yo no puedo responder de la salvacion de Margarita; os devuelvo, pues, la palabra: no quiero que por cualquier accidente ó por una enfermedad, que disponga de la vida de Margarita, me vea yo libre de la palabra que os he dado. Ahora podeis leer.

La señorita de Paradeze abrió la carta y la leyó instantáneamente. Púsose horriblemente pálida, dió un grito espantoso y cayó sin sentido... La carta se le escapó de las manos: Saturnino, la marquesa de Perbruck y Coleta se apresuraron á prodigarla socorros.

Entretanto, asombrado Julien con el efecto que habia producido esta carta, la recogió y la leyó tambien: su contenido debia de ser muy terrible, porque Julien se puso tambien pálido como un cadá-

ver, un estremecimiento nervioso le hizo estregar el papel lleno de ira y con las manos trémulas, y un rayo de cólera vino á dilatar sus pupilas, en torno de las cuales asomaba un disco de sangre. Entretanto la señorita de Paradeze recobró el uso de su razon: parecia que queria volver á coger con sus manos crispadas la carta que se le habia caido de entre los dedos. Por fin abrió los ojos y la vió en manos de Julien.

— ¡La carta! exclamó con voz ahogada. ¡La carta!

Julien la desdobló, respondiendo con una voz que apenas se percibia:

— Seremos dos los que habremos de perdonaros, ella en su prision, yo en mi patíbulo!

— Pero ¿qué es esto? exclamó Mad. de Perbruck.

Y diciendo y haciendo cogió la carta y leyó en alta voz lo que

sigue :

»Señorita : en el fondo de mi
»prision he sabido que Saturnino,
»ó mas bien el marqués de Perbruk
»(pues me consta que le pertenece
»este título), he sabido que Satur-
»nino os ama, y que vos correspon-
»deis á su amor. He sabido tambien
»que el único obstáculo que se
»opone á su felicidad..... soy yo!...
»vos no quereis abandonar á la in-
»feliz que ha ocupado vuestro pues-
»to, y permanecéis inmóvil solo
»por cumplir la palabra al que os
»ha prometido mi salvacion..... Pues
»bien: yo os hago gracia de esa
»palabra: ni él, ni ninguna otra
»persona en el mundo, no tendrá ya
»que salvarme..... Cuando recibais
»esta carta, ya habré dejado de
»existir... Vos no tendreis ya nada
»que temer por mí. Podreis mar-
»charos, librándoos de un empeño
»que de hoy mas carece entera-
»mente de objeto. No me agradez-

»cais el sacrificio de mi propia vida, ni lo considereis como un acto de sublime abnegacion; en este caso no hago mas que servirme á mi propia..... trato de librarme del mas horrible de los tormentos, de la humillacion de un amor desdeñado..... Saturnino os ama y yo amaba á Saturnino; habedlo conoceis que yo debo morir..... os perdono.»

—Y yo os perdono tambien, dijo Julien, aunque no creia haber merecido me hicieseis semejante traicion.

—¡Una traicion! exclamó Luisa levantándose atrevidamente: os equivocais, Julien! habré podido no ser árbitra de los movimientos de mi corazon; pero la palabra que os he dado la hubiera cumplido si no me hubieseis librado de esta obligacion; todavia estoy dispuesta á cumplirla.

—Muy feliz sois, señor de Per-

bruck, dijo Julien..... tendreis una esposa digna... pero creedme, debéis alejaros de Paris..... decidme solamente á donde podré escribiros una sola vez, para que tengais un recuerdo mio, y entretanto, adios.

Y se alejó al momento.

Apenas habia salido de casa entró Leguin en puntillillas y dijo:

—Sí; es menester salir de aquí, pero no de Paris: hace un cuarto de hora que estoy á la puerta, oyendo vuestras bellas frases: lleno de impaciencia, porque pueden llegar de un momento á otro.

Y diciendo y haciendo, sacó nuestro hombre un lio de ropa echándolo en el medio del cuarto.

—¿Qué es esto? exclamó la Coleta.

—Tu vestido de calcetera, con el cual bailabas la caramañola sobre el altar mayor de Nuestra Señora con Beaupré de la ópera. Ya podeis

ponéroslo, amable jóven, añadió dirigiéndose á Luisa; y vos, señora, agregad esta escarapela tricolor y estas cintas encarnadas á vuestro gorro, y salgamos pronto, pronto. Vamos, Coleta, viste á estas señoras, que yo no miro.

Leguin llevó consigo á Saturnino á un rincón del gabinete mientras que las damas hacían su tocado, y continuó diciendo:

—Tú me preguntas qué quiere decir esto: esto quiere decir que segun parece, ese malvado de Guillermo Poiré ha sorprendido cierta carta en que se te anunciaba la muerte... de una tal Margarita...

—¡Qué! ¿ha muerto? exclamó Luisa.

—¿Habeis concluido? dijo el buen hombre sin volver la cabeza. Todavía no; pues bien, continuaré. Llego á la abadía... Yo habia querido intentar otro medio, que era entenderme con el carcelero á fin

de que dejase escapar á Guillermo... Encuentro á este tunante descaramado hasta mas no poder. Como te acabo de decir, habia sorprendido á Margarita escribiendo la carta que acabas de leer; pero como él queria saberlo todo, se hizo el desentendido, dejó á Margarita entregar la carta á la Coleta, á quien fue preciso dar las señas de esta casa. Hecho esto, el gran tunante se dió prisa á ponerlo en conocimiento de Carrier. El mismo me ha contado todos estos pormenores, frotándose las manos, y lleno de alegria. Yo por mi parte, recojí mis escudos, le dejé en la cárcel y me viene corriendo. Por lo demas, en la cárcel no se hablaba mas que de la desastrosa muerte de esa jóven que se habia envenenado.

— ¡Ah! ¡desventurada! exclamó Luisa.

— ¡Hola! ¿Estamos ya? dijo Leguin. Vamos, marquesa, dadme el

brazo, y vos señorita, tomad el de la Coleta, voy á llevaros á un lugar seguro.

—¿A dónde?

—Primero á la taberna.

—¿Cómo es eso? dijo Saturnino.

—No hay que hacer el remilgado, es preciso pasar alli el dia: nadie se mete con las mugeres que se divierten. Coleta os acompañará y hará que os respeten. En todo caso hay que tener en cuenta que por una palabra mas ó menos indecorosa no se debe arriesgar la cabeza.

—Teneis razon, dijo Luisa.

—Saturnino, yo necesito de tí, prosiguió Leguin. A las siete volveremos á buscar estas señoritas: las llevaremos al teatro... este es otro lugar de asilo. Allí las dejaremos, porque tenemos que hacer bastante en otra parte. A la salida del teatro esperarán á la Coleta, despues de haber acabado su papel,

y se irán con ella á su casa. ¿Entiendes, Coleta? nos aguardarás toda la noche... es preciso.

Mientras que así hablaba el inventor, la marquesa y Luisa acababan su tocado.

—Pero y este cuarto? dijo la marquesa.

—Se cierra con llave, contestó Leguin; si los satélites de Fouquet vienen, ya tendrán cuidado de echar la puerta al suelo. Pero no os lleveis ni una astilla de la casa; no sea que vayan á creer que se ha mudado la familia: al encontrarse con la casa segun está, se llevarán un solemne chasco, y son capaces de estarse de planton aguardandoos todo el dia y toda la noche, creyendo que teneis que volver. Esto será lo mejor que pueda suceder para desorientarlos, y que no puedan seguir la pista. Además se gana tiempo y no hay que olvidar que las horas son siglos, pues esto mar-

cha y marcha muy de prisa!

En esto salieron de casa.

Bajaron al *boulevard*, tomaron un carruage, y llegaron á la puerta de una taberna de la calle de San Honorato, á donde Leguin los hizo apearse.

Nuestro hombre debia ser muy conocido del dueño de la taberna, pues le dijo al instante:

—Ahi tienes á esas dos mugeres, con las cuales yo y mi compañero pensamos cenar esta noche. Métemelas por ahi en cualquier rincon, donde no las incomoden demasiado. La vieja que las acompaña ha hecho salir á la mas jóven de su casa á escondidas, y no quisiera que las conociesen.

Merced á esta recomendacion, el tabernero hizo subir las mugeres á un cuarto reservado, no sin haber dado primero una palmadita en el hombro de Leguin, diciéndole en tono de familiaridad:

—¡Ah, libertino, libertino! ¡Con qué siempre tienes gente nueva!

Felizmente no entendió la Coleta la salida del tabernero. Leguin se disculpó con estas señoras por la manera de presentarlas, pero acudiendo siempre á su grande argumento, que era preciso no esponer la cabeza por incomodidades que no valian la pena.

Al cabo de una hora Saturnino y su amigo estaban en la calle *Basse du Rempart*, en la esquina de la calle de Saint Honoré. Encontrábanse allí reunidos unos doce hombres. Saturnino se estremeció al oirlos nombrar: eran todos individuos de la Convencion, cuyos nombres se referian á los actos mas violentos de aquella asamblea, Tallien, Billaud Varennes, Barras, Dubois-Crancé, Cambon, Barréré, Vadier.

La llegada del amigo de Saturnino fue un verdadero acontecimiento.

— ¡Y bien! le decian por todas partes ¿por qué nos has traído aquí?

— El tigre afila sus garras, repuso aquel, Robespierre quiere acusaros.

— ¿Qué quiere? exclamó Barrere con su voz llanteada.

— Pedir á la Convencion un decreto que le auterice para acusaros.

— ¡No se atreverá! dijo Vadier, anciano trémulo y cuyo semblante de chacal habia llenado de espanto al Ariege, víctima de sus persecuciones.

— ¡Vaya si se atreverá! exclamó el apuesto Dubois-Crancé, y tú le dejarás condenar como cada hijo de vecino.

— No, replicó Tallien, Robespierre será el que saldrá condenado. ¡Yo lo condeno!

Es preciso atender á los jacobinos, dijo con calma Barrere.

— Esa es canalla, repuso Billaud-Varennés con desprecio. El día en que se mande á cien hombres con palos para echar de allí á esos grajos, desaparecerán mas que de prisa.

— ¡Huuh! ¡Huuh!..... ¡Huuh!.... dijo Leguin silbando, no se trata de charlar: obras son amores y no buenas razones: el caso es estar prontos para el día del ataque. ¿Cuándo se verificará? esa es la cuestion.

— El 8 termidor, dijo Saturnino: yo lo sé.

— ¿Quién es ese jóven?

— Un hombre seguro, dijo el amigo de Saturnino. Ya le he escojido su papel y lo desempeñará como el primero. ¿Con que Robespierre atacará el 8 termidor?

— Es menester atacarle antes, dijo Dubois-Crancé.

— ¿Cómo? ¿Por qué razon? esclamó Leguin: ¿Acaso porque se haya retirado de los comités de un mes

á esta parte! pero si hoy es criminal, no lo era menos hace cuarenta dias. Todos sus actos de despotismo son anteriores á esta época. No os propongaís sorprender al tirano; él os aguarda, y eso es lo que le pone furioso. Dejémosle venir; pero tened vuestras respuestas preparadas: que cada uno de vosotros reuna todo lo que pueda saber sobre el particular.

—Todavía está en correspondencia con Catalina, exclamó Cambon.

—Ha dado certificados de civismo á varios aristócratas, dijo el anciano Vadier.

Saturnino, á quien habia proporcionado uno Julien, se quedó frio como la nieve.

—Ha sostenido á Lavalette en el mando de la guardia nacional de Pas de-Calais, dijo Dubois-Grancé.

—Nos ha usurpado nuestras atribuciones, exclamó Billaud Varennes, ha invadido todos los poderes, ha

decidido sin consultarnos las cuestiones mas graves, ha enviado al ejército á su hermano y á Saint-Just para contrarestar las operaciones de Carnot; ha buscado con ahinco la derrota de las armas republicanas, y se ha empeñado con todo su poder para conseguirlo, porque tiene miedo á cualquier hombre de un talento superior. Es un ambicioso y un tirano. No se deben combatir precisamente algunos actos miserables de su vida, sino mas bien la política tortuosa, cruel y ambiciosa que ha seguido para reunir todos los poderes en una sola mano. Y todavia ha cometido un crimen mas grave: nos ha hecho matar á Danton!

Se trató de reclamar.

—Y nosotros hemos obedecido, respondió Villaud-Vareannes, y ahora quiere matarnos tambien, y se le obedecerá si nosotros no le matamos primero.

—Muy bien, muy bien, dijo Leguin; id amontonando á vuestro albedrio los graves y los menores pecados, las faltas veniales y los erímínes capitales. Que todo esto llueva sobre su cabeza como un espeso rocío; pero es necesario mucha táctica..... ¿Cómo pensais recibir su discurso?

—No le escucharemos.

—Al contrario, dijo nuestro hombre, es menester oirlo..... oirlo sin interrupcion..... hasta el fin y con el mayor silencio.

—Pero las tribunas aplaudirán, no faltará un jacobino, dijo Barrere.

—¿Y si no hubiese lugar, dijo Leguin, si tuviésemos bajo las órdenes de este mocito que veis aqui, y que no tiene miedo á nada, cuatrocientos ó quinientos obreros decididos que se moverán á la menor seña que él les haga, que estarán mudos como troncos..... en tanto

fuere menester..... tendreis miedo todavia á las tribunas? Dejad hablar á Robespierre cuanto quiera, dejar caer en medio de un silencio profundo y avasallador esa facundia hueca y berbosa, que no tiene mas valor que las tempestades que escita: en vez de indignaros ó de bramar como las movibles aguas del Oceano, mostraos inmóviles y helados como rocas, y vereis á esa palabra que os hace temblar perderse en graznidos inútiles. El dia en que asi dejeis hablar á Robespierre, será perdido; caerá de su pedestal, arrastrado por el peso de su nulidad política.

Esa opinion fue unánimemente adoptada, y luego se convino en que los diputados de la montaña, enemigos de Robespierre, verian á los que se llamaban diputados de la llanura, que se habian negado á sancionar las medidas violentas.

Y luego, añadió el hombre de las invenciones, todavía tenemos contra Robespierre esa palabra eternamente repetida en torno suyo y á propósito de todo: «Robespierre lo manda, Robespierre lo ha dicho, Robespierre lo ha hecho.» Pues bien, que esta fórmula, con la cual el populacho ha celebrado tanto tiempo el poder del tirano, sea la que presida á la destruccion de su poder..... Llevadle ante el pueblo con el catálogo de todos los crímenes que han ensangrentado sus diez y ocho meses de terror, y decíd á voz en grito: «Robespierre lo ha dicho, Robespierre lo ha hecho, Robespierre lo ha mandado.»

—Y ahora mirad bien mi hombre, continuó el amigo de Saturnino mostrándoselo á los conspiradores, estará en las tribunas. Un dedo puesto en los labios de Billaud-Varennés querrá decir silencio, y las tribunas estarán mudas,

hasta que él se ponga su sombrero entouces estallará un tumulto espantoso. Cuando Tallien ponga la mano derecha sobre su corazón, se darán vivas á los comités. Pero atended bien á esto, cuando Billaud levante las dos manos juntas sobre su cabeza, entonces comenzarán los gritos de ¡ Muera el tirano ! Entonces os llegará vuestra vez..... ¡ Animo !... ¡ Dios mio ! Un tirano no es mas difícil de echar abajo que una comedia; todo consiste en saber dar bien la silba.

Separáronse unos y otros, y Saturnino y su protector emprendieron juntos el camino de la fábrica que habian establecido en el arrabal de San Antonio.

Durante la travesía fueron preparando la escena que pensaban representar delante de los operarios.

CAPITULO LXVIII.

Llegaron á un inmenso taller donde se hallaban reunidos cerca de doscientos operarios. Primeramente fueron examinando sus trabajos, y segun lo que habian convenido, Leguin se mostró muy descontento de lo que pasaba, mientras que Saturnino sostenia que los operarios no podian hacer mas; la discusion se fue acalorando poco á poco; en

fin, Leguin saliendo de sus casillas, comenzó á decir:

—Sin duda teneis gana de que me corten la cabeza; y á fé que lo conseguireis, si no entrego á tiempo lo que he prometido.

—No se le corta la cabeza á un hombre porque no pueda hacer imposibles, exclamó Saturnino.

—Anda á decirle eso á Robespierre, replicó el inventor, y verás lo que te contesta. ¿Crees tú que aprecie mucho mas mi cabeza que las de Vergniaud, Gensoné, Danton y todos cuantos han contrariado su voluntad? Vamos, trabajad de prisa, ó de lo contrario os despediré, y tomaré otros, y vosotros tendreis que ir á pedirle trabajo á Robespierre.

—Pues bien, exclamó Saturnino, si Robespierre se porta así, es un hombre muy poco razonable.

—Cierto, respondieron alguno^s operarios, es muy poco razona-

ble....

En el estado en que se hallaban los ánimos, el haber conseguido que dijese algunos operarios que Robespierre era muy poco razonable, era ya un paso inmenso...

—¡Quereis callar! exclamó el inventor; por haber dicho esa palabra mereciais ir todos á la guillotina.

—¡Ba. ba! repuso Saturnino, no hay guillotina mas que para los nobles y los ricos; el día en que Robespierre se atreva á tocar al pueblo, este le hará ver que siempre es soberano.

—Bien lo sé, dijo el inventor, pero no seria difícil que el pueblo se olvidase de esa circunstancia. Y yo vendria á pagar su olvido. Vamos, vamos al trabajo.

Y salió sin decir mas palabra.

—¿Con que es cierto, pregun-

taron algunos operarios á Saturnino, que Robespierre le ha amenazado?....

Saturnino respondió con aire misterioso:

—Y tan cierto. Parece que ha dicho que los operarios del arrabal de San Antonio eran perezosos y malos ciudadanos, y que los del arrabal Marcel eran los únicos diestros y trabajadores.

—Pues bien, exclamó un enorme atleta de una fuerza hercúlea, si Robespierre ha dicho eso..... por mas que sea Robespierre, yo sostendré que es un animal.

—¡Chit! dijo Saturnino, cuidado con esas espresiones mal sonantes, pues seria capaz... Pero decidme: pues ya sabeis que hace poco tiempo que estoy en Paris: decidme, es cierto que Robespierre, el Rey de los descamisados, lleva siempre polvos en la cabeza, calzon corto, y chupa de botones de metal, y

que mira con desprecio el pantalón, la *caramañola*, y el gorro encarnado?

—Yo no sé si los desprecia, pero lo cierto es que no los lleva, dijo uno de los operarios.

—Es gracioso esto, dijo Saturnino: yo no le he visto nunca: me habian dicho eso, pero yo no queria creerlo. ¡Hola, hola! ¿Con que se ha puesto como un aristócrata?

—Poco mas ó menos.

Saturnino hizo una mueca y añadió:

—Es un pícaro. Me parece eso muy extraordinario. ¿Y estará muy soberbio?

—¡Caramba! cuando uno es el amo!

—¡Pues qué! ¿Hay algun amo para el pueblo? exclamó Saturnino: ¿nuestro trage no es el de la igualdad? No puede ser, Robespierre no ha conservado los polvos.

—¡Ah! dijo un operario, es ca-

paz de todo.

—Permitidme sin embargo... los polvos y el calzon corto me disgustan extraordinariamente.

Insistiendo en estos pormenores de vestido, Saturnino seguia las instrucciones de su protector. Este le habia dicho: presentándoles ante su vista el insolente menosprecio con que trata Robespierre á los mismos de quienes se sirve, estos entendimientos embrutecidos no dejarán de comprender que ese hombre quiere hacer de amo; y será para ellos mayor crimen el traer pantalon de mankin y media de seda, que hacer rodar en el patíbulo centenares de cabezas inocentes. Censúresele por su lazo de cinta, dispútesele la chupa azul, y de esto se pasará á su política; dejadles obrar, como lleguen á ponerle la mano encima, no se causarán hasta que lo hayan devorado.

Sin embargo, Saturnino no pasó

adelante: tanto él como su protector se habian reservado golpes mas decisivos para los dias siguientes. Al anochecer se dirigieron á la taberna, donde les aguardaban la Coleta, Luisa y Mad. de Perbruck.

A pesar de las instancias de Coleta, las dos señoras no habian querido tomar cosa alguna. El tabernero estaba de mal humor, Mr. Leguin se puso furioso.

—¡Qué diablos! exclamó; si andamos con esas gazmoñerías, pronto se echarán á pensar que sois princesas disfrazadas.

Mandó disponer una comida opípara, y para probar al virtuoso y muy republicano tabernero que tanto él como sus recomendadas tenían el corazon lleno de gozo y que ningun cuidado les daban las desgracias de la época, comió y bebió por los que no podian hacer otro tanto; la Coleta le ayudó á la fiesta, Saturnino puso tambien cuanto pudo

de su parte, y el resultado fué que el tabernero quedó contento. El anfitrión pagó sin regatear, y ya se preparaba la comitiva para encaminarse al teatro, cuando el tabernero detuvo á Mr. Leguin.

—Ciudadano, le dijo con aire de mal humor, parece, segun tengo entendido, que tú estás en buena armonía con Robespierre y los comités?

—Yo me llevo bien con todos los buenos patriotas.

—Y bien: en ese caso les dirás que es una cosa indigna haber quitado la guillotina de la plaza de la Revolucion para llevarla á la barreira del Trono.

—¿Y por qué razon?

—Has de saber que pago por esta tienda y entresuelo mil quinientas libras, y que lo he alquilado en doble de lo que vale porque las carretas revolucionarias pasaban por aqui: asi no faltaba quien me bicie-

se gasto, y se bebia de lo lindo en mi establecimiento á la salud de los que habian ganado á la gran loteria de la guillotina. Desde que el comité ha tomado la determinacion de confiar la guillotina al arrabal de San Antonio, yo no hago nada, eso me arruina. ¿Por ventura se avergüenzan de la guillotina los miembros de los comités, que asi la destierran á un arrabal? Su sitio debiera ser en las Tullerias.... en el ex-salon del Trono!

—Es posible, respondió nuestro imperturbable inventor, pero los otros mercaderes de la calle de Saint-Honoré se han quejado de que eso perjudicaba á su comercio, y tú no ignoras que la mayor parte cerraba sus tiendas.

—Esos son aristócratas, dijo furioso el tabernero: debieran haberse procesado.

—Por haber puesto candados á sus tableros. ¿Y la libertad?...
n
p
b
rr
at
ti
se
di
u
R
pi
se
en
de
qu
ce
de
ep
Le
er

—La libertad, dijo el tabernero, no se ha hecho mas que para los patriotas.

—No digas eso, repuso en voz baja el anfitrión, que te van á tomar por un aristócrata.

—¡A mí! exclamó el tabernero asombrado. ¿Yo aristócrata?

—¡Diablo! ¿qué decían en otro tiempo los nobles? Que la libertad solo se habia hecho para ellos. Tu dices lo mismo: por consiguiente eres un aristócrata. Cuidado con eso, Robespierre no los puede ver ni pintados, y ora gasten escarpin de seda, ora zapato de doble suela, los enviará á todos á la máquina grande, y si á tí te acomoda, el día que tu vayas, yo cuidaré de hacer pasar las carretas por delante de tu puerta.

El tabernero bajó la cabeza: el epíteto de aristócrata que le diera Leguin le habia aterrorizado. Esta era la mas terrible acusación que

se podia fulminar contra aquellos á quienes no habia que echar en cara ningun hecho determinado. ¡Cuántas cabezas han rodado por cosas mas inocentes que el aforismo político formulado por el descamisado tabernero.

Desde alli los convidados de Leguin fueron al teatro Audinot: representábase aquella noche una antigua pieza de Mercier, cuyo asunto ha sido trasladado por Sedaine á la ópera cómica *El desertor*. La pieza de Mercier está llena de esa hinchazon pedantesca aunque apasionada, que el autor ha dado á todas sus composiciones. Hacia algun tiempo que la escena en que Luisa, la novia del desertor, pedia y obtenia el perdon de su amante, habia sido cambiada, y el representante del pueblo que sustituia al Rey, rehusaba el perdon diciendo que el pueblo no conocia mas amor que el de la patria.

En los primeros dias , esta mutacion habia sido acogida con furiosos aplausos , mas luego , ora fuese por la costumbre de ver siempre una misma cosa , ó bien que el espíritu público se hubiese modificado ya , no habia mas que algunos miserables de la especie del tabernero de la calle de Saint-Honoré , que aplaudiesen semejante escena.

Cuando llegó esta , el protector de Saturnino , que habia observado en el salon á algunos de sus operarios , cogió bruscamente el brazo á Saturnino y Luisa , diciéndoles:

— ¡ Vaya , sostenedme , comencemos la bulla !

Y al punto , sin prevenirles de lo que iba á hacer , se puso á gritar :

— ¡ La escena del perdon... el perdon !

El público empieza á removerse,

y Saturnino hace una seña á los operarios, gritando tambien:

—Sí, el perdon, el perdon.....
¡Basta, basta! el perdon!...

Los operarios responden con entusiasmo: el perdon!

Algunos furiosos se suben en los bancos gritando:

—¡No, que le fusilen, que le fusilen!.....

Entonces todos gritan á la vez; unos piden el perdon, y otros el fusilamiento. El tumulto era espantoso, las amenazas horribles. La marquesa de Perbruck toda trémula, se cogia á Saturnino que insultaba á los mas furiosos. Pero Luisa, arrebatada por aquel movimiento se levanta gritando tambien:

—¡El perdon... el perdon!.....

El aspecto de esta linda jóven con su escarapela tricolor y su gracioso traje, inflama á los moderados que se ponen á ahullar: perdon, perdon...

Llega á la sazón un comisario de policía, reclama el silencio, y solo logra conseguirlo para oír gritar á Saturnino con voz estentórea :

—El pueblo soberano quiere el perdón : obedeced al pueblo soberano.

A este violento apóstrofe, en todo el salón resuena la gritería de:

—El perdón... el perdón.....

El comisario baja la cabeza, los terroristas callan, y la escena se representa como antiguamente, delante de un público que permanece de pie encima de los asientos, que aplaude furiosamente, y que se patea con tal entusiasmo que muy pronto todo el salón aparece cubierto con una espesa nube de polvo.

Leguin se aprovechó de esta confusión para dejar su asiento; pero en vez de salir por la puerta del *boulevard*, donde hubieran po-

dido aguardarle los agentes de policía, ir en su seguimiento y arrestarle, se llevó consigo á Saturnino, Luisa y la marquesa de Perbruck por los pasillos, y como abonado fijo al teatro de la Coleta tenía una llave, con la cual los hizo pasar por el escenario, y á todos tres les condujo hasta el cuarto de su bella. Segun se habia convenido, las dos señoras pasaron la noche con la actriz, y Saturnino se fue con su patron al taller, á donde habia llegado lo que se llamaba la escuadra de noche.

En efecto, cierto número de obreros trabajaban desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, y un número igual continuaba los trabajos desde las seis de la tarde hasta las seis de la mañana. Estos últimos eran los mas turbulentos, y en su mayor parte asistian con la mayor asiduidad á las ejecuciones que se hacian en la

barrera del Trono. Eran mas difíciles de seducir que los otros: asi es que Saturnino y su patron habian ideado otro medio al efecto.

Este último se puso á recorrer los talleres, haciendo las mismas recomendaciones que habia hecho por la mañana, y reproduciendo pocas ó mas la misma escena que ya hemos descrito. Los operarios escuchaban atentos, pero no parecian inquietarse mucho por el peligro que podia amenazar á su señor; cuando este empieza á gritar hecho una furia, preguntando por qué no habian llegado una docena de operarios.... les amenaza con despedirlos... Les llama bandoleros.

— ¡Y bien! dijo uno de los obreros, se estarán divirtiendo un poco...

— No se divertirán mucho en donde están, dijo Saturnino.

— ¿Y dónde están?

— En la Conserjería.

— ¡Arrestados! gritan todos á

una voz, ¿y por qué?

—Porque ayer mañana, en una taberna del barrio Charonne han bebido á la salud de los jacobinos, antes de brindar por la de Robespierre.

—¡Ba, ba! dijeron los operarios, eso no es posible.

—Pues es así, dijo Saturnino; Robespierre no quiere que nadie sea preferido á él; ni comité, ni convencion, ni jacobinos, ni pueblo!

Hubo un momento de indecision en la concurrencia: una casualidad determinó la explosion: un hombre medio borracho, que sin duda no sabia lo que decia, empezó á gritar:

—¡Abajo Robespierre!

Y todos los talleres repitieron:
¡Abajo Robespierre!

A los pocos momentos, ya fue necesario calmar y contener á los que algunos minutos antes se mostraban tan indecisos y tan difíciles

de seducir. Todos querian ir á buscar á Robespierre. Pero Saturnino les manifestó que aquel debia hablar al dia siguiente, y les prometió darles á todos asiento en las tribunas.

El patron y Saturnino, contando ya casi de seguro con su gente, amaestraron poco á poco á los operarios, y concluyeron por persuadirles de que á Robespierre no debia juzgársele sin oírle; que le dejasen hablar, pero que impusiesen silencio á los esclavos del tirano.....

Entretanto los jacobinos, avisados por Robespierre, obraban en contrario sentido y por medios análogos. Habian reclutado todo lo mas vil y mas abyecto de los arrabales de San Marcelo y San Antonio, para ocupar las tribunas y hacer una ovacion á Robespierre. Pero cometieron una torpeza, repartiendo desde luego dinero, asi es que cuan-

do en la madrugada del 8 termidor, toda esta canalla llena de vino quiso ir á instalarse en las tribunas de la Convencion, las encontró casi atestadas por los operarios que Saturnino dirigia y por un sinnúmero de mugeres que habian podido llevar consigo. Saturnino estaba en el medio á la cabeza de todos los suyos, á quienes podia mover con el menor gesto.

El patron se habia colocado en el banco mas alto para vigilar los movimientos, y los dos iban en traje de obreros, con gorro encarnado en la cabeza, sin chaqueta, los brazos remangados y el semblante desfigurado por las tintas lívidas de la borrachera.

Ya la víspera habia comenzado su ataque Robespierre: habíase leído una peticion, la cual venia á ser un furibundo elogio de Robespierre, y una acusacion no menos furibunda contra cuantos se oponian á su

feroz despotismo. Esta peticion habia sido escuchada silenciosamente por aquellos mismos cuya cabeza se pedia. Los jacobinos habian triunfado, y desvanecidos con el humo de la victoria decian muy ufanos en la sesion de la noche, que los traidores aterrorizados habian bajado la cabeza para el sagrado holocausto.

En este estilo se hablaba siempre de las ejecuciones de la guillotina.

Robespierre no estaba contento; pero ostigado por Henriot, Fleuriot, Dumas, Boulanger y su hermano, que habia llegado aquel mismo dia, se resolvió á pronunciar su famoso discurso. Cuando se presentó en la tribuna, donde no aparecia sino de tarde en tarde, algunos palmoteos aplaudieron; pero una voz chillona exclamó de repente:

—¡Silencio! dejad hablar al Rey de los patriotas!

La palabra de Rey tan inopertunamente lanzada ante aquella asamblea, sorprendió á todo el mundo, y con efecto se guardó el mas profundo silencio. Robespierre que veia delante de sí todo aquel pueblo de gorros encarnados, supuso desde luego que aquellos eran los que habian de sostenerle con sus aclamaciones, y dió principio á su arenga.

No es nuestro ánimo reproducir aqui ese estenso alegato, cuya enojosa y detestable fraseología ni la misma historia relatará. Solo diremos que era un acta de acusacion formal al mismo tiempo que una defensa de sus actos y de su propia persona. Todos aquellos, cuya muerte queria Robespierre, estaban claramente designados en este documento, aun cuando no se citase á ninguno por su nombre. Comenzó anunciando que iba á apagar la encendida tea de la guerra civil con

la sola fuerza de la verdad: esto pasó sin escitar mucho movimiento, aunque hubo algunos aplausos; pero se les hizo callar. Robespierre cuyo orgullo se irritaba con el silencio, volvió á la tarea con mas animacion: trazó el cuadro histórico de los sucesos que habian agitado á la nacion hacia algun tiempo: refirió los pasos que siguiera la Convencion superando todo género de obstáculos, traiciones é infamias de algunos de sus miembros, y dió á su voz toda la fuerza de entonacion que podia tener al esclamar:

«¿Quién ha salvado á la Convencion en estos dias de prueba? La montaña, ó en defecto suyo...»

Las tribunas habian prometido contestar á esa interpelacion. «¡Tú, Robespierre, Robespierre.» Mas ni una voz se oyó. y el orador tuvo que contestarse á sí mismo: «¡Yo!»

La falta de este movimiento, con el cual habia contado, le ponía muy en ridículo. Robespierre se puso pálido y continuó con voz alterada; pero al llegar á otro pasage, donde contaba con nuevas demostraciones, empezó á tartamudear, y á repetir. Quejábase de que la calumnia le perseguía, de que se le echasen en cara los rigores de la libertad; lastimábase hipócritamente de la terrible responsabilidad que habia echado sobre sus hombros; declara que él es un esclavo de la libertad, un mártir de la república, sobre el cual se hacia pesar todo lo que habia de terrible en sus mandatos; su sentimiento le arranca sollozos y suspiros; llega á decir que no es siquiera un ciudadano; que se tiene por un crimen el conocerle; se lamenta y vacila.

Nadie responde á esta pantomima; ni una sola voz le da palabras de consuelo, ni un solo grito viene

é decirle que tiene razon en considerarse abandonado de todos. Sus palabras caen en medio de este fatídico silencio vacio y sin ecos. Entonces la cólera se apodera de él; pasa á las acusaciones mas furiosas; las formula; insulta á los fuldenses, trata de bribones á Cambon, Ramel y á otros muchos; se va animando por grados, y llevado de su furor, traspasa los límites de la prudencia; reduce á la menor espresion los triunfos que acaban de conseguir los ejércitos de la república; calumnia á los generales; pero todo es inútil para su propósito.

En fin, trata de volver contra sus enemigos las mismas armas con que se le ataca, censura á los comités por sus crueldades, se supone el hombre mas moderado del mundo, y quiere aparecer como una víctima cuya ciega adhesion á la libertad ha sido calumniada.

Durante este largo discurso reynó

el mas profundo silencio. Varios emisaries enviados á las galerias lograron estimular el celo de algunos jacobinos, que habian podido obtener un asiento, y tal cual grito se levantó aislado, pero la misma voz los ahogó diciendo:

—Mirabeau ha dicho que el silencio del pueblo era la mejor leccion para los Reyes; es, pues, la leccion que deben aprender todos los tiranos cualquiera que sea su nombre!

A estas terribles palabras, Couthon dá un salto en su asiento, el diputado Lecoigne, preveyendo el peligro y para no dejar á los contrarios de Robespierre las ventajas de la primera decision, propone que se imprima su discurso y que se envíe á todas las Municipalidades. Bourdon del' Oise se opone á esta mocion; en fin, Couthon se lanza á la tribuna, con la amenaza y el furor en los lábios; no quiere discu-

sion, quiere, exige entusiasmo, y tal es el terror que inspira este energúmeno, que la asamblea obedece y vota la impresion.

Envalentonados los jacobinos de las tribunas con este acto de debilidad de la asamblea, prorumpen en gritos de: «¡abajo los fuldenses!» gritos al punto ahogados y reemplazados por otro sarcástico que dijo:

—¡Robespierre es un Dios! ¡arrodillaos delante de él!

Este apóstrofe irónico saca de su letargo á los enemigos de Robespierre. Estalla violentamente la tempestad comprimida; cada cual pelea por subir á la tribuna, todos quieren hablar á la vez. Sube el primero Vadier; pero Cambon se lanza tambien á la tribuna, le arroja de ella y levantando por fin la bandera del ataque, en lugar de defenderse, acusa á Robespierre; le dá sin rebozo el nombre de tirano. Bi-

llaud-Varennés toma en seguida la palabra, y ensoberbecido con la misma turbación de Robespierre, que no había replicado mas que algunas palabras sin vigor, lo ataca con mayor violencia, llamándole calumniador; le requiere á que nombre los diputados á que ha aludido, le acosa, le desafia. Robespierre, que en medio de su feroz orgullo jamás se había imaginado que pudieran hablarle en los mismos términos en que él hablaba á los demás, vacila, y concluye diciendo que ha señalado los abusos, pero que no acusa á nadie.

Si en aquel momento se hubiera atrevido á lanzar con descaro ante la asamblea los nombres de aquellos cuya pérdida había jurado, tal vez esa misma osadía los hubiera contenido; pero su debilidad le perdió. Le silban, le insultan de mil modos, y Barrère, aprovechándose del movimiento, pide

que se revoque la decision que ordenaba la impresion del discurso y hace que esta proposicion sea aceptada.

CAPITULO LXIX.

Robespierre, vencido públicamente por la primera vez, se retira llevando el corazon lleno de rabia. Dirigióse á los jacobinos: las puertas habian sido violentadas, y algunos hombres de revolucion habian entrado allí con Saturnino. Iban con el objeto de observar. Sabiase en el club la derrota de Robespierre, y querian compensarla con un triunfo.

Julien ocupaba la tribuna y denunciaba furioso los enemigos de la república, diciendo que la libertad acababa de desertar de la Convención, y que venia á refugiarse á los jacobinos en la persona de Robespierre.

En este momento aparece: le piden su discurso; y lo lee en medio de los aplausos mas frenéticos.

Saturnino que lo habia oido ya, no podia comprender que fuesen aquellas mismas las palabras que tan mal efecto habian causado en la otra asamblea. Mr. Leguin se acercó entonces á él, y le dijo:

—¿Qué crees que hubiera sucedido, si se les hubiese abandonado la otra asamblea como esta?

Saturnino iba á responder, cuando ve á Julien cerca de sí; el jóven lo habia conocido.

—Puedo contar con vos? le preguntó.

—Sin duda alguna, responde atre-

vidamente Leguin.

—¿Con qué, según parece, los aristócratas han llenado de sus seides las tribunas de la Convención?

—¡Bá, bá! contestó sencillamente el inventor.

—¿Podeis respondernos de algunos hombres?

—Ciertamente.

—Pues bien, tomad una targeta con ella podreis entrar antes que nadie por la puerta del pabellón de la ribera.

El patron guardó la targeta en el bolsillo.

—¿Qué vais á hacer? le preguntó á Saturnino.

—Ya que tan á la mano se me viene la ocasion, haremos que entre nuestra gente. La jugada no es mala.

Julien que se habia alejado un momento para repartir otras targetas, se acercó de nuevo para de-

cirles la hora. Y luego, inclinándose hacia Saturnino, la dijo:

—¿A dónde podré enviaros un paquete?

—A mi casa, respondió Leguin; Saturnino sale mañana para el ejército, ha sentado plaza de soldado.

—Muy bien, dijo Julien marchándose.

—¿Por qué le habeis dicho eso? preguntó Saturnino.

—Porque teniendo en cuenta las probabilidades de que muera en campaña, se conservará en buena disposición hacia tu novia.

Entretanto habian cesado los aplausos, y Robespierre queriendo animar en su favor la asamblea, repite las palabras que habia dicho á Julien pocos dias antes:

—«Este discurso que acabais de oír es mi testamento de muerte.»

Entonces se levanta una gritería espantosa mezclada de juramentos

y amenazas. Couthon pide que sean expulsados de la asamblea todos los que han votado contra Robespierre, y publica en alta voz la lista de sus nombres. Se les colma de injurias y denuestos, y se les echa de las tribunas. En este momento aun podia salvarse Robespierre. Un hombre se atrevió á pedir que se mandase prender inmediatamente á los conspiradores Tallien, Barras, Carnot, Cambon; y si Robespierre hubiese aceptado tan violento partido, acaso hubiera triunfado, acaso hubiera reproducido el destino de Cromwell; pero Robespierre no tenia valor mas que para decir injurias; no sabia obrar. Aplazó este recurso extremo para el siguiente día. Robespierre queria hablar aun; no podia convencerse de que no era ya señor de aquella asamblea, que tantas veces habia visto temblar delante de sí. Sin embargo, no dejó de preverse el caso de una nue-

va derrota : la municipalidad y los jacobinos debían continuar en sesión permanente, y si Robespierre salía derrotado, los magistrados debían declarar que el pueblo recobraba el ejercicio de su soberanía, y que la Convención estaba disuelta.

Henriet respondía de la fuerza armada. La lucha no estaba concluida, y amenazaba cambiarse en provecho de Robespierre; se necesitaba, pues, una mayoría impetuosa para derribarle, y la víspera los diputados de la llanura, contenidos por la mirada de Boissy-d'Anglas, habían asistido como simples espectadores á la lucha empeñada. Dubois-Crancé, que había sido también de la constituyente, se encargó de ir á buscarle. Rechazado hasta tres veces por la calma y el desden de su colega, encontró al fin una de esas frases que equivalen á una victoria.

—Lo rehusas, exclamó al dejarle, pues bien: ¡Caiga sobre tu cabeza toda la sangre inocente que aun haya de derramar Robespierre!...

Esta imprecacion conmovió de tal manera á Boissy-d'Anglas, que dió al cabo su palabra.

Mientras que los gefes de partido trabajaban en los jacobinos, sus partidarios se movian públicamente: el boletin de la sesion se habia esparcido por todas partes, comentándose de un modo terrible para Robespierre: por lo general se interpretaba contra la Convencion.

En efecto, las calles pertenecian á la Municipalidad. Se habia desencadenado todo lo mas vil y mas abyecto del populacho. Las secciones se pronunciaron en favor de Robespierre, al mismo tiempo que Saturnino y Leguin reunian sus partidarios y los disponian para la sesion del dia siguiente. El mismo patron

fue á prevenir al comité de la invasion proyectada contra las tribunas. Merced á su aviso, ciento cincuenta guardias nacionales fueron conducidos de noche al palacio de las sesiones y se pusieron de guardia en la puerta por donde debian pasar los jacobinos. El ugiere Bonnebaut, que debia facilitar la entrada por esa puerta, fue preso y encerrado en uno de los sótanos del palacio.

Entretanto habia llegado Saint-Just y se habia dirigido al comité. Collot-d'Herbois, expulsado del club de los jacobinos hacia pocas horas, le interpela, le insulta, le dice que viene á denunciar á todo el mundo; pero Saint-Just le responde con desden que presentará su informe á la Convencion, y no obstante, conforme al uso establecido, ofrece someterlo á los comités. Toda la noche se pasa en estas idas y venidas. Todo el mundo se agitaba en Paris;

las mismas cárceles temblaban de inquietud, porque nadie ignoraba lo que sucedia en la Convencion, se sabia que la víspera unos cuantos hombres habian querido hacer retroceder la carreta que conducia á la guillotina el número de víctimas acostumbrado: pero Henriot se habia presentado, y habia continuado la marcha. Esta carreta llevaba á Roucher y á Andrés Chenier.

Durante esta noche de alarma París estuvo en vela.

La mañana del 9 cada cual estaba en su puesto. Fleuriot en la Municipalidad: Henriot á caballo recorriendo las calles con sus ayudantes de campo.

Entretanto los jacobinos se habian presentado con su gente á la puerta secreta, cuya entrada debia facilitárseles. Se les niega, bajo el pretesto de que vá á abrirse la puerta ordinaria. Corren á ella, mas ya estaba atestada desde el amanecer.

Abrese en efecto, y lo mismo que habia sucedido el dia anterior, todos los que iban con Saturnino y su patron penetran en las tribunas, y solo algunos jacobinos pueden encontrar asiento con mucho trabajo. Los demas se retiran, y van á poblar las tribunas de la Municipalidad, á donde llevan la noticia de este primer percance.

Los diputados llegaron al momento en tropel y alarmados; la mayor parte habian atravesado todo Paris, y no habian podido adivinar cual era en realidad el estado de los ánimos.

No hay duda que todos estaban hartos de la tiranía de Robespierre y de la Municipalidad; pero la flaqueza de la Convencion asustaba á los mas resueltos; dudábase de la energía que la sesion de la víspera parecia prometer, al paso que nadie dudaba de las terribles represalias que tomarian los jacobinos con-

tra los que hubiesen apoyado á los enemigos de Robespierre. Por otra parte nadie sabia ni aun en las sesiones, cual era la opinion de sus vecinos; todo el mundo era terrorista, ó cuando menos lo parecia. Tantas comedias se habian representado para desviar de sí la denuncia de los que espiaban las entradas y salidas de las casas, que muchas veces los mas moderados eran temidos como los mas feroces.

En estos momentos supremos todo el destino de la Convencion estaba en ella misma. Necesitaba valor, osadía, voluntad y rapidez; con cuyas cualidades venció, porque sus enemigos carecian absolutamente de ellas; pero si Robespierre hubiera sido el hombre de su ambicion, si se hubiera atrevido á seguir el consejo que le daba la víspera el terrible Payan, mandando arrestar los miembros de los comités y los conspiradores, de seguro hubiera triun-

fado. No supo, sin embargo, aprovecharse del mismo terror que su nombre infundia, que duró hasta los últimos momentos.

Preciso es confesar, en efecto, que la Convencion temia de tal manera á este hombre, que no se atrevió á oirle, que se embriagó con sus propios gritos para pedir su castigo; pero esta página de nuestra historia es demasiado estensa é interesante, para que no nos sea permitido transcribir su relacion á nuestros lectores.

CAPITULO LXX.

Habian llegado los diputados : por todas partes se notaba una agitación febril. Los montañeses corrían en tropel por los pasillos , solicitando el apoyo de los diputados de la llanura , á quienes tanto habian amenazado. Si Robespierre cayese , decian , todo desórden , toda severidad deberán desaparecer con él.

Tallien se agitaba en todos sentidos , perorando , pidiendo , amenazando. Tenia mas valor que el que inspira el anhelo de la propia vida , y mayor entusiasmo que el que producen el bien público y la humanidad ; tenia el aliento y el entusiasmo que da el amor. Desde el fondo de su prision , una muger de extraordinario talento y de una hermosura poco comun , le inspiraba ese valor capaz de superarlo todo. Collot-d'Herbois , malparado todavia de los insultos que habia recibido la víspera en los jacobinos , ocupaba el sillón de la presidencia , de donde no le echarian ya los gritos de los jacobinos ; sombrío y taciturno , aguardaba el momento de su venganza. Vadier , gritando con su voz chillona , no encontraba en ese estilo hiperbólico propio de los gascones , palabras bastante duras para anatematizar los tiranos: Billaud-Varennes estaba apo-

yado contra la pared, con los puños crispados, y como dispuesto á abalanzarse sobre sus enemigos. Todas las voces hablaban á la vez, ora vomitando injurias y maldiciones, ora con palabras siniestras dichas casi al oído. Era un tumulto espantoso, sombrío, surcado de terribles amenazas, y sobre el cual descollaba esta cuestion fatal: « ¿Quién debe morir hoy? »

Jamás en vísperas de una batalla donde los hombres van á caer á millares en la tumba, jamás ha hecho temblar el corazon de tantos hombres resueltos una emocion tan poderosa.

Mientras aquellos se agitan y se mueven, Robespierre, Lebas, Couthon, quedan inmóviles y sentados en sus escaños; solo sus miradas interrogan los semblantes, espían los gestos y van á detener á veces el arranque en los lábios de un enemigo que pide su condena, y la

promesa del que está dispuesto á concederla.

De repente aparece Saint-Just; llevaba consigo la señal del combate: era esta el informe que habia prometido comunicar á los comités, y que les habia dejado ignorar, contra sus compromisos.

Tallien, que la víspera habia jurado comenzar el ataque, esclama al verle entrar:

—Este es el momento.

E inmediatamente corre á tomar puesto seguido de todos los que habian jurado secundar su empresa. Los enemigos estaban á la vista; Saint-Just tranquilo y desdeñoso, sube lentamente á la tribuna con la sonrisa del desprecio en los lábios, y como afectado de la irritabilidad de las violentas pasiones que braman en derredor suyo, oculta por un momento su rostro con un pañuelo de batista bordado. Siempre tranquilo y siempre insolente,

lanza á sus enemigos una insolente mirada de desden y da principio á la lectura de su informe.

Saint-Just aterraba mucho mas la asamblea que el mismo Robespierre.

Mas claro, menos difuso, y sobre todo, mas osado, era mucho mas temible en los momentos decisivos. Comienza y toma posicion, se coloca sobre el nivel de los demas partidos, anuncia que va á hablar en nombre de la verdad desnuda declarando que sabe mejor que nadie que la roca Tarpeya está cerca del Capitolio. Escuchábanle ya con religioso silencio, cuando Tallien, previendo el ataque brusco y directo que va á salir de aquel preámbulo, le interrumpe violentamente, declarando que no quiere que se reproduzca la escena de la víspera.

—«Ayer, dijo, un individuo del gobierno ha venido aqui á denun-

ciar á sus cólegas ; hoy viene otro á hacer lo mismo : basta ya de estos ardides , es preciso arrancar la máscara que encubre tan siniestros proyectos. »

Queda la asamblea indecisa y vacilante por un momento ; pero una mano da la señal de aplaudir , siéntese un palmoteo general , que se propaga desde la asamblea á las tribunas , llevando el terror por tres diferentes veces al ánimo de unos y la confianza al de sus contrarios. Saint-Just siempre impasible se detiene y declara que no es únicamente un individuo del gobierno el que habla , sino el representante de los comités reunidos.

Billaud Varennés le dice que miente , sube á la tribuna , y denuncia por fin esa insolente tiranía que se reviste de las voluntades no consultadas del poder ejecutivo , para presentar á la Conven-

cion su voluntad individual. Comienza entonces un terrible tumulto, llueven las injurias y recriminaciones; pero Billaud-Varennés contiene por un momento todo ese ruido, pasando de la acusacion trivial de tiranía á la acusacion mas directa de conspiracion, y denuncia hasta los menores detalles de la sesion celebrada la víspera en los jacobinos. Refiere sus proyectos, sus amenazas, sus insultos á los diputados, el apoyo que han prometido á Robespierre, y para dar mayor autoridad á sus palabras, elige un hombre en las tribunas y le señala como uno de los asesinos, que han ofrecido al tirano la cabeza de los diputados leales. Pide que se le espulse, y á una señal de Saturnino que atiende á todos los incidentes de esta escena, cogen á aquel miserable y le llevan arrastrando hasta la puerta de las tribunas, donde al ser preso por los gendar-

mes puede decir que se ha salvado.

En este momento Lebas lanza una terrible mirada á las tribunas, se levanta , grita , pateo , pero hay todavía una voz que clama llamándole al órden , y cien voces responden y mil voces aprueban: estas voces salian de todas partes, sin que el presidente cuidase de saber si procedian de la asamblea ó de las tribunas. Villaud-Varennés continúa y deja desbordar ese torrente de acusaciones , que su orgullo , dominado hacia mucho tiempo por el de Robespierre , habia ido acumulando en su seno. Recorre todos los pormenores de la administracion , cita los actos , patentiza la marcha seguida con la mayor imperturbabilidad por el ambicioso , que siempre se ha sobrepuesto á los nobles deseos de sus cólegas , y que en los dias que ha visto organizarse una resistencia formal,

se ha retirado, no para reconocer los derechos de los demas á obrar conforme á la verdad y á su conciencia, sino para preparar en las tinieblas las denuncias, los complots y las proscripciones. Billaud-Varennes sabia todo cuanto habia pasado en el consejo de los jacobinos, y no omitió una palabra.

Robespierre pálido, trémulo de rabia, inflamado con esas terribles pasiones que tantas veces han hecho bramar la asamblea bajo el poderoso influjo de su voz áspera y chillona, Robespierre sube tambien á la tribuna, y Villaud-Varennes se para al verle cerca de sí. Toda la indignacion suscitada por el acusador está pronta á retroceder. Robespierre pide la palabra con insolencia. El presidente iba ya á concedérsela.

En el momento en que la escena parecia cambiarse, sale una voz de las tribunas.

—¡Abajo el tirano! grita Saturnino.

Al oír esta voz, Robespierre amenaza con los puños, pero mil voces reunidas, terribles como el estampido de una tempestad, repiten el grito de:

—¡Abajo el tirano!

Robespierre no cede, insiste en hablar; pero Tallien se adelanta y sube á la tribuna. Restablécese por un momento el silencio. Entonces el tribuno toma el aspecto de acusador, de juez y de verdugo. Dice que ha presenciado la sesión de los jacobinos, que ha seguido los planes del nuevo Cromwell, que ha condenado al enemigo público, y que no sabiendo si la Convención se atrevería á decretar la sentencia, se había armado de un puñal para matar el tirano, y lanza desde luego el puñal desde la tribuna.

—Robespierre quiere gritar mas, pero estallan por todas partes frené-

ticos aplausos y abogan los furores de Robespierre. Comprendió entonces que no querian oirle; sin embargo, adherido á la tribuna, se resiste á dejarla, mientras que Tallien pide el arresto de Henriot y de los demas conspiradores.

Estaba ya perdido Robespierre, cuando por un incidente repentino se suspende la sesion. Aparece Barrére, que viene á hablar en nombre de los comités; Barrére, hombre indeciso, débil, ambicioso, que no habia podido resolverse á ser nada y que temblaba ahora por ser algo. Hallábase hacia una hora en acecho á la puerta del salon, siguiendo el curso de los debates, ora metiendo su mano en el bolsillo derecho, ora en el izquierdo, pues en un lado llevaba un discurso que debia producir la acusacion de Robespierre, y en el opuesto otro discurso en que se probaba que debia absolversele.

Como representante de los comités, iba revestido de todo el lleno de su autoridad. El movimiento desesperado de Tallien, el entusiasmo con que se le acoge, deciden á Barrére. Dá un empuje á la puerta, y se presenta repentinamente; se detiene como herido de un rayo al ver el tumulto que reina en la asamblea, y luego sube á la tribuna como un hombre que va á cumplir con un gran deber, sin informarse antes de los peligros que pueden amenazarle. Sin embargo, tal era el temor que inspiraba Robespierre, que aun tratando de derribarle, no se dirigen contra él los comités, sino contra sus agentes. Se pide la abolición del decreto que confiere la autoridad militar á un comandante general permanente, y el restablecimiento de la ley que atribuía este mando á cada uno de los gefes comandantes de legion sucesivamente. Esto era destruir á

Henriot, y quitar á Robespierre todo recurso.

Prosigue hablando Barrére, y consigue que sean llamados á la barra el *maire* y el agente nacional. Esto era lo mismo que decapitar la Municipalidad, quitándole los elementos de que aun disponia.

El decreto es adoptado en medio de la agitacion que mantienen viva las tribunas. Desgraciadamente para Robespierre, habia abandonado la suya para concertarse con Saint-Just, el cual medio acostado sobre su asiento, mordisqueaba la punta de su pañuelo con el desden de un hombre, que observa una disputa de lacayo. Habian confiado en Barrére, y quedaron aterrorizados de su abandono.

El anciano Vadier sube á la tribuna, y emprende nuevamente el ataque; pero su lentitud, su debilidad, el poco valor de sus acusaciones, hacen bramar á Tallien de

impaciencia: vuelve este á la tribuna, y toma la palabra, que veinte veces se habia negado á Robespierre. Tanta pasion y tantas esperanzas agitaban el corazon de este hombre, que todavia encuentra nueva cólera, nuevos acentos mas terribles, mas enérgicos y contundentes que los primeros. Robespierre se levanta, sale de su asiento, y le interrumpe con sus gritos. Tallien continua, sin dignarse responderle si quiera. Robespierre redobla su furor y pide de nuevo la palabra. El presidente agita la campanilla, y Tallien prosigue hablando: lanza acusaciones por todas partes, como rayos una tempestad, y llevado de su furia, se olvida de concluir. Levántase un diputado y pide que se formule la acusacion; las voces de costumbre responden con un grito unánime:—¡A la acusacion!

Entonces hay tal gritería y tal barullo, que se cruzan los denues-

tos, las injurias y maldiciones sin entenderse unos á otros.

Robespierre el menor, pide una parte en la suerte de su hermano. Su abnegacion es desechada, y las palabras «¡que le prendan! ¡que le prendan! resuenan por todas partes con estrépito.

Se vé á Robespierre agitarse al pie de la mesa del presidente, que cubre con el continuo tañido de su campanilla, los impotentes gritos de aquel á quien dos dias antes todo el mundo obedecia temblando. Entonces Robespierre se vuelve hácia la Montaña: no vé mas que maldiciones y amenazas; era el furor de los amigos á quienes habia intentado derribar. Se atreve á dirigirse á los de la llanura, cuyo moderantismo habia insultado tantas veces, y le vuelven las espaldas con desprecio. Por fin, aburrido y desesperado esclama en un trasporte de furor:

—¡Presidente de los asesinos, por

última vez te pido la palabra!

La impasible campanilla del presidente le responde.

Entonces sofocado de rabia, lleva las manos á la cabeza con furiosa desesperacion, y parece próximo á sucumbir.

—¡La sangre de Danton le ahoga! grita una voz.

—¡Ay que duro de cerviz es un tirano! esclama otra.

—¿Y seguirá ese hombre siendo nuestro amo? dijo otra voz que salió de distinto lado.

En seguida se levanta nuevamente el grito.

¡A la acusacion! ¡A la acusacion!

Y la bóveda y el pavimento lo repiten, y queda decidida esta vez la suerte de Robespierre.

CAPITULO LXXI.

Sin embargo, aunque dada la sentencia, todavia no se ejecuta. Los culpables permanecen con orgullo en sus asientos, y los ugieres acostumbrados á verles reynar en aquel recinto, vacilan en echarles la mano. Pero la hora de la audacia habia pasado; hubiera sido necesario que tuviesen la víspera el valor de jugar su cabeza, que con

tan poco aprecio dieron al siguiente dia. Todos son precipitados en el mismo lugar de proscripcion, á donde ellos han arrojado tantos modelos de virtud, de valor y de patriotismo.

La victoria era completa, decisiva, irrevocable, por lo menos la asamblea lo creia así, porque á las cinco se retiró y á las nueve volvió á continuar sus sesiones. Al mismo tiempo se dispuso que fuesen conducidos los acusados al salon del comité de seguridad general para que los hiciesen el interrogatorio los individuos del mismo comité.

Esta fue una imprudencia que por poco llega á ser en extremo fatal á la Convencion; pues, por una rara coincidencia la Municipalidad habia suspendido tambien sus sesiones. Habia recibido el decreto que revocaba la autoridad de Henriot, pero no lo habia proclama-

do; al contrario, habia dispuesto que sus agentes fuesen á la plaza del *Hotel-de-Ville*, donde se encontraba una inmensa multitud de gente, con el objeto de advertirles que los virtuosos Robespierre, Saint-Just y Conthou estaban amenazados por los aristócratas y los traidores. Al mismo tiempo habian reunido las secciones, y llamado al comandante de la fuerza armada. Una diputacion se dirigió á los jacobinos á pedirles que enviasen al cuartel general de la Municipalidad á los que quisiesen la salvacion de la patria. En este mensaje se prometia la mejor acogida á los ciudadanos y ciudadanas de las tribunas que les acompañasen. No contenta la Municipalidad con tener reunido el populacho á las puertas del edificio donde celebraba esta sesion terrible, envió los mas infames agentes de policia al arrabal Saint-Marceau á buscar los restos mas abyectos de las inmun-

das tabernas de este cuartel.

Henriot, ébrio y furioso, habia montado á caballo; y penetrando por los boulevards en el arrabal de San Antonio, por todas partes pregonaban él y sus ayudantes de campo que Robespierre, Saint-Just y Couthon, los salvadores de la patria, estaban amenazados de muerte por los traidores vendidos á los aristócratas y al extranjero. Al llegar al arrabal de San Antonio, sabe el arresto de sus amigos, á quienes solo consideraba en peligro, y no consigue mayor triunfo sobre la poblacion de este arrabal, que obligarle á abrir paso á las carretas que conducian los condenados á la guillotina. Saturnino habia mandado á este punto algunos operarios, mas aun cuando habian sido bastante fuertes para impedir que sus compañeros siguiesen á Henriot, no les habia sido dado oponerse á lo que entonces se llamaba la ejecucion de

la ley.

Por fin, Henriot corre al palacio de Luxemburgo, hace montar á caballo la gendarmeria, y aprovechándose de la ausencia de la Convencion, vuelve atrevidamente á las Tullerías para poner en libertad los prisioneros.

Afortunadamente se hallaban aun en sus puestos los soldados, á quienes se habia dado el encargo de oponerse á la entrada de los jacobinos por la puerta secreta de las tribunas. Calan, pues, bayoneta é impiden entrar á Henriot. Un hombre, cuyo nombre ignora la historia, pero que no era otro mas que el que llamamos Leguin, reconoce á Henriot y recuerda á los soldados el decreto de la Convencion que dispone su arresto. Le cogen y le conducen al salon donde estaban los mismos á quienes acababa de liberar. Los miembros encargados de hacer el interrogatorio á los acusa-

dos, habian cumplido ya su mision. No se trataba mas que de trasladarlos á la cárcel. Pero cada hora de este dia debia tener su peripe-
cia. Instruida la Municipalidad de la órden dada por los comisarios de la Convencion, manda inmediatamente á todos los alcaides de todas las cárceles de Paris, que se nieguen á dar entrada á los presos que les lleven.

Obedécese esta disposicion, y mientras que los individuos del comité de seguridad general creian encerrados á Robespierre, Saint-Just, Couthon y Lebas, pasaban estos á manos de los administradores de policia y eran conducidos en triunfo á la Municipalidad. Su presencia envalentona á los rebeldes. Uno de sus miembros, antiguo presidente de los jacobinos, se pone al frente de algunos soldados, penetra en el salon del comité de seguridad general, que los granaderos habian

abandonado despues de la salida de los acusados , y se lleva á Henriot, el cual vuelto á la plaza pública, asegura descaradamente que el decreto que le destituia acababa de ser revocado , y que volvía á tomar el mando de las tropas.

Tiempos terribles y borrascosos fueron aquellos en que en una gran ciudad como Paris , un mismo hombre pudo ser en un mismo dia comandante legal de todas las fuerzas militares , suspendido en sus atribuciones , rebelde , preso , libertado en el palacio mismo donde celebraba sus sesiones la representacion nacional , repuesto en fin por un ardid en el grado de que se le habia destituido , sirviéndose de él para amotinar el pueblo, y volver los cañones contra la autoridad suprema á quien tenia obligacion de defender.

Desde aquel momento la insurreccion quedó proclamada de hecho:

las campanas comenzaron á tocar á rebato, los arrabales se levantaron en masa, y todos los ciudadanos, cualquiera que era su color político, salian á las calles. Las cárceles se agitaban sordamente, los delatores preparaban nuevas listas de víctimas, segun que la victoria perteneciese á Robespierre ó á la Convencion. Jamas se vió agitada la ciudad de Paris por unaagonia mas universal ni mas terrible: todo era incierto, inseguro, y la Convencion volvía á reunirse en sesion permanente.

Cada cual llegaba como por la madrugada, trayendo sus noticias segun el punto de donde venia, y cada uno que llegaba infundía nuevos temores aumentando el tumulto de la asamblea. No habia presidencia, ni tribuna, ni órden; todos eran gritos confusos, idas y venidas tumultuosas. Parecia que nada era bastante á tranquilizar é

infundir la energia necesaria á estos hombres sorprendidos por los sucesos, cuando una voz vino á anunciarles que los cañones de la Municipalidad estaban asestados á la Convencion y que iba á principiar el fuego.

Al oir estas palabras cesa el tumulto; Collot-d'Herbois se sienta en el sillón de la presidencia, los diputados se colocan en sus bancos, los ugieres ocupan sus puestos y se declara abierta la sesion.

Asi se colocaron en su silla curul los senadores romanos, en el momento en que los galos atacaban las puertas de su ciudad.

Al tumulto de los primeros momentos sucede un instante de silencio magestuoso. Pronto vuelve á principiar la deliberacion, y con ella el tumulto, hasta que aquella misma voz que tantas veces habia dado la señal durante las dos ultimas sesiones, se levantó de nue-

vo en medio de la asamblea para pronunciar la terrible palabra: ¡Fuera de la ley los estafadores!

Se da el decreto y algunos diputados van á proclamarlo á la plaza del Carrousel frente á los mismos cañones asestados contra ellos por Henriot. Inmediatamente este se ve abandonado, y no le queda mas tiempo que para huir, y llevar á la Municipalidad el anuncio del decreto.

En fin, cada uno de estos dos poderes tenia por decirlo así su ejército, y podia empeñarse una batalla.

La Municipalidad tenia un general y la Convencion nombró otro.

Pero el hombre que se portó con mas arrojo fue Leonardo Bourdon, que se le habia agregado para mandar algunos batallones que permanecian fieles. Solo él, casi solo, deja el palacio nacional, mientras que las secciones con las armas

en la mano, enviadas por la Municipalidad bajaban rápidamente de la plaza de Greve á las Tullerías. Con el sable desenvainado en una mano y una pistola en la otra, se adelanta hasta encontrar la primera seccion, y le grita con voz de trueno:

—Ciudadanos, seguidme, los estafadores de la Municipalidad están fuera de la ley.

La seccion vacila. Bourdon atraviesa las filas y manda á la seccion que marche sobre el *Hotel-de-Ville* dando una media vuelta. Se encuentra la segunda, hace lo mismo, y le sale tan bien esta estratagema, que al llegar á la plaza de la Municipalidad llevaba á sus órdenas las mismas fuerzas que aquella acababa de enviar contra la Convencion.

¿Dónde estaban, en aquel momento, esos hombres que pretendían destruir la *asamblea* de los representantes del pueblo? En vez de

hallarse al frente de sus partidarios con la espada en la mano, como hacian sus enemigos, deliberaban en los salones del *Hotel-de-Ville*, con las pistolas montadas para levantarse la tapa de los sesos, si salian vencidos. No era, pues, el valor de arrostrar la muerte el que les faltaba, sino ese valor que obra, que ataca, que lo pulveriza todo, el valor de un Comwell y de un Napoleon.

Si Robespierre hubiese bajado á la calle, y al frente de las secciones, hubiese matado á Bourdon con la misma arma con que pensaba suicidarse, tal vez la primera de estas secciones que hizo un cuarto de conversion al oir la voz de Leonardo, hubiera pisoteado furiosa su cadáver y se hubiera dirigido contra la Convencion arrastrando en pos suyo á todas las demas; pero fué tal la ineptitud y cobardia de los conspiradores, que sus enemigos se quedaron atónitos en medio de sus sesiones,

y Bourdon se detuvo á la entrada de la plaza del *Hotel-de-Ville*, figurándose que unos hombres ante quienes habia temblado la Francia por tanto tiempo, no podian dejarse abatir sin hacer esfuerzos desesperados.

Pero ya no habia mas que terror y desorden en esta asamblea, que pretendia destruir á la Convencion: los conspiradores no sabian hacer mas que dirigirse recriminaciones y denuestos. Echanle en cara á Heoriot su debilidad, y le arrojan por una ventana: Robespierre, el menor, se precipita por esa misma ventana; Lebas se levanta la tapa de los sesos; Robespierre quiere imitarle, y solo consigue hacerse una horrible herida.

Era ya tiempo: las puertas de la Municipalidad habian caido hechas pedazos. Un jóven con un hacha en la mano desprecia las órdenes de Leonardo Bourdon, que queria derribar-

las á cañonazos. Aquel jóven habia atravesado solo la desierta plaza del *Hotel-de-Ville*, y habia atacado la puerta principal con una actividad y una fuerza que la hicieron saltar hecha astillas.

Este hombre era Saturnino, á quien su patron habia dicho al oido:

— Esta es la hora de ganar tu pleito, y de no necesitar de nadie para obtener tu perdon.

CAPITULO LXXII.

Saturnino se habia lanzado con entusiasmo: muchos otros siguieron su ejemplo; las puertas cayeron con estrépito, y los salones fueron invadidos. La batalla quedaba ganada, y quedaba vencido el terror.

Eran las tres de la madrugada.

Baja Saturnino á la plaza de Greve, á anunciar á Bourdon tan feliz resultado; encuentra alli á Leguio,

quien tomándole del brazo y presentándole á algunos diputados que habian vuelto á la plaza para saber lo que pasaba, les dice:

—Os recomiendo el ciudadano Perbruck, que en estos dias ha merecido bien de la patria.

Le lleva consigo á la Convencion, encuentra á Barras y le hace la misma recomendacion; de suerte que al cabo de una hora, el nombre de Perbruck, á quien nadie conocia antes mas que por uno de los hombres que habian levantado los primeros el estandarte de la insurreccion en la Vendée, era repetido por cien bocas diferentes, como el nombre de un ciudadano que con mayor energia habia contribuido á la destruccion de Robespierre.

La noche habia sido cruel para Mad. de Perbruck y Luisa. Hacia dos dias que aguardaban con profunda ansiedad el término de aquella terrible lucha, que para ellas como

para otras muchas personas, debia decidir la suspension de tan continuos sobresaltos, ó la certeza de mayores peligros.

Pero á la angustia general se mezclaba en su ánimo la particular de ver á Saturnino comprometido en estos movimientos. Habiase aprovechado del intervalo de la sesion de la víspera, y las habia llevado á casa de Coleta, á la habitacion de su protector, donde se retiraron.

Este aposento caia á las orillas del puente Nuevo. Saturnino les habia noticiado la prision de Robespierre y de sus parciales; pero desde entonces habian visto desfilas las secciones, habian oido los gritos de los descamisados, seducidos por la Municipalidad, y habian oido tambien el toque á rebato que amotinaba al populacho contra la Convencion.

Mas tarde habiéndose asomado

de nuevo á la ventana, habian visto el movimiento de retirada de las secciones, y á la primera luz del alba habian conocido á Saturnino y á su protector que iban al lado de Leonardo Bourdon.

Al fin veian asegurado el triunfo, mas ellas no sabian si habia costado mucha sangre y una empeñada contienda, hallándose sumamente inquietas al ver que Saturnino no volvia.

Por fin llegó este á las nueve de la mañana.

El delirio de gozo que reinaba en Paris fué mucho mayor para ellos. En aquel momento no habia límite para sus esperanzas: olvidábanse de que Carrier estaba libre, y que entre el sin número de voces que pedian la cabeza de Robespierre, ni una sola se habia levantado para acusar al verdugo de Nantes.

Pero aunque la influencia de sus

partidarios estaba completamente anodada, Luisa tenia que acusarse de uno de esos crímenes que necesariamente debia castigar la Convencion, aun cuando fuese preciso dirigirse á uno de sus miembros cuya conducta desaprobaba en el mas alto grado.

Pero ¿qué extraño era que anduviesen algo imprudentes y ligeros en los primeros momentos de su alegría! El mismo patron de Saturnino, este hombre que tanto desconfiaba de todo, no tardó en decirles que acababa de ver á Barras y Tallien, y que dentro de pocos dias habria una fiesta en casa de Mad. de Cabarrus, y que ellos estaban convidados.

Los realistas se habian apresurado á visitarse, á conocerse, á confiarse mutuamente sus proyectos y sus esperanzas. Se olvidaban de que aquella revolucion la habian hecho sus mas ardientes perseguidores, los

cuales solo se habian detenido en su sistema sanguinario al ver que Robespierre queria hacerlo estensivo á ellos. Creíanse ya seguros por todas partes: Tallien, el grande orador de la jornada, les pertenecia por su nombre, por su nacimiento y sobre todo por la elegancia y el aire aristocrático de su persona.

Verificóse la fiesta anunciada.

La señorita de Paradeze asistió á ella con su verdadero nombre; la marquesa de Perbruck presentó á Saturnino como hijo suyo. Cosa increíble, si el entusiasmo del gozo, el delirio del triunfo no esplicasen tan insignes locuras. Refirióse aunque en voz baja la empresa que Luisa habia intentado, y la parte que Saturnino habia tomado en los movimientos de la Vendée, y algunos dias despues nuevos peligros cercaban á Mad. de Perbruck y á sus hijos.

Julien estaba arrestado, y Carrier levantaba su oprobiosa frente en el club de los jacobinos. Pero lo mismo que al parecer debía perderles, les salvó.

Habian sorprendido entre los papeles de Robespierre la correspondencia de Julien sobre el feroz procónsul de Nantes, y otros documentos muy importantes acerca de los crímenes cometidos en Bretaña. Se le puso en libertad, y hasta se le encargó de que instruyese el sumario de todos los individuos del tribunal revolucionario de Nantes.

Saturnino asistió á estos terribles debates el mismo dia en que Julien prestaba su declaracion. Todo el mundo escuchaba horrorizado las revelaciones del jóven secretario, cuando esclama de repente:

—Pero no eran bastante aun todos esos crímenes impuestos por

Carrier á sus agentes; no eran bastante esos juicios precipitados, y esas ejecuciones mas precipitadas todavia; Carrier mataba por su propia voluntad, sin ley, sin freno, sin medida, sin saber siquiera el nombre de las víctimas de cuya suerte decidia.

Entonces empieza á referir Julien aquellas escenas nocturnas en que perecieron ahogados millares de personas; escenas precedidas ó continuadas por vergonzosas orgías; y como el acusador público negase la existencia de tales excesos, Julien responde que existen aun testigos que han presenciado tan atroces crímenes, y cuya autoridad invoca con energía para que se adhiera á la suya.

Saturnino se levanta y se presenta como uno de esos testigos. Cuenta, acusa y escita tal indignacion hasta en los mismos jueces, que tienen que suspender la

sesion al oír los gritos con que todo el auditorio pronuncia el nombre de Carrier!... ¡Carrier!...

Pronto la Conveccion, asaltada con la misma demanda, movida por la pública indignacion y por las reclamaciones del propio tribunal, nombra un comité de veinte y un individuos para formular el interrogatorio de Carrier.

Sostenido por los jacobinos que acusaban de traidores á los que llevaban adelante la reaccion termidoriana, se somete colérico á esta prueba, aunque conservando siempre su singular osadía. También él quiere acusar, también él hace responsable á la Conveccion nacional de todos esos crímenes, en que él no ha tenido mas parte que la de mero ejecutor. Niega las órdenes que se le imputan, y pide que se presenten los originales escritos de su

puño; reclama en fin, las pruebas materiales de todo cuanto contra él se dice.

Entonces se levantó Tallien, y pronunció estas terribles palabras.

«¡Pides las pruebas materiales, pues bien! ¡que se haga refluir el Loire hacia Paris!»

Pero los pormenores de semejante juicio no convienen á nuestra relacion.

Carrier fue condenado, y la sentencia que se impuso fue al mismo tiempo un decreto de absolucion para todos los que solo habian sido sus agentes. Entre ellos se contaba Guillermo Poiré, que habia huido de Paris sin que nadie supiese su paradero.

Asi es que la seguridad que daba á nuestros héroes la condena de Carrier, se acibaraba con el sentimiento de haber perdido las pruebas que podian justificar el reconocimiento de Saturnino.

Ya empezaban á circular algunos malos rumores entre los amigos que habian encontrado á Mad. de Perbruck cuando menos debia esperarse: preguntaban quien era ese jóven que la marquesa habia presentado como hijo suyo, siendo asi que el único hijo que se le conocia habia muerto en el incendio del castillo de la Rouarie. Ya se habia llegado al caso de que varios parientes lejanos de Mad. de Paradeze comenzasen á mirar su posicion con recelo, y uno de sus tios la habia reclamado.

Devanábanse los sesos en buscar salida á tan crítica situacion Saturnino, Mad. de Perbruck y Luisa, cuando he aqui que una tarde se presenta el antiguo protector de Saturnino, y les dice:

—Aquí os traigo un paquete que se ha dirigido bajo mi nombre para la señorita de Paradeze.

Era, en efecto, una carta de Julien, concebida en estos términos:

«Señorita; mi tarea ha concluido; mañana voy al campo de batalla á buscar la muerte de que en Paris quise librarme, porque me quedaba una promesa que cumplir.

«Yo os habia jurado destruir el poder sangriento que pesaba sobre nuestra ciudad. He cumplido mi palabra. Pero al mismo tiempo que os hice esta promesa, me hice otra á mí propio, la de daros la felicidad despues de haberos dado la vida.

«Bien conoceis cómo he sabido yo que podia ser un obstáculo para vuestra ventura, y ni siquiera hubierais vuelto á oír hablar de mí, si en la cárcel donde estuve algunos dias no hubiese encontrado á un hombre que podia perderos y que queria ha-

cerlo, que podia salvaros y mostraba decididamente un empeño contrario.

«He comprado el silencio de ese hombre, prometiéndole el mio ante el tribunal revolucionario, á cuya barra iba á comparecer.

«Para poder salvarle, he tenido que aceptar la mision que se me ofrecia de formar parte de las comisiones que la Convencion ha encargado de presentar un informe sobre tan detestable negocio.

«De ahí resulta que todos los papeles sorprendidos en casa de ese hombre han pasado por mis manos. Entre esos papeles he encontrado la adjunta declaracion, que no envío á Mad. de Perbruck ni á su hijo, sino á vos. Me complazco en poder dar un nombre á aquel á quien amais, y en hacer posible un matrimonio que tal vez no hubiérais con-

traido arrostrando la censura de toda vuestra familia y de todas las personas mas influyentes de vuestro partido.

«Confío en que este enlace será para vos un nudo de felicidad; y así creo haber cumplido todos mis juramentos; los que os hice y los que me hice á mí propio.

«¿Qué podré exigir de vos en cambio de esto? Lo diré brevemente.

«Cuando sobrevinieren tiempos mas tranquilos, cuando el juicio de los hombres que sobrevivan á nuestra revolucion caiga sin piedad sobre la frente de aquellos á quienes considere como los mas activos ejecutores de sus decretos sanguinarios; cuando la amistad de Robespierre fuere un oprobio, del cual sea imposible defender á los que con él se hayan mancillado, entonces, levantad la voz en favor mio, y manifestad que entre esos hombres ha

habido alguno que diese muestras de ser compasivo, valiente y hasta generoso.»

Cuando los hechos y secretos que este libro encierra fueron revelados al que los ha escrito, el hombre que ha presentado bajo la denominacion de *Saturnino Fichet* llevaba su verdadero nombre y tenia el título de marqués.

Era entonces un anciano de 60 años y vivia en su casa de Fougères.

La que llamamos Luisa de Paradeze habia llegado á ser su esposa, y le gustaba mucho el oírle contar los terribles sucesos de su

juventud: ordinariamente por las noches, y al lado de la magnífica chimenea de su salon, solia recordar todos esos acontecimientos, que el autor de estas líneas recogia con avidez.

La casa donde tenian lugar tan interesantes confidencias era la de Mlle. Moellien.

Aquella chimenea, á cuyo hogar se calentaba nuestro héroe, despues de largas corridas por el bosque en persecucion del jabalí, era la misma donde habia quemado Teresa la lista de los conjurados de la Rouarie.

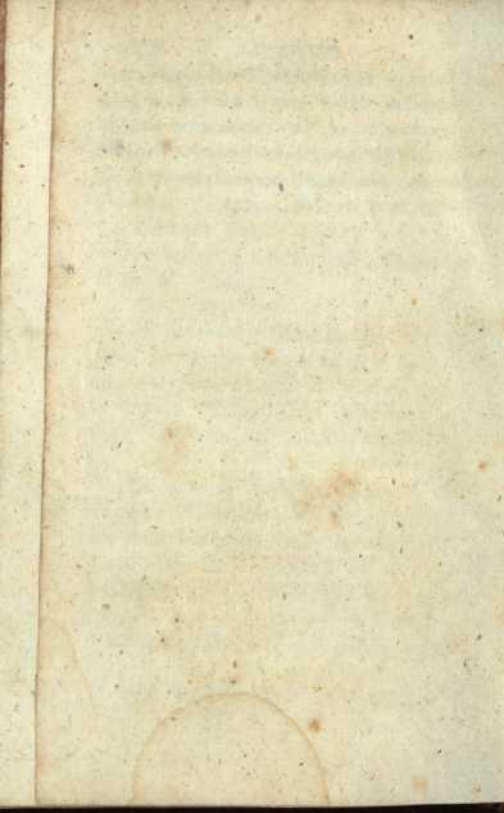
En el dia, nada existe ya de todo esto. Ni la casa de Moellien, que ha sido demolida, ni Luisa, ni Saturnino, que ya descansan en su tumba. Solo ha quedado de ellos un recuerdo, y á este dulce recuerdo he querido consagrar mi pobre talento.

¡Quiera Dios que no se tenga en

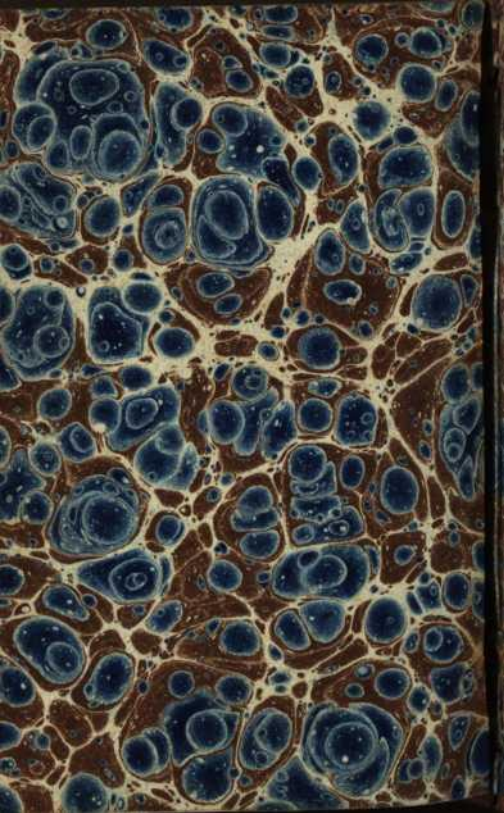
cuenta la insuficiencia del autor para relatar tan digna historia, y que únicamente se la mira como una lección de aquellos tiempos funestísimos, en que perecieron tantos valientes y tantos justos.

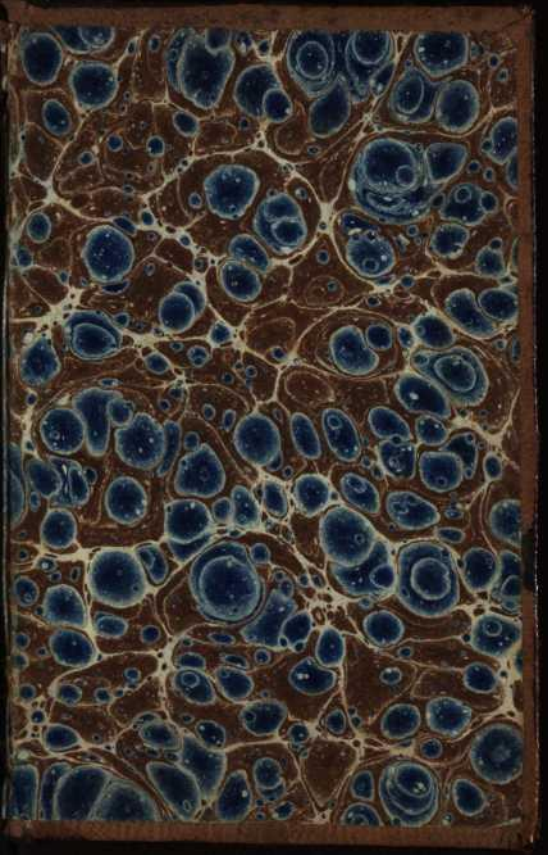
FIN.

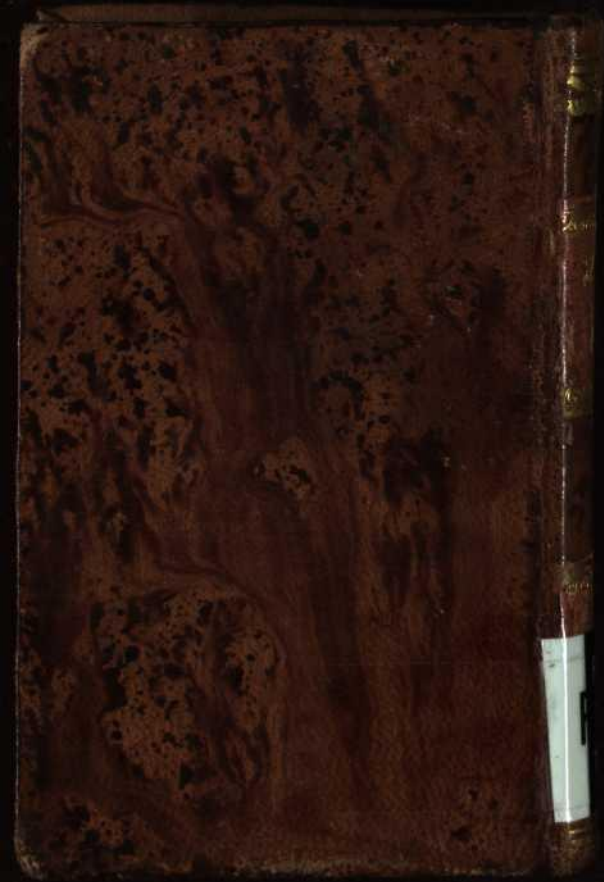












SAN EMINO

FAN T

FAN
XIX
162d

1